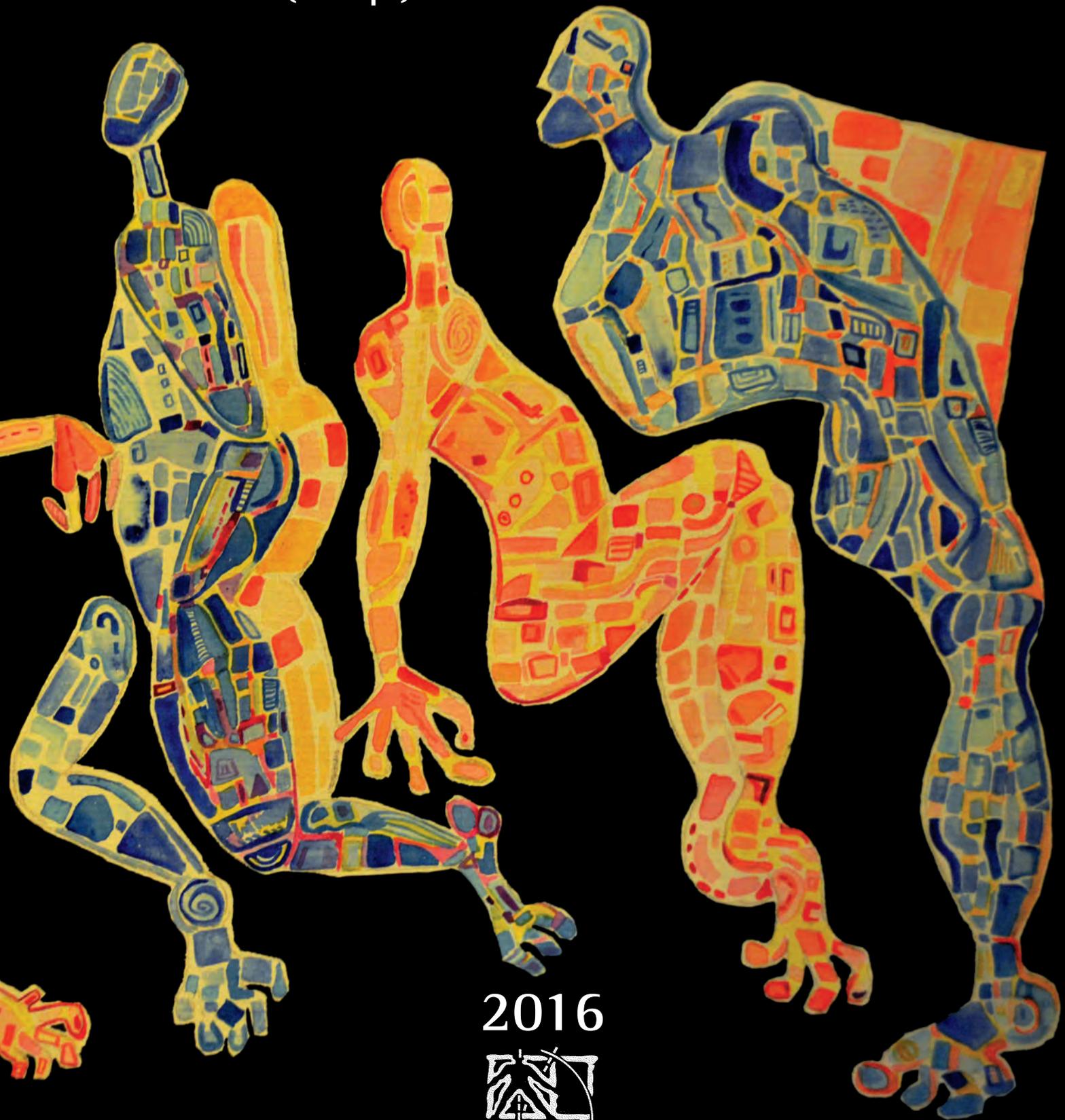


LA HISTORIA A TRAVÉS DE LAS COSAS

N. RATTO (comp.)



2016



SOCIEDAD
ARGENTINA DE
ANTROPOLOGÍA

LA HISTORIA A TRAVÉS DE LAS COSAS

N. RATTO (comp.)

2016



.....

SERIE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA DE LA SOCIEDAD
ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

Responsables:

Dra. María Florencia Becerra. CONICET, Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires).

Dr. Leandro Luna. IDECU (Universidad de Buenos Aires/CONICET)
edicionessaa@gmail.com

Tapa: Ilustración original en acuarela de Mariana Basile. marianabasile87@yahoo.com.ar

Armado y diagramación: M&A Diseño y Comunicación S.R.L.

© 2016, Sociedad Argentina de Antropología
Sociedad Argentina de Antropología
Moreno 350. (1091) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
edicionessaa@gmail.com
www.saantropologia.com.ar
ISBN 978-987-1280-31-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina – Printed in Argentina

La historia a través de las cosas / Norma Ratto ... [et al.] ; compilado por Norma Ratto. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sociedad Argentina de Antropología, 2016.
104 p. ; 42 x 30 cm. - (Divulgación científica / Luna, Leandro H.)
ISBN 978-987-1280-31-5
1. Arqueología. I. Ratto, Norma II. Ratto, Norma, comp.
CDD 930.1

Este libro es una Co-edición de la Sociedad Argentina de Antropología. La Compiladora asume toda la responsabilidad del mismo, desligando a la Sociedad de las acciones civiles y penales que pudieran surgir por la publicación de su obra. Declara que el Libro es de su exclusiva autoría/ de la exclusiva autoría de los autores de cada capítulo, por lo que el/ella/ellos serán el/los único/s responsable/s ante cualquier reclamo de terceros y cualquier acción civil o penal que surja con motivo de la edición y/o publicación de su obra por motivos de su contenido, plagio o paternidad de la obra, coautoría, injurias, etc. y, en general, ante cualquiera de las responsabilidades establecidas en la legislación sobre propiedad intelectual y normas reglamentarias, asumiendo frente a la Sociedad todos los daños y perjuicios que pudieren ocasionarle por tales motivos.

SERIE DE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

La Sociedad Argentina de Antropología, desde su creación hace ya ochenta años, se mantiene atenta al devenir de la disciplina, sus objetivos, intereses y campos de acción. Entre sus principales actividades, se destaca la labor editorial, no sólo por ser la fuente de una de las revistas de referencia en el ámbito antropológico, como lo es la revista *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* editada desde el año 1937, sino también por brindar espacios a los colegas para publicar sus propios escritos. Este último aspecto ha crecido a lo largo de los años, sumando secciones, como la Serie *Publicaciones de la SAA* y las colecciones *Tesis Doctorales y Tesis de Licenciatura*, y nuevos formatos, como las co-ediciones en soporte digital, que han abrevado en la pluralidad de líneas de presentación de trabajos de investigación en el ámbito académico y científico de la Antropología. En este 80º aniversario la Comisión Directiva de la SAA expande la línea de publicaciones en formato papel y digital al creciente ámbito de la difusión creando la *Serie Divulgación Científica*.

Consideramos que nuestro compromiso como antropólogos debe incluir la tarea de comunicar los resultados de nuestro quehacer de modo tal que sea accesible a la sociedad en su conjunto y/o a sectores específicos de la misma. Asimismo entendemos que este tipo de publicaciones debe contar con un espacio propio dentro de la SAA, generando un compromiso activo en la articulación entre los antropólogos y la sociedad. Finalmente, esperamos que esta sea una vía de acercamiento de la SAA con otras instituciones de carácter nacional (vg. de educación primaria, media, terciaria, entre otros) y local (vg. comunidades originarias, colectivos barriales, museos locales, entre otros) y que ello redunde en un mayor conocimiento del rol, intereses y aportes que los antropólogos brindamos a nuestro país.

La Serie Divulgación Científica está constituida por libros –en soporte papel y/o digital– propuestos por nuestros socios y diseñados para dar a conocer aspectos de nuestro quehacer como antropólogos. La misma está dirigida tanto al público general como a públicos específicos (niños, docentes de diferentes ciclos, comunidades locales, etc.) y cuenta con la evaluación de colegas con amplia trayectoria en el tema.

“La Historia a través de las cosas”, compilado por la Dra. Norma Ratto, es el primer libro de esta Serie. Destinado a un público adulto diverso, a lo largo de sus capítulos los integrantes del Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán articulan magistralmente los resultados de sus propias investigaciones en las regiones de Fiambalá y Chaschuil en el oeste del departamento de Tinogasta, Catamarca, Argentina, con explicaciones de orden más general sobre qué es la arqueología y cuáles son las distintas líneas de trabajo y metodologías aplicadas. A través de estas páginas se hace patente el fuerte compromiso del proyecto con las comunidades locales con las que trabaja en pos del respeto a la diversidad cultural y a la preservación del patrimonio arqueológico. De consulta obligada para quienes se interesen por la historia del oeste catamarqueño, a partir de sus casos de estudio este libro también da cuenta del desarrollo de la arqueología en nuestro país, de la complejidad del análisis del registro arqueológico y de la necesidad de cuidar las “cosas” que nos permiten conocer más sobre el pasado, entender el presente y construir el futuro.

**Comisión Directiva y Editora Responsable
de la Sociedad Argentina de Antropología**

LA HISTORIA A TRAVÉS DE LAS COSAS

María Mercedes Podestá

Evaluadora externa.

*Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento
Latinoamericano. Ministerio de Cultura*

Cuando la Sociedad Argentina de Antropología me invitó a evaluar la obra “*La Historia a través de las cosas*” para considerar su publicación en una de las extensas colecciones de libros y tesis que la Sociedad edita desde 1998 y me advirtió que se trataba de un libro de divulgación, no dudé en aceptar la propuesta. Pensé sobretodo en el destinatario de la obra y ese pensamiento reforzó mi convencimiento. Consideré que no sería una obra más de poca consulta que engrosaría los estantes de los arqueólogos, sino que llegaría a manos de personas que pocas veces o nunca tuvieron la oportunidad de leer una obra de divulgación sobre Arqueología. Y esto fue suficiente motivo para acceder a su lectura.

Otro foco de seducción fue el saber que la obra estaba especialmente destinada a las personas de comunidades rurales –en el específico caso de este libro situadas en el oeste de Tinogasta, Catamarca- alumnos secundarios y profesores locales, en una palabra, a gente que vive en estrecha relación con los sitios arqueológicos, hecho que convierte a estos individuos, dada su vecindad con esos lugares, en sus verdaderos y casi únicos custodios. En pocas palabras los que hacen verdaderamente posible la preservación de esos sitios arqueológicos. ¿Pero, cómo desear custodiar algo cuyo verdadero valor se desconoce?

La divulgación es hoy la herramienta fundamental para la salvaguarda de sitios arqueológicos. Como afirma Pérez-Juez Gil, el patrimonio arqueológico solo puede protegerse y conservarse a través de su acercamiento a la sociedad. “Para ello, necesitamos comenzar con el reconocimiento del valor social del patrimonio cultural, aceptando que la democratización de la cultura pasa por considerarlo propiedad de todos” (2006, p. 10). El valor social del patrimonio arqueológico exige que éste vuelva a la sociedad, heredera del mismo, depositaria de un legado que deberá, a su vez, transmitir.

La obra dirigida por la Dra. Norma Ratto, que incluye un número considerable de especialistas en distintas subdisciplinas de la Arqueología, cumple con todo rigor –y agregaría también con toda pasión- con este objetivo. Como la misma autora menciona ya en el capítulo 1, “sin investigación no hay divulgación científica posible”. Por ello, antes de lanzar esta obra al lector, transcurrieron más de veinte años de investigación sistemática en la región del oeste tinogasteño a través de la implementación del Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán. A lo largo de estos años se prospectaron muchas áreas, se excavaron varios sitios a través de técnicas arqueológicas, se desarrollaron diferentes líneas de investigación que incluyeron el estudio de todos los vestigios arqueológicos rescatados durante la investigación y existentes en colecciones privadas, museos nacionales y extranjeros.

Gracias a este arduo trabajo, que aún doce capítulos bien ensamblados, es que hoy se puede contar una historia. Una historia que se remonta a varios miles de años atrás y que cuenta cómo vivieron los pobladores vecinos a las actuales localidades de Fiambalá y Chaschuil. Hoy, estas regiones alejadas del foco científico del siglo XX, tienen un relato de su propio pasado para aprender, para contar y para transmitir orgullosamente a las futuras generaciones de este rincón catamarqueño.

Ya desde el primer capítulo se advierte que los autores pretenden “trazar un puente” entre los vestigios arqueológicos (“las cosas”) -supérstites de un pasado remoto y a veces no tan alejado- y el hombre que hoy habita esa región, con el propósito de crear un nuevo espacio de reflexión. Los distintos capítulos recorren, con un lenguaje accesible, buenas ilustraciones y con la ayuda de un glosario que facilita la comprensión de las palabras técnicas tan difícilmente descartables, la manera de hacer las “cosas” en relación con los restos cerámicos, líticos o de roca, de metal y textiles. Describen cómo se construían las viviendas en el pasado tinogasteño, los corrales y otros elementos de la arquitectura y nos cuentan cómo fueron las prácticas de caza empleadas en la subsistencia. Brindan también un relato detallado del uso del ambiente en el cual vivían estas antiguas poblaciones y de cómo se aprovechaba la fauna y la flora del lugar para la subsistencia de estas comunidades, además de las numerosas técnicas implementadas para desentrañar información de “esas cosas”. Un capítulo especial está dedicado a la caza de la vicuña y a la descripción de los *chakus* —o cacerías comunales- realizados durante los tiempos del Inca en la región. El relato remite asimismo a un pasado cargado de símbolos a través del estudio del arte rupestre, abundante en la región, y de la iconografía plasmada en ceramios, objetos de metal y textiles. No queda fuera de la obra el tema del ritual y el culto a los muertos. Es apasionante la lectura de la investigación de los restos humanos hallados en el lugar que permitió al equipo arqueológico conocer, por ejemplo, la remota existencia de enfermedades y dolencias, como la anemia y la artrosis, en los habitantes del oeste tinogasteño. Con buen criterio, los autores concluyen con un capítulo dedicado a dar a conocer al lector las colecciones privadas forjadas principalmente durante el siglo XX. En suma, un relato muy completo con un bagaje de información avalado por el trabajo de especialistas que recorrieron estos fondos de valles y tierras altas andinas durante más de dos décadas y utilizaron un sinfín de recursos para adentrarse en la vida de estas “cosas” que hoy los arqueólogos rescatamos.

Se me ocurre pensar que el libro rebalsa el objetivo de sus autores. ¿Por qué no creer que es también una excelente herramienta de estudio para alumnos de materias introductorias de la carrera de Ciencias Antropológicas? Por último, no descarto la utilidad de la obra para especialistas arqueólogos que se desempeñan en el Noroeste argentino que tendrán compilada en este trabajo una información útil para sus propias investigaciones. En suma, un libro para muchas manos. Confío que la distribución del mismo será otro importante desafío para los integrantes del proyecto. Sin embargo descarto la posibilidad de un fracaso en esta tarea -que daría por tierra con todos los buenos propósitos hasta ahora reseñados- ya que el proyecto de voluntariado universitario “Conocer-valorar-proteger”, otra de las buenas ideas del equipo de Ratto y colaboradores, cuenta con un sólido programa de actividades relacionadas con la salvaguarda del patrimonio arqueológico, radicado en el Municipio de Fiambalá, que seguramente se asegurará de que el libro llegue a cada una de esas manos.

AGRADECIMIENTOS

El libro “*La historia a través de las cosas*” está dirigido al público adulto motivado por el pasado y sus diversas manifestaciones culturales. Es un libro de divulgación científica que da cuenta del quehacer arqueológico en sus diferentes etapas: las prospecciones y relevamientos en terreno, las excavaciones, los diferentes análisis al que son sometidos los materiales que recuperamos y las interpretaciones del pasado que realizamos. Pero también da cuenta de los saberes ancestrales que están detrás de “esas cosas”, que son las que participaron en las distintas acciones y prácticas de esas sociedades del pasado. Los 12 capítulos que lo componen fueron preparados por investigadores, becarios y estudiantes que integran el Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán radicado en el Instituto de las Culturas (IDECU), Universidad de Buenos Aires-CONICET, Facultad de Filosofía y Letras, Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti.

El libro desmitifica al arqueólogo como un buscador de tesoros o de rarezas, y lo perfila como un investigador de una disciplina humanística que integra métodos y técnicas de otras ciencias, como así también los saberes de las poblaciones locales. Por lo tanto, será de utilidad a docentes primarios y secundarios, ya que tendrán elementos para transmitirles a sus alumnos la diversidad del proceso cultural, especialmente de regiones del noroeste argentino catamarqueño.

Es un libro que aporta al respeto de la diversidad cultural, tanto del pasado como del presente, y pretende generar conciencia de la importancia de la preservación y conservación de nuestro pasado cultural. Para ello nos basamos en cuatro premisas: (a) solo se protege lo que se conoce; (b) solo se conoce lo que se comprende; (c) solo se comprende lo que se analiza, y (d) solo se analiza lo que se valora. Por lo tanto, el resultado es que **solo se protege lo que se valora.**

Varias instituciones y personas han hecho posible la edición de este libro.

- a) El aporte económico lo otorgó la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica a través del PICT-2012-0196. Las investigaciones son en gran parte el resultado de distintos subsidios ganados a lo largo de los años, principalmente otorgados por el mencionado organismo y la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires.
- b) Los responsables editoriales y los miembros de la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Antropología, quienes evaluaron y aceptaron nuestra propuesta de publicar un libro de divulgación científica con el sello editorial de nuestra Sociedad. A ellos nuestro agradecimiento por todo el esfuerzo realizado para cumplir con los plazos editoriales. Además, nuestro orgullo como equipo de investigación, ya que este libro es el que abre la nueva serie de Divulgación Científica.
- c) La Lic. María Mercedes Podestá por el arduo trabajo realizado en la evaluación de todo el manuscrito (12 capítulos), por su compromiso, tesón y valiosas observaciones y comentarios que aportaron a la generación de una mejor obra.

AGRADECIMIENTOS

- d) Mariana Basile por compartir con nosotros su genio artístico que embellece la tapa del libro. Su producción fue libre sobre la base de nuestros comentarios sobre el contenido del libro y las temáticas tratadas. Representó personas que en movimiento construyen sus historias, y por ende sus pasados.
- e) La Dra. Mariana Sacchi por haber tenido la gentileza de leer el capítulo 4 (herramientas líticas) antes de enviarlo a evaluación. Sus comentarios han enriquecido y aclarado el contenido de ese capítulo.
- f) Augusto Ronchetti Ratto por las fotografías de los materiales líticos (capítulo 4).
- g) La Dra. Mara Basile y el Lic. Juan P. Miyano por el trabajo de edición de las fotografías que acompañan cada capítulo, además de los dibujos específicos realizados por Miyano para los capítulos 4 y 8. La Dra. Débora Kligmann realizó la primera revisión editorial de los manuscritos.
- h) Las comunidades de Fiambalá, Saujil, Medanitos, Palo Blanco, Las Papas y Antinaco por compartir con nosotros sus saberes a lo largo de los años. La Municipalidad de Fiambalá por apoyar nuestro trabajo, y especialmente Albeana Viltés por llevar al Museo Municipal del Hombre de Fiambalá en el corazón y la piel.
- i) Cada uno de los autores de los capítulos que me han acompañado, estimulado y apoyado a lo largo de todo el proceso de gestación del libro.
- j) Todos los que de una u otra forma hicieron posible esta obra de divulgación científica, especialmente a Usted lector que lo tiene entre sus manos.

Dra. Norma Ratto (compiladora)
Don Torcuato, 29 de septiembre de 2016

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	
La construcción del pasado a través de las cosas - <i>Norma Ratto</i>	11
CAPÍTULO 2	
Arqueología, otras ciencias y saberes - <i>Norma Ratto, Roxana Boixadós, Débora M. Kligmann, Luis Coll, Irene Lantos, Juan P. Miyano, Claudia Aranda y Micaela Rossi</i>	23
CAPÍTULO 3	
Los modos de hacer: viviendas y lugares de cultivo - <i>Norma Ratto, Martín Orgaz y Luis Coll</i>	31
CAPÍTULO 4	
Los modos de hacer: las herramientas de piedra - <i>Norma Ratto y Ayelén Ibarra Mendoza</i>	37
CAPÍTULO 5	
Los modos de hacer: ollas y cacharros - <i>Anabel Feely y Laura Ferradas</i>	43
CAPÍTULO 6	
Los modos de hacer: objetos de metal, textiles y adornos - <i>Mara Basile, Luciana García y Rocío Lamas</i>	51
CAPÍTULO 7	
Los lenguajes sin palabras: la dimensión visual de las cosas - <i>Mara Basile y Laura Vilas</i>	57
CAPÍTULO 8	
Los usos de los animales y plantas - <i>Juan P. Miyano e Irene Lantos</i>	63
CAPÍTULO 9	
La muerte, las enfermedades y los ritos mortuorios - <i>Claudia Aranda, Leandro Luna, Julia De Stéfano y Norma Ratto</i>	69
CAPÍTULO 10	
Otras lógicas: los paisajes vivos - <i>Norma Ratto y Martín Orgaz</i>	77
CAPÍTULO 11	
La caza de vicuña en el tiempo: de los chakus incaicos a los vecinos criollos - <i>Norma Ratto y Martín Orgaz</i> ...	83
CAPÍTULO 12	
Las comunidades y su historia: patrimonio, museos y colecciones privadas - <i>Norma Ratto, Mara Basile, Anabel Feely, Luis Coll, Juan P. Miyano, Javier Mozo y Martín Orgaz</i>	91
ABREVIATURAS.....	99
GLOSARIO DE TÉRMINOS.....	99
BIBLIOGRAFÍA.....	102

LA CONSTRUCCIÓN DEL PASADO A TRAVÉS DE LAS COSAS

Norma Ratto

La antropología es la ciencia que estudia a las sociedades humanas en forma integral, por lo que existen diferentes “orientaciones” (arqueología, social, biológica) que se diferencian por tener distintos objetivos, métodos y técnicas de estudio. Los arqueólogos analizamos las sociedades pasadas, pero a través de los restos materiales que dejaron, a los que llamamos evidencia material. Su estudio nos permite conocer las diferentes formas de organización social, económica, política y simbólica de esas sociedades. En cambio, los antropólogos sociales investigan grupos humanos actuales, ya sean minorías étnicas, de género, subculturas urbanas, entre otras; mientras que los antropólogos biológicos estudian los grupos poblacionales extintos a través del estudio de los restos de huesos humanos (esqueletales) para conocer aspectos de la salud, la alimentación y la demografía de esas poblaciones hoy desaparecidas.

Cuando yo era estudiante 30 años atrás, existía un poster que decía: “Cuando mis padres me pregunten qué voy a ser cuando sea grande les contestaré *“bombero”*, para qué los voy a preocupar diciéndoles *“antropólogo”*”. La frase da cuenta que la palabra “antropólogo” no está claramente incorporada en el imaginario de la gente y la mayoría de las veces no se sabe con certeza qué hacen, a qué se dedican, qué estudian. Creo que esto no sucede con otras profesiones como contador, abogado, ingeniero, médico u odontólogo, para mencionar solo algunas, ya que mayormente forman parte o están relacionadas con nuestras vidas cotidianas. Considero que la “confusión” o “desconcierto” que genera el “antropólogo” es producto, en gran parte, de la ausencia de una sólida divulgación científica que permita la comunicación con diferentes públicos para que conozcan qué hacemos, por qué lo hacemos y cuál es la importancia de lo que hacemos. Y en esa dirección vamos con el contenido de este libro, o por lo menos lo intentaremos.

El arqueólogo británico Brian Fagan señaló cuatro claves para alcanzar el éxito de la divulgación histórica y arqueológica: la primera, sentir verdadera pasión y entusiasmo por el pasado, ya que solo el que lo tenga puede intentar transmitirlo; el segundo es tener habilidad para contar “historias”; la tercera es la de ser capaz de transmitir la relevancia del pasado histórico en el mundo actual, por últi-

mo, la cuarta, es demostrar interés por la gente y pensar que la divulgación científica del conocimiento histórico forma parte de las obligaciones de los arqueólogos. De las cuatro claves, la primera y la última están garantizadas por todos los arqueólogos que participan en este libro, pero la segunda y la tercera constituyen un gran desafío para nosotros y trataremos de no defraudarlo.

Lo primero para aclarar es que sin investigación no hay divulgación científica posible. Esa investigación es financiada en gran parte por el Estado nacional, a través del otorgamiento de subsidios a proyectos, los que están radicados en distintas universidades u organismos educativos de nuestro país. En nuestro caso particular esa investigación la realizamos dentro del Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán (PACH-A) cuyas regiones de estudio son las regiones de Fiambalá y Chaschuil en el oeste del Departamento de Tinogasta, Catamarca. El proyecto está radicado en el Instituto de las Culturas (IDECU), Universidad de Buenos Aires-CONICET, Facultad de Filosofía y Letras, Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti. Visto de esta manera Usted, estimado lector, ha contribuido con sus impuestos para que este libro se genere y es nuestra responsabilidad y compromiso social darle a conocer los resultados de esas investigaciones. Por lo tanto, de una u otra forma es un actor activo en la generación de este libro.

La idea que el público en general tiene de la arqueología está relacionada con: (i) las escasas noticias que se publican en diarios y revistas o documentales de televisión, los cuales suelen ser más bien sensacionalistas y divulgan los “descubrimientos excepcionales” y (ii) las imágenes derivadas del cine y la literatura, por ejemplo, Indiana Jones, donde al arqueólogo se lo presenta como un aventurero y caza-tesoros. Esta visión de la arqueología no solo está totalmente distorsionada, sino que además es falsa ya que los arqueólogos estudiamos restos de distintas naturalezas y tamaño. Estos pueden ser macrorrestos (grandes) como fragmentos de ollas, huesos de animales, desechos de rocas y carbones de un fogón o microrrestos (muy pequeños) que solo pueden verse con microscopio (almidones, fitolitos, minerales, rastros de uso, entre otros). Toda esta evidencia material contiene muchísima información y puede ser so-

metida a la realización de análisis específicos, que se desarrollarán en el capítulo 2. Tampoco debo dejar de mencionar que muchas veces a los arqueólogos se nos confunde con los paleontólogos, quienes estudian faunas y floras extintas.

A los arqueólogos nos interesa conocer los procesos de cambio cultural y las transformaciones sociales, económicas, políticas y simbólicas que ocurrieron a lo largo del tiempo en una determinada región, donde vivieron las sociedades que nos precedieron. En otras palabras, cómo esas poblaciones organizaron sus vidas y sus creencias. Estos procesos abarcan desde las primeras sociedades cazadoras-recolectoras que habitaron un territorio que, como su nombre lo indica, vivían de la caza de animales y la recolección de plantas, hasta la conformación de sociedades con mayor grado de organización socio-política, como por ejemplo la incaica oriunda del valle del Cusco (Perú). Sin embargo, esta sociedad construyó un imperio que se expandió hacia el norte (Ecuador y Colombia) y el sur (Bolivia, Chile y Argentina), particularmente en nuestro país se extendió por algunas provincias de la región Noroeste (Jujuy, Salta, Catamarca y Tucumán) y de Cuyo (La Rioja, San Juan y Mendoza). Unas y otras también tuvieron expresiones artísticas, que se manifestaron en las pinturas o grabados en paredes de rocas, las que llamamos arte rupestre, o en la decoración de vasijas cerámicas, cuyos diseños, configuraciones y combinaciones variaron a lo largo del tiempo a modo de “códigos”, “señales” o “lenguajes visuales”, los que fueron comprendidos y estaban insertos en los modos de vida y valores de cada sociedad que los produjo. A modo de ejemplo, en nuestra sociedad también existen “códigos” cuya sola visión genera sensaciones y comportamientos específicos. Piense en su conducta cuando conduce su auto por una avenida y observa un semáforo que cambia de luz verde a roja, o cuando Usted, si es católico, pasa por la puerta de una iglesia o ante la imagen de la Virgen. En el primer caso frenará su auto, y en el segundo se persignará.

Mucho tiempo transcurrió desde el primer poblamiento de nuestro continente hasta llegar a la sociedad occidental donde vivimos hoy, con sus códigos y reglas propias. Ni más ni menos nos precede una historia de más de 10000 años, aunque algunos crean que “nuestra historia” comenzó en 1492 con el mal llamado “descubrimiento de América” por los españoles o con la Revolución de Mayo de 1810. Error. Estas tierras sudamericanas estaban habitadas y pobladas por diversas sociedades con distintos grados de organización social, económica y política, las que vivieron y se desarrollaron en distintas regiones y ambientes diversos, pero donde no existían las fronteras políticas que conocemos hoy y demarcan “distintos países”. Los ambientes de sierras y selvas, mares y puna, valles y quebradas fueron articulados en distintos momentos del desarrollo socio-cultural regional, y en esa integración circularon ideas, objetos, información y se significaron lugares. Estos procesos dinámicos en gran parte fueron desmembrados por la conquista española, pero más adelante desarrollaré este tema, ya que ahora conviene continuar delineando por qué, para qué y cómo se desarrolla el quehacer arqueológico.

Los arqueólogos trabajamos con “las cosas” que la gen-

te desechó, perdió, depositó intencionalmente y/o abandonó por razones de “fuerza mayor”, las que pueden ser de origen natural (un incendio, una inundación o una erupción volcánica) o cultural (invasiones, guerras). Esas “cosas” son el producto de distintas actividades realizadas, las que cubren un amplísimo espectro que va desde levantar una vivienda, cazar y procesar un animal, fabricar herramientas, utensilios y ropa, cocinar, enterrar a los muertos, entre otras, hasta la realización de fiestas, ceremonias y rituales diversos. Esto nos plantea una primera advertencia: no todas las actividades que realizamos tienen un correlato material directo, por ejemplo, bailar, cantar, adorar y rezar son acciones humanas que no dejan una evidencia directa, pero sí pueden estar expresadas indirectamente a través de manifestaciones artísticas diversas, como por ejemplo el arte rupestre (ver capítulo 7). Además, un mismo objeto tiene múltiples funciones, por lo que los arqueólogos necesitamos recuperar los contextos donde diferentes objetos estuvieron asociados y relacionados en un espacio y tiempo determinado, para poder desentrañar el papel que tuvieron dentro de distintas sociedades a lo largo del tiempo. Una olla fue manufacturada para cocinar un guiso, pero luego pudo ser utilizada como urna funeraria para contener los restos de un niño. Un mismo objeto en dos contextos diferentes, uno doméstico y el otro funerario, en un tiempo y espacio determinado. Solo la recuperación de esos contextos y su ubicación cronológica nos permite acercarnos a delinear los distintos modos de vida de esas poblaciones del pasado y adentrarnos en la interpretación de sus costumbres, valores, creencias y visiones del mundo.

Y acá llegamos a un punto crucial: las visiones del mundo varían de una sociedad a otra. Es por ello que uno de los mayores aportes de la arqueología a la sociedad actual es dar a conocer esas “otras lógicas” que existen o existieron a lo largo de nuestra historia, las que en la mayoría de los casos difieren de nuestro modo de pensar occidental (ver capítulo 10). Por lo tanto, la arqueología aboga y construye por el respeto y comprensión de la diversidad cultural.

Cada una de las acciones humanas que realizamos cotidianamente articula de una u otra forma con “cosas”, con objetos construidos por nosotros para satisfacer determinadas necesidades, tanto materiales como espirituales. La confección de una punta de proyectil para enastilarla o encastrarla en un mango de madera y así construir una lanza para cazar un animal, o la olla que se manufactura para cocinar, o una figurina que se crea labrando una roca, todos ellos son objetos que forman parte de distintas actividades que realizamos. A estos objetos los llamamos “artefactos”, si son móviles, porque fueron creados por los seres humanos mediante la modificación y/o transformación de distintas materias primas disponibles en la naturaleza, y que además de una u otra forma están articulados con las condiciones del medioambiente. Cuando esos artefactos están fijados en el suelo, inmuebles, los llamamos “estructuras”, como por ejemplo un fogón rodeado de rocas, una vivienda, un corral, entre otros. Pero, cuando desarrollamos una actividad muchas veces también intervienen otras “cosas” que utilizamos, pero sin modificarlas, como, por ejemplo,

la madera para hacer fuego que forma carbones, los huesos que se descartan luego de comer un animal cazado y asado, los troncos de árboles usados como postes, entre otros, a los cuales llamamos “ecofactos”. De esta manera, “artefactos”, “estructuras” y “ecofactos” forman parte del lenguaje “técnico” de la arqueología.

Cada ciencia o disciplina tiene un lenguaje técnico que la caracteriza, la arqueología no es la excepción a esta regla, pero esta característica se potencia porque nuestro trabajo es eminentemente interdisciplinario, es decir articulamos con otras ciencias para alcanzar la meta de conocer los procesos de cambio cultural y ambiental regionales a lo largo del tiempo. Este aspecto nos obliga a conocer y dominar los lenguajes técnicos propios de otras disciplinas para poder comunicarnos, como por ejemplo la etnohistoria, la geología, la química, la física, la botánica, la zoología, la arquitectura, por mencionar algunas. Este tema lo desarrollaremos en el próximo capítulo, porque ahora es necesario entregarle a Usted un esquema cronológico y cultural para que pueda internalizar y comprender el contenido de este libro.

UN BREVE RECORRIDO POR LA HISTORIA SIN LETRAS: EL ESQUEMA CRONO-CULTURAL DEL OESTE TINOGASTEÑO

En el oeste tinogasteño (Catamarca, Argentina) se localizan los dos últimos valles longitudinales, Fiambalá y Chaschuil, demarcados y separados entre sí por las sierras de Fiambalá, de las Planchadas y de Narváez, y por la cordillera de los Andes en dirección este-oeste; mientras que por el norte los circunda la cordillera de San Buenaventura (Figura 1.6). Estos amplios espacios, cubren más de 13000 km², presentan ambientes contrastantes con pisos altitudinales de valles (1400-2000 msnm), pre-cordillera (2200 a 3500 msnm), puna transicional (3500-4500 msnm) y cordillera (superiores a 4500 msnm). Los distintos ambientes se interrelacionan mediante conectores naturales, tanto en sentido este-oeste como sur-norte, que posibilitan el acceso para la extracción y/o producción de una variedad de recursos (animales, vegetales y minerales). Por lo tanto, una y otra región presentan tierras bajas, dominadas por los bolsones y fondos de valles, y altas donde predominan las pampas de altura, las quebradas y los cerros, las que como veremos más adelante y en sucesivos capítulos, fueron articuladas por las sociedades que habitaron la región a lo largo del tiempo.

Este extenso territorio fue habitado por distintas sociedades con distintos modos de vida, proceso que comenzó hace unos 10000 años atrás o antes del presente. No es sencillo imaginarse la dimensión temporal que encierra esa cantidad de tiempo. Los arqueólogos usamos mayormente dos formas para ubicar a las “cosas” en un tiempo determinado, para lo cual creamos un marco de referencia temporal o “punto cero”. Por ejemplo, los procesos sucedieron “antes” o “después” del nacimiento de Cristo, al que referimos con las siglas “a.C.” o “d.C.”, respectivamente. Otra forma, es tomar como punto de referencia temporal el año 1950, y se expresa como “años antes del presente” con la

sigla “AP”. Insisto, ese “presente” no es el año 2016 que estamos viviendo sino el año 1950. No se asuste ni deje de leer, ya que volveremos más adelante (capítulo 2) sobre este tema, porque aún es más complejo, pero acá necesito que comprenda la diferencia que existe entre decir “8000 años a.C.” o “10000 años AP”, de igual manera que decir “año 500 d.C.” es equivalente al siglo VI de la era cristiana. En definitiva, son distintas herramientas que usamos para ubicar a las cosas en el tiempo y poder describir los cambios y continuidades que se desarrollaron en ese devenir.

Las primeras evidencias de ocupación del actual territorio catamarqueño tienen una antigüedad de 10000 años AP, y se trata de sociedades de cazadores-recolectores nómades que habitaron estas tierras. Este largo período se denomina “**Arcaico**” y presenta distintos grados de complejidad interna (temprano, medio y tardío), pero abarca el 80% de nuestra historia. En ese período las sociedades vivían en grupos relativamente pequeños, móviles, con una economía extractiva basada principalmente en la caza de animales y la recolección de plantas y con una organización social en bandas o tribus, mayormente no jerarquizadas (sociedades igualitarias).

Alrededor de 2500 años AP (*ca.* 500 a.C.) comenzaron a darse determinados cambios en esas sociedades arcaicas, principalmente por la aparición de nuevas tecnologías, como la alfarería y la metalurgia, nuevas formas de obtención de alimentos, por la domesticación de plantas y animales (agricultura y ganadería) y la incorporación del sedentarismo con la aparición de los primeros caseríos o aldeas, los que en conjunto generaron un aumento demográfico. A este momento de la historia se lo conoce con el nombre de “**Formativo**”, período en el cual las sociedades fueron productivas, aunque la caza siguió cumpliendo un papel importante dentro de esa nueva estructura. Además, es cuando surgen las primeras evidencias de jerarquización social. Este proceso duró muchos siglos y prevaleció la repetición de determinadas formas de “hacer las cosas” otorgándole un perfil propio a los modos de construir las viviendas, de manufacturar las vasijas y las herramientas de piedra, plasmar las expresiones artísticas. Además, se articularon y complementaron los recursos de diferentes ambientes, tanto de tierras bajas (valles) como altas (puna y cordillera), a través de rutas por donde transitaban no solo las personas sino también sus objetos e ideas, por lo que podemos decir que circulaba información. Estas sociedades se fueron reproduciendo en el tiempo y caracterizaron gran parte del primer milenio de la era cristiana, por lo que generalmente se las denomina “sociedades del primer milenio” o “sociedades formativas”. Aunque hay repetitividad en las acciones ninguna sociedad se mantiene estática, sino que los cambios surgen, algunas veces en forma abrupta y en otras son más lentos, casi imperceptibles para quienes lo viven y participan.

Aproximadamente 1000 años AP (*ca.* 1000 d.C.) es cuando se agudizan esos cambios, posiblemente potenciados por los conflictos interregionales, y es cuando se manifiestan nuevas formas y diseños en las construcciones de las viviendas, la alfarería y los metales, hay un aumento de la complejidad socio-política, mayor desigualdad social y

estratificación económica institucionalizada. A esta etapa se la denomina **“Desarrollos Regionales”**. Tuvo plena expansión en valles vecinos como el de Belén y Santa María, pero no así en el valle de Fiambalá o también llamado de Abaucán. Esto pudo deberse a largos períodos de inestabilidad ambiental producto de la acción directa e indirecta de eventos volcánicos de alta intensidad. Esto produjo que dicho valle no presentara condiciones adecuadas para ser habitado por varias centurias, aproximadamente entre el 1000 al 1250 d.C.

El proceso cultural de las sociedades nativas fue interrumpido con la conquista del imperio incaico, la cual ocurrió aproximadamente en el año 1400 d.C. Los incas fueron un pueblo originario del valle del Cusco en Perú, que comenzaron siglos antes un proceso de expansión territorial a lo largo del área andina, el que llegó hacia el norte al actual Ecuador y hacia el sur hasta la provincia de Mendoza en Argentina. La conquista incaica trajo e introdujo nuevas prácticas y ejerció distintas formas y estrategias para dominar a las poblaciones locales y así consolidar la ocupación de estos territorios y anexarlos al imperio. A esta etapa se la conoce como **“Inca”** y ocasionó la primera desestructuración social a través del movimiento de pueblos que llevó adelante el incario con fines diversos (económicos, políticos y religiosos). De esta manera se creó una nueva amalgama social, donde algunos valores y prácticas de las poblaciones nativas pervivieron y otras se perdieron, se transformaron o re-significaron.

Sobre esa amalgama social actuó una nueva conquista, la española, a partir del año 1500 d.C., la que generó una nueva desestructuración producto de la conformación de las encomiendas a comienzos del siglo XVII, momento de nuestra historia que se conoce con el nombre de **“Hispano-indígena”**. La encomienda fue una institución que permitió consolidar la dominación del espacio que se conquistaba, puesto que organizaba a la población indígena como mano de obra forzada de manera tal que beneficiara a la corona española. Supuso una manera de recompensar a aquellos españoles que se habían distinguido por sus servicios durante la guerra contra las poblaciones nativas, los “indios”. De esta manera, permitió y aseguró el establecimiento de una población española en las tierras recién “descubiertas” y conquistadas, con el objeto de culturizar y evangelizar. Los tributos indígenas en especie (metales, ropa o bien alimentos como maíz, trigo, pescado o gallinas) eran recogidos por el cacique de la comunidad indígena, quien era el encargado de llevarlos al encomendero. Éste estaba en contacto con la encomienda, pero su lugar de residencia era la ciudad, bastión neurálgico del sistema colonial español, por lo que se lo conoce como período **“Colonial”**. La colonia finaliza en el año 1810, Revolución de Mayo, a partir del cual entramos en el período **“Republicano”** que llega hasta nuestros días.

Si a los 10000 años de historia los representamos con una escala de 100 cm de largo, observamos claramente que la mayor parte del recorrido la transitamos como cazadores-recolectores con distintos grados de complejidad social, luego como productores con advenimiento del Estado a través de la conquista del imperio incaico, y solo unos pocos

centímetros de ese metro corresponden a la etapa colonial iniciada con la conquista española y a la de nuestra independencia (Figura 1.1). Pero es necesaria una advertencia importante: estos procesos no fueron ni lineales ni mecánicos, no fue una sucesión y reemplazo de unas poblaciones por otras. El encuentro de sociedades con distintos modos de vida, creencias y valores genera nuevos escenarios sociales, en muchos casos amalgamados, porque los procesos de cambio cultural son dinámicos, complejos y muchas veces característicos de una región, diferenciándola de otras vecinas o aledañas (ver más adelante).

LA CONSTRUCCIÓN DEL PASADO EN EL OESTE DE TINOGASTA (CATAMARCA)

Antes comenté que la arqueología no es la búsqueda de tesoros ni de objetos “lindos” y “enteros”, como las vasijas cerámicas decoradas, sino que mayormente trabaja con fragmentos o pedazos de esas vasijas o de cualquier otro tipo de evidencia material, por ejemplo, desechos de talla de las herramientas de piedra (ver capítulo 4), los restos de huesos y vegetales (ver capítulo 8), la escoria de la fundición de metales (ver capítulo 6), para mencionar solo algunos. A los distintos tipos de evidencia se los describe, clasifica y analiza para dar cuenta de las formas de vida de las sociedades del pasado. De esta manera, el trabajo del arqueólogo integra tanto el trabajo de campo (recuperación de la evidencia mediante las intervenciones arqueológicas) como el posterior trabajo en laboratorio (descripción, clasificación y análisis específicos de las distintas clases de evidencia). Ambas etapas del proceso de investigación, basado sobre el estudio de “fragmentos”, nos permiten conocer las distintas funciones de los lugares (sitios arqueológicos) donde “la gente” realizó sus actividades (sitios de residencia permanente, temporaria o estacional); sitios de caza y/o de procesamiento de los animales; basurales donde se acumulan los desechos; sitios para la producción agrícola, la guarda de ganado, la manufactura de la alfarería; canteras para la obtención de materias primas líticas –rocas–, incluidas las piedras semi-preciosas; fuentes para la obtención de barro apropiados para construir desde vasijas hasta adobes o *tapia* con los que se hacían los muros de las viviendas; sitios ceremoniales, entre otros. Sin embargo, existe un tipo de contexto donde los objetos generalmente no aparecen “fragmentados” sino “enteros”: los sitios funerarios, las tumbas.

Los difuntos fueron enterrados en tumbas especialmente construidas (cámaras o cistas) o debajo de los pisos de las viviendas o dentro de vasijas (urnas) de diferentes tamaños, en función de si se trataba de un adulto o de un niño. Estas diferentes modalidades de entierro dependieron de las costumbres de las poblaciones del pasado y los difuntos podían o no estar acompañados por distintos objetos. En el capítulo 9 volveremos sobre el tema de la muerte y sus distintas expresiones a lo largo del tiempo, pero en este momento nos interesa resaltar el hecho de que en los sitios funerarios normalmente los objetos se recuperan enteros y no en estado fragmentario como en otros tipos de sitios, principalmente los

residenciales. Esta situación hizo que a lo largo del tiempo las tumbas tuvieran un atractivo especial para ser excavadas y así recuperar la mayoría de los materiales arqueológicos que hoy se encuentran depositados en los museos o formando parte de colecciones particulares. Esta práctica es anterior a los comienzos de una arqueología científica, la que no solo recupera “cosas” en la excavación de un sitio, sino que lo hace con una metodología determinada, además de registrar y documentar todo lo recuperado en forma escrita, fotográfica y planimétrica, dado que estos procedimientos son los que garantizan la recuperación de los contextos para conocer qué estaba en asociación con qué. Es habitual identificar el trabajo de excavación de una arqueología sistemática con el uso de pinceles, cucharines, cepillos, con los cuales se remueven los sedimentos que cubren las “cosas” que dejó la gente del pasado (Figura 1.2).

Desgraciadamente, los procedimientos mencionados, tanto de registro y documentación como de las técnicas de excavación, no se aplicaban hacia fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. ¿Por qué este aspecto es relevante? Sencillamente porque las primeras excursiones arqueológicas que se realizaron en el oeste de Tinogasta no han quedado registradas en un documento escrito, generado por quien realizó la excavación, al que llamamos “libreta de campo”. En pocas palabras, las “cosas”, mayormente vasijas cerámicas, pasan a ser vasijas depositadas en el mejor de los casos en museos de uso público, pero no se tiene información de su asociación con otros materiales y con el difunto, o sea se perdieron los contextos arqueológicos o las asociaciones espaciales de los objetos, vitales para que los arqueólogos puedan responder las preguntas sobre el pasado. Para que Usted comprenda la importancia que tienen los contextos para la disciplina arqueológica es atinado compararlos con libros, los que tienen un orden interno, una secuencia y una asociación entre los personajes, los temas y los argumentos que desarrollan. Ahora imagínese que varios libros se rompen y se reducen a hojas sueltas, todas se mezclan, algunas se pierden, otras se destruyen y de esa forma se pierde la coherencia interna de cada libro, o sea el contexto de su producción y desarrollo. Considero que Usted puede evaluar e imaginar las consecuencias de lo descripto, ya que cada libro sería un sitio y cada hoja los materiales arqueológicos que contenían. Recién en la etapa de las investigaciones arqueológicas, segunda mitad del siglo XX a la actualidad, esta situación se revertió y “el libro” pudo y puede leerse en “clave contextual”. A continuación, desarrollaré sucintamente las dos etapas mencionadas de la arqueología de la región.

Las expediciones arqueológicas de fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX

Una de las particularidades de estos lejanos oasis y desiertos del oeste de Tinogasta fue la baja relevancia que tuvo su estudio en la construcción de la arqueología del NOA, a diferencia de lo que sucedió en los valles orientales catamarqueños como Belén, Santa María o Andalgala. Al respecto, no se contó con las largas expediciones de los pioneros de la ar-

queología de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX y solo se conocen cortas excursiones realizadas por Samuel Lafone Quevedo, Gunardo Lange y Vladimiro Weiser, los que incursionaron por el sitio incaico Batungasta ubicado en la margen derecha del río La Troya, en proximidades de los pueblos actuales de Anillaco y El Puesto en el Departamento Tinogasta, Catamarca. Muchos de los materiales recuperados se encuentran depositados en el Museo de Ciencias Naturales de la ciudad de La Plata (provincia de Buenos Aires), pero sus referencias de registro son muy generales, ya que no dan cuenta del lugar específico de donde provienen los materiales, ni de los contextos de recuperación.

También hacia fines del siglo XIX (1893) es cuando el arqueólogo alemán Max Uhle realizó una misión arqueológica de dos años de duración, encomendada por el Museo Real de Etnología de Berlín (Alemania), hoy Museo Etnológico de Berlín, donde está depositada la “Colección Uhle”. Su misión comenzó en Buenos Aires, luego se desplazó a Córdoba y posteriormente a San Fernando del Valle de Catamarca, de ahí a Tinogasta y finalizó en Bolivia siguiendo en gran parte el recorrido de la Ruta Nacional 40. Toda la travesía fue realizada con mulares y constituyó el primer trabajo de campo del eximio arqueólogo alemán, el cual comenzó en tierras tinogasteñas (Figura 1.3). El objetivo fue conformar una colección arqueológica de estas tierras sudamericanas para el museo berlinés, la que se conformó por compra o donaciones que le hacían los lugareños, como así también por excavaciones que realizó en la localidad de Medanito (Dpto. Tinogasta, Catamarca), hoy conocida como Medanitos. La colección Uhle está formada por varios miles de artefactos, entre piezas enteras y fragmentos, de las cuales unos 880 artefactos provienen de distintos parajes y lugares del oeste tinogasteño, con amplio predominio del conjunto fragmentario sobre las piezas enteras. Los derroteros de la vida de Uhle determinaron que no pudiera analizar ni publicar los materiales recuperados en su expedición, con excepción de unas escasas referencias sobre el sitio Río del Inca, ubicado en el actual valle de Las Lajas por donde discurría el antiguo trazado de la Ruta Nacional 40, al que Uhle hace referencia en el trabajo publicado en las Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas, el que se realizó en la ciudad de Buenos Aires del 17 al 23 de mayo de 1910 (Figura 1.4). Uhle continuó trabajando en Perú, Chile y Ecuador, pero no para el museo berlinés sino como investigador de distintas universidades estadounidenses y museos chilenos y ecuatorianos; es justo decir que sus investigaciones realizadas en la primera mitad del siglo XX fueron un pilar para la construcción de la arqueología sudamericana.

Luego en la región se tiene información sobre las intervenciones asistemáticas realizadas por los clérigos Oscar Dreidemie (jesuita) y Bernardino Gómez (franciscano) en la década de 1950. Ambos excavaron en cementerios indígenas, pero no se cuenta con sus anotaciones o libretas de campo que den cuenta de la asociación entre los objetos recuperados en las tumbas excavadas. La gran cantidad de materiales provenientes de los sitios funerarios conforman colecciones arqueológicas depositadas en museos extra regionales, también

muy distantes del lugar de recuperación de las piezas, como son el Museo Jesuítico Nacional de Jesús María (Córdoba) y el Museo Arqueológico Regional Incahuasi (La Rioja), respectivamente. Dreidemie solo publicó los resultados de sus excavaciones en una revista de divulgación científica de la época como era Mundo Atómico (Figura 1.5), pero aún no encontramos sus libretas de campo o anotaciones por lo que los contextos funerarios son imposibles de re-armar; mientras que de Gómez solo se cuenta con una nota publicada en el diario Principios de Córdoba en el año 1953. Otras intervenciones de clérigos quedaron plasmadas en la memoria local, como por ejemplo la del cura Luis Arch de la Parroquia de Fiambalá, pero no se tiene conocimiento del destino de las piezas sustraídas, como así tampoco de otras donadas por la comunidad local para la creación de un museo promocionado por el cura, allá por finales de la década de 1960, pero que nunca se concretó.

En esta época lo que se buscaban eran cementerios indígenas para excavar las tumbas y recuperar las piezas que acompañaban al difunto. No se conoce el destino que se le daba a los restos de los huesos humanos (esqueletales), pero es posible que se les otorgara “santa sepultura” en los cementerios locales, pero realmente no tenemos certeza de ello. O sea, no solo tenemos cientos de vasijas y otros materiales totalmente descontextualizados, sino que también está perdida la información que podrían aportar los estudios bioarqueológicos para conocer edad, sexo, enfermedades y dieta de esas poblaciones (ver capítulo 9). De todas formas, como posteriormente veremos en el capítulo 12, las colecciones de piezas cerámicas constituyen una fuente de información, especialmente para realizar estudios sobre morfología y decoración, pero la mayor de las veces es imposible realizar análisis geológicos y físico-químicos específicos por ser “piezas enteras”, las que son valoradas para su exhibición en museos. Por lo tanto, no es posible ahondar e investigar en aspectos tecnológicos y de procedencia de las materias primas con las que fueron manufacturadas esas piezas, como sí lo permite el registro fragmentario, es decir, los llamados “tiestos” o “tejas” por los pobladores (ver capítulo 2).

Por lo dicho, hasta fines de la década de 1960 los trabajos consistieron en intervenciones asistemáticas realizadas por clérigos con el objetivo de recuperar piezas arqueológicas enteras en cementerios indígenas, las cuales acompañaban a los difuntos en sus moradas finales; sin que fueran recuperados los restos esqueletales. Por lo tanto, la falta de registro y documentación (notas de campo) nos impide hoy re-armar los contextos funerarios para profundizar aspectos de la muerte, las enfermedades y los ritos ancestrales, tal como desarrollaremos en el capítulo 9. La excepción fue la misión de Uhle, dado que él no estaba interesado en excavar tumbas, aunque sí lo hizo, pero fueron pocas, ya que sus principales motivaciones se basaron en cumplir con el objetivo impuesto por el Museo Etnológico berlinés (armar una colección arqueológica que diera cuenta del pasado de estas tierras) y sus intereses particulares, los cuales se centraban en el estudio del origen y desarrollo del imperio incaico. En uno u otro caso, se aprecia que todas las piezas arqueológicas

se encuentran en museos extra regionales (Córdoba, La Rioja y Berlín), y en otros se desconoce su destino final (excavaciones del padre Arch). Este despojo patrimonial en gran parte es el causante de que los pobladores actuales no valoricen su propia historia y pasado regional o consideren a las piezas arqueológicas como una mercancía que pueden vender a coleccionistas privados. De esta manera no solo se agudiza el tráfico de piezas, el cual como veremos en el capítulo 12 constituye un delito federal, sino que el que compra se aprovecha de la situación económica asimétrica del que vende, ya que muchas veces las piezas son vendidas por pocos billetes y algo de mercadería, y luego esos “intermediarios” las venden a los grandes coleccionistas particulares. El resultado final es la expoliación del patrimonio cultural y de la historia regional no escrita.

Las investigaciones arqueológicas desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad

Hacia fines de la década de 1960 comienza el desarrollo de una arqueología científica en la región, que es cuando la arqueóloga María Carlota Sempé, de la Universidad Nacional de La Plata, comenzó con sus investigaciones sistemáticas en la región de Fiambalá, específicamente en el valle homónimo o de Abaucán. En el año 1976 defiende en esa universidad su tesis doctoral titulada “*Contribución a la arqueología del valle de Abaucán*”, bajo la dirección del Dr. Alberto Rex González. Estas investigaciones se interrumpieron debido a los avatares sociopolíticos del país, específicamente el último golpe de estado cívico-militar ocurrido de 1976, ya que con la dictadura se disolvieron gran parte de los equipos de investigación del NOA. Esos equipos recién comenzaron a re-armarse lentamente con la llegada de la democracia en 1983. A partir del año 1994 las investigaciones fueron retomadas en la amplia región por el equipo del Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán (PACH-A), bajo mi dirección, radicado en el instituto de las Culturas (IDECU), Universidad de Buenos Aires-CONICET, Facultad de Filosofía y Letras.

Es justo reconocer que con Sempé se inició la etapa de la arqueología sistemática en la región de Fiambalá o Abaucán, ya que realizó prospecciones, excavó sitios emplazados principalmente en el fondo de valle y generó una primera secuencia regional, en la cual afirmaba que el oeste tinogasteño fue ocupado por grupos con diferentes organizaciones socioeconómicas y políticas desde sociedades agro-pastoriles (Formativo) hasta la estatal (Inca). De acuerdo con los datos generados, este largo proceso cultural regional comenzó en el año 552 a.C. y se extendió en forma ininterrumpida hasta el año 1500 d.C., para ser detenido por la conquista española (Figura 1.1). Sin embargo, esta visión o panorama de proceso cultural “continuo”, con las particularidades de cada contexto socio-histórico, no es soportada actualmente por los avances y resultados del PACH-A. Esto se debe a que la región de Fiambalá, especialmente el fondo de valle, sufrió largos períodos de desocupación resultado de procesos de inestabilidad ambiental, en parte debido a los avatares de la naturaleza que impusieron restricciones,

limitaron la circulación y/o imposibilitaron su habitabilidad. Por lo tanto, el proceso cultural no fue lineal, no estuvo signado por continuidades y se diferencia de los valles vecinos del oriente, ya que entre los años 1000 y 1250 d.C., siglos XI al XIII de la era cristiana, las tierras bajas fiambalenses no presentaban condiciones adecuadas para su habitabilidad debido a intensos acarreo o flujos de material de pómez que afectaron esos espacios.

Como se mencionó antes, el PACH-A inicia sus investigaciones en el oeste tinogasteño en el año 1994, y aunque con vaivenes al compás de la realidad de la política científica del país, no ha sufrido interrupciones significativas. A lo largo de los años, se ampliaron las áreas prospectadas, los sitios excavados, las líneas de investigación desarrolladas y le pusimos tiempo a los procesos culturales y ambientales a través de dataciones absolutas. Nuestra área de estudio es muy grande, ya que cubre tanto las regiones de Fiambalá como de Chaschuil, en las cuales hay distintos tipos de ambientes y cotas altitudinales, desde las tierras bajas de los fondos de valle hasta las tierras altas cordilleranas (Figura 1.6). Estos ambientes contrastantes estuvieron articulados a través de conectores naturales, muchos de los cuales siguen usándose en la actualidad, como por ejemplo la ruta que comunica a la localidad de Palo Blanco (1900 msnm) con la de Cazadero Grande (3500 msnm), en la cual, con apoyo de animales de carga, se recorren quebradas, se cruzan cerros a través de sendas zigzagueantes y se atraviesan amplias pampas de altura.

Nuestra meta no es solo conocer la diversidad ecológica de estos espacios, dado que por esas rutas circularon personas que tenían determinadas ideas, valores, códigos, modos de hacer las “cosas” y formas de percibir el ambiente. Así, cada contexto socio-histórico que habitó, transitó y explotó recursos de ambas regiones fue construyendo sus relaciones sociales, económicas, políticas y simbólicas a lo largo del tiempo. De esta manera, nuestro proyecto no solo cubre una escala espacial amplia, sino también temporal, dado que buscamos comprender el devenir cultural de estas tierras desde sus primeras ocupaciones, por cazadores recolectores, hasta el advenimiento primero de la conquista incaica y luego de la española.

Ni más ni menos que 10000 años de historia, pero discontinuada por los eventos catastróficos de amplia intensidad que afectaron a la región, lo cual le otorga un perfil propio y diferente en comparación con otras áreas vecinas, tanto de la puna sur -Antofagasta de la Sierra- como de los valles del oriente -Santa María y Belén-. La última gran erupción volcánica del Cerro Blanco (Figura 1.6) ocurrió 4000 años AP y condice con la ausencia de registro de cazadores-recolectores en la región de Fiambalá, dado que gran parte de las quebradas cercanas al foco de emisión quedaron cubiertas por el flujo piroclástico, del cual hoy se observan relictos en la ladera de los cerros de la quebrada de Las Papas (Figura 1.7). Recientes investigaciones realizadas con geólogos españoles dan cuenta que las poblaciones del primer milenio también sufrieron el impacto de otra erupción, alrededor del año 600 d.C., pero cuyo foco de emisión se encuentra en la cordillera de Los Andes, posiblemente el Nevado de Tres

Cruces. Con el avance de las investigaciones seguramente se podrá delimitar el foco de la última erupción, pero lo que sí sabemos es que una y otra generaron altos volúmenes de material volcánico (cenizas, piedra pómez), los que fueron posteriormente re-trabajados por el viento y el agua e impactaron sobre las poblaciones agro-pastoriles del primer milenio asentadas en la región, principalmente aquellas que habitaban en el valle o bolsón de Fiambalá. Esta situación provocó el abandono de sitios, el traslado de poblaciones a otros pisos altitudinales y el despoblamiento del valle por un largo período, aproximadamente entre los años 1000 y 1250 d. C. Luego de casi 300 años, una vez recompuestas las condiciones ambientales, esas tierras vuelven a re-poblarse con el ingreso del inca a la región, con quien también ingresaron otras poblaciones movilizadas por el imperio como fuerza de trabajo. Esto provocó que se generara un mosaico cultural heterogéneo con algunas áreas pobladas y otras despobladas, como así también la ausencia de registro de sitios arqueológicos característicos del período de Desarrollo Regionales (ver más atrás).

En resumen, nuestro proyecto nació interdisciplinario dado que implementamos diferentes líneas de investigación articulando la arqueología, la historia, las ciencias físico-químicas y las naturales, para dar cuenta del proceso histórico en cuenta larga, además de contar con la participación activa de las comunidades locales que dieron información sobre lugares de interés arqueológico. La adopción de una escala espacial y temporal amplia permitió aprehender y comprender los procesos de cambio, culturales y ambientales, e identificar las prácticas o acciones sociales que pervivieron, las que se transformaron o se perdieron y también aquellas que fueron re-significadas en el tiempo. Gran parte de estas acciones quedaron cristalizadas o materializadas en “cosas” representadas en objetos, restos y lugares de las regiones que estudiamos. Las diferentes líneas de investigación encaradas cubren diferentes aspectos socio-ambientales como la producción, distribución y consumo de objetos cerámicos y de piedra; lenguajes visuales; organización del espacio; funebria; consumo de recursos animales y vegetales; producción de alimentos; memoria social y estudios paleoambientales, entre otros.

Muchos de los ejemplos que contiene este libro provienen de nuestras propias investigaciones arqueológicas, pero mi idea al compilarlo fue la de desarrollar diferentes temáticas para que Usted lector no solo comprenda el quehacer arqueológico y de qué se ocupan los arqueólogos sino también que conozca otros “saberes”, otros “modos de hacer las cosas”, otras “formas de lenguaje” que no conllevan palabras escritas, otras “costumbres” y otras “lógicas”. La articulación de estos “otros” seguramente aportará a que Usted conozca, valore y proteja nuestra historia, o por lo menos ésa es mi intención y la de los que participan en esta obra.

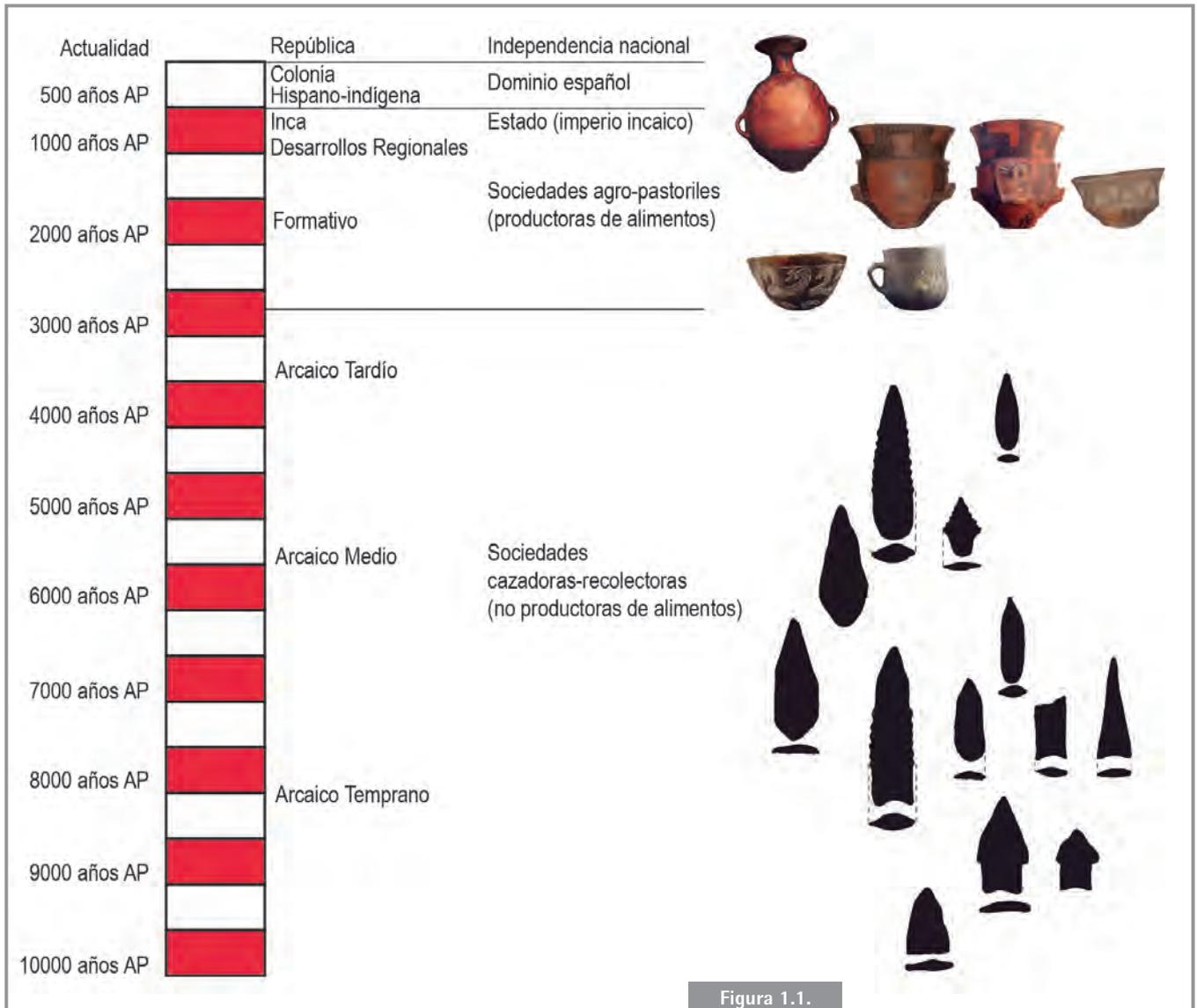


Figura 1.1.



Figura 1.2.

Figura 1.1.
Esquema cronológico y cultural para el noroeste argentino (NOA) en territorio catamarqueño

Figura 1.2.
Distintos momentos del trabajo en sitios arqueológicos: excavación, documentación y registro

Figura 1.3.



“Ich habe manchmal Ihren Muth bewundert, mich, der ich noch keine transatlantische Reise gemacht, niemals mit Mulas gereist, keine genügende Beherrschung des Spanischen von Anfang an besaß, gerade zu einer Expedition nach Argentinien und Bolivien zu schicken.

Ich werde versuchen, der für mich als für Andere in mancher Hinsicht schwereren Aufgabe, nach Möglichkeit gerecht zu werden.“

„*Varias veces he admirado su valentía de haberme enviado a una expedición a Argentina y Bolivia, a mi, quien no había hecho un viaje transatlántico antes, nunca había montado una mula, no manejaba bien el castellano.*

Voy hacer lo posible para cumplir con esta tarea –en muchos sentidos difícil– para mi como para otros también.“

Carta de Max Uhle a Adolf Bastian, Catamarca, 2 de febrero 1893.
 Archivo Ethnologisches Museum, Staatliche Museen zu Berlin, Acta Max Uhle I, 324^a/93.

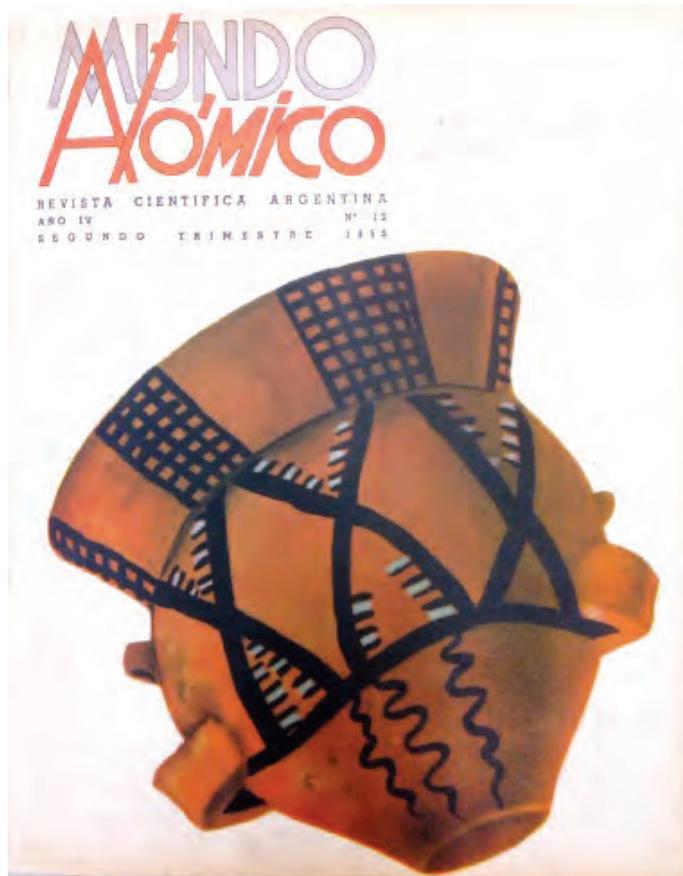
Figura 1.3.
 El arqueólogo alemán Max Uhle en tierras tinogasteñas (Catamarca) a fines del siglo XIX. Fotografía y traducción gentileza de Dra. Manuela Fischer (Museo Etnológico de Berlín, Alemania)

Figura 1.4.
 Pioneros de la arqueología argentina en el XVII Congreso Internacional de Americanistas, Buenos Aires, 1910. Foto gentileza de Dra. Manuela Fischer (Museo Etnológico de Berlín, Alemania)



Figura 1.5.
 La Revista Mundo Atómico y las excavaciones del jesuita Oscar Dreidemie en la década de 1950, realizadas en la periferia del actual pueblo de Medanitos (Departamento de Tinogasta, Catamarca)

Figura 1.5.



MUNDO ATÓMICO
 REVISTA CIENTÍFICA ARGENTINA
 AÑO IV N° 12
 SEGUNDO TRIMESTRE 1955

ARQUEOLOGIA DEL VALLE de ABAUCAN
 (CATAMARCA)

OSCAR I. DEBENEDETTI

Publicado en la Revista Atómico de la Comisión Nacional de Energía Atómica, N° 12, Año IV, Segundo Trimestre, 1955, p. 10-11.

El siguiente artículo que vio la luz en 1955, en el número 12 de la revista, se titula "Arqueología del Valle de Abaucan".

Este artículo trata de un hallazgo arqueológico en el valle de Abaucan, provincia de Catamarca, Argentina, realizado por Oscar I. DeBenedetti.

Los restos encontrados en el valle de Abaucan, provincia de Catamarca, Argentina, consisten en cerámica, herramientas y otros objetos.



Tipo de vasija hallada en 1955.

En el valle de Abaucan, provincia de Catamarca, Argentina, se hallaron restos arqueológicos que datan de aproximadamente 1000 años antes del presente. Los hallazgos consistieron en cerámica, herramientas y otros objetos. Los restos encontrados en el valle de Abaucan, provincia de Catamarca, Argentina, consisten en cerámica, herramientas y otros objetos.

Los restos encontrados en el valle de Abaucan, provincia de Catamarca, Argentina, consisten en cerámica, herramientas y otros objetos.



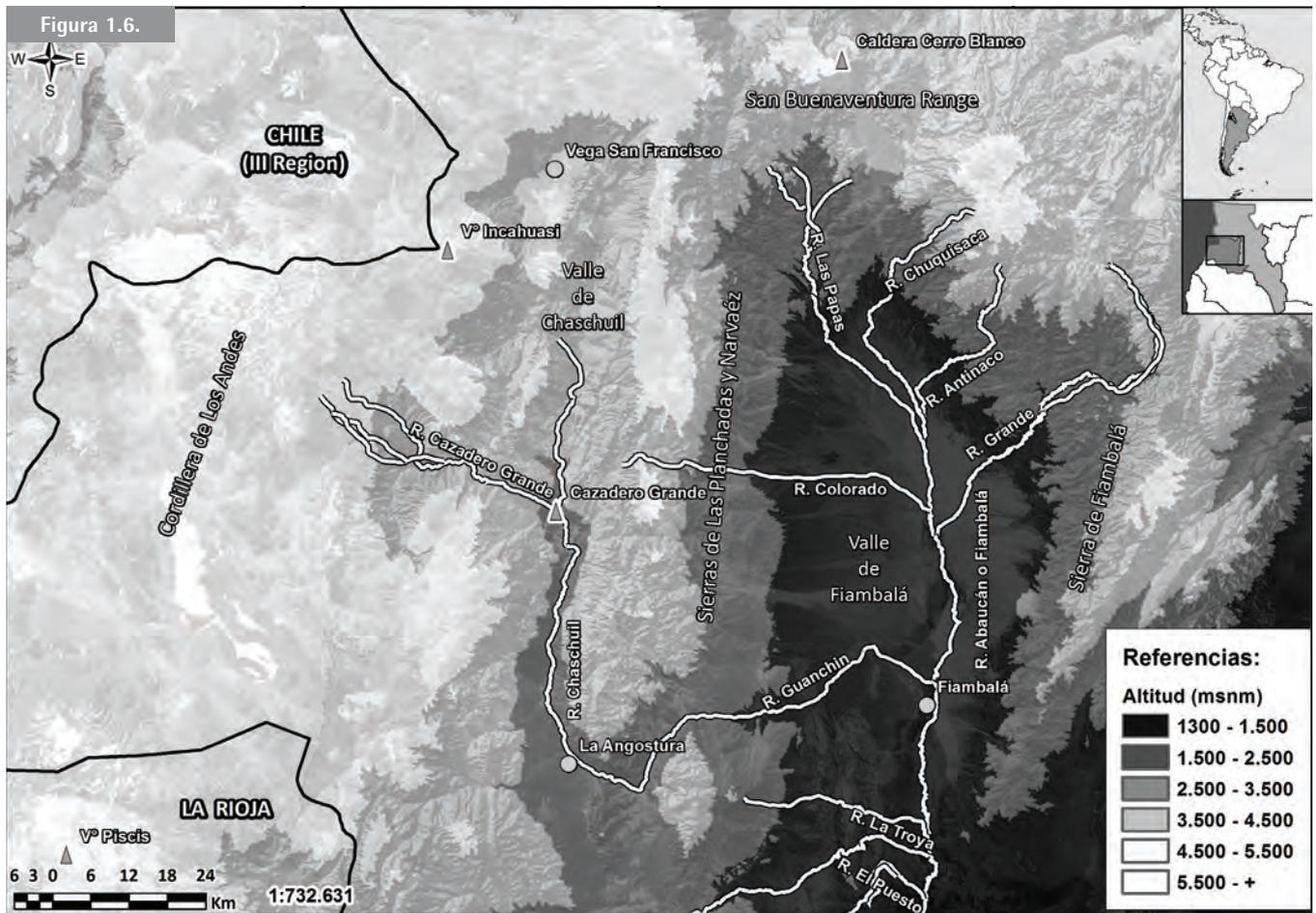


Figura 1.6.
Las regiones de Chaschuil y Fiambalá en el oeste de Tinogasta (Catamarca)

Figura 1.7.
Paredones de flujo piroclástico en la Quebrada de Las Papas (Departamento de Tinogasta, Catamarca) producto de la última erupción del Cerro Blanco (ca. 4000 años AP)



ARQUEOLOGÍA, OTRAS CIENCIAS Y SABERES

Norma Ratto, Roxana Boixadós, Débora M. Kligmann, Luis Coll, Irene Lantos,
Juan P. Miyano, Claudia Aranda y Micaela Rossi

INTRODUCCIÓN

La arqueóloga Linda Manzanilla y el químico Luis Barba, ambos mexicanos, definen a la arqueología como si fuera un “prisma” con diferentes “caras” y todas articuladas dan contenido y definición a la disciplina. Así, dicen que es una ciencia social que estudia a las sociedades humanas y sus transformaciones en el tiempo, por lo que forma parte de la antropología, pero también estudia sus relaciones con el medio físico con el que interactúan. Asimismo, es una ciencia histórica porque investiga el pasado y además integra la información procedente del conocimiento de la Tierra (geología, geofísica y geografía) con datos provenientes de la biología (paleobotánica, paleozoología y paleoantropología). De esta manera, la arqueología es un poderoso puente interdisciplinario para conectar distintas ciencias.

Como arqueólogos nos apoyamos en los métodos y técnicas de otras ciencias, tanto físico-químicas y naturales como humanísticas, para darle respuesta a muchas preguntas que nos hacemos sobre las diversas sociedades del pasado. Por ejemplo: ¿cuáles eran las condiciones del medio físico con las que interactuó tal o cual sociedad?, ¿qué actividades se realizaron en tal o cual lugar, fue un área de cocina y preparación de alimentos o un área de descanso o de circulación?, ¿qué comían los integrantes de este grupo?, ¿todos tenían acceso a los mismos alimentos o había un acceso diferencial a los recursos?, ¿qué enfermedades tuvieron sus poblaciones?, ¿dónde produjeron las vasijas cerámicas que encontramos?, ¿su manufactura fue local, es decir fueron manufacturadas en el lugar donde las recuperamos, o en otro lugar?, ¿qué relaciones existieron con otros grupos?, ¿hubo comercio, intercambio?, ¿cómo prepararon las pinturas con las cuales expresaron esos dibujos sobre los paneles de roca?, ¿qué antigüedad tiene la sociedad que manufacturó estos objetos? Y así muchas más.

En este capítulo damos cuenta de que la arqueología es eminentemente interdisciplinaria, es decir, que utiliza métodos y técnicas de otras ciencias para dar respuesta a las preguntas que generamos para conocer diferentes aspectos de las sociedades del pasado. En algunos casos, realizamos análisis físico-químicos específicos sobre distintos

tipos de objetos (artefactos), o sobre los sedimentos que los contenían, para determinar qué tipos de actividades se realizaron, tanto domésticas como rituales, o conocer cuáles fueron las características del medio físico con el que esas sociedades interactuaron. También utilizamos herramientas de análisis espacial, creadas por la geografía, para analizar la distribución en el espacio de los sitios y su relación con las condiciones topográficas y ambientales. En otros casos, aplicamos métodos y técnicas de la geofísica para realizar prospecciones no-invasivas, es decir, para detectar sin excavar sitios arqueológicos que no son visibles en superficie debido a que están totalmente enterrados y cubiertos por los sedimentos depositados a lo largo de los años. Además, analizamos fuentes escritas, producidas por los españoles a partir de la conquista -fines del siglo XV en adelante- para conocer aspectos de las sociedades con las que interactuaron.

En muchos casos trabajamos en conjunto con otros científicos, es decir, interdisciplinariamente, para lo cual generamos un diálogo interactivo con ellos para la resolución de problemas específicos (etnohistoria, arqueogeofísica, estudios paleoambientales, geoquímica, datación). Pero en otros casos, son los mismos arqueólogos los que se capacitan en distintos métodos y técnicas de otras ciencias y así desarrollan líneas de investigación específicas (geoarqueología, análisis de isótopos estables, bioarqueología, análisis espaciales, entre otras).

ARQUEOMETRÍA

La Arqueometría se concibe como una disciplina científica que emplea métodos físicos y/o químicos para los estudios arqueológicos, entre los cuales sobresale la datación radiométrica, el análisis de distintos *proxies* para los estudios paleoambientales, la arqueo-geofísica, la geo-arqueología, la implementación de técnicas mineralógicas, petrográficas y nucleares para los estudios de procedencia de materias primas cerámicas y líticas, el análisis de isótopos estables, los análisis químicos orgánicos e inorgánicos (por ej. de residuos culinarios y de pigmentos), la bioarqueología, los estudios de análisis espacial, entre otros. Estas distintas líneas

de investigación fueron o son desarrolladas por el Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán (PACH-A). Por lo tanto, a continuación, desarrollamos sucintamente los alcances de cada una de ellas, especialmente apuntando a los problemas que tratan de resolver.

Datación radiocarbónica

La arqueología tiene tres dimensiones: contenido, espacio y tiempo. El contenido lo da toda la materialidad que recuperamos cuando excavamos un sitio, el espacio está dado por el lugar de emplazamiento de ese sitio y el tiempo tenemos que determinarlo a partir de análisis específicos que realizamos sobre muestras orgánicas, a través de la medición de “el carbono 14 (remanente)”.

El químico estadounidense Willard Libby desarrolló el método de datación por radiocarbono que permite a los arqueólogos que las “cosas” de naturaleza orgánica, como los seres humanos, animales y plantas, puedan ser fechadas y así obtener una datación absoluta en años radiocarbónicos, expresados como “años antes del presente” (ver capítulo 1). El carbono 14 (^{14}C) es un isótopo radioactivo natural que los rayos cósmicos crean, en pequeña cantidad, en la atmósfera, al colisionar contra ella. De allí es absorbido por las plantas y a través de ellas pasa a los animales, incluidos los humanos, que las comemos, proceso que se interrumpe con la muerte. Estos análisis se realizan en laboratorios específicos, manejados por físicos y químicos, donde se analizan pequeñas cantidades de las muestras orgánicas (carbón, huesos, textiles, entre otros) que los arqueólogos recuperamos de las excavaciones que realizamos (ver capítulo 1).

Nuestro país cuenta con un laboratorio de datación radiocarbónica, LATYR, que integra el Centro de Investigaciones Geológicas (CIG), instituto dependiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Proxies y estudios paleoambientales

Podemos decir que un *proxy* es cualquier componente dependiente de factores ambientales o climáticos de un archivo ambiental, que puede ser extraído, identificado y cuantificado de manera tal que los resultados que se obtengan de su análisis permitan inferir confiable y consistentemente las condiciones ambientales pasadas, no accesibles a través de la observación directa. Toda sociedad interactúa con el ambiente, pero éste ha cambiado a lo largo del tiempo. Por lo tanto, los arqueólogos tenemos que realizar estudios específicos, mayormente trabajando interdisciplinariamente con científicos de las ciencias naturales, para lo cual utilizamos evidencia extraída de archivos ambientales (perfiles naturales de las barrancas de los ríos, sedimentos de los fondos de las lagunas, madrigueras de roedores, entre otros), cuyo análisis nos permite interpretar el paleoambiente y el paleoclima y así relacionarlo con los procesos culturales que se desarrollaron en una determinada región en el pasado.

Esos estudios paleoambientales se realizan a través del análisis “*multi-proxy*”, es decir, articulando diferentes tipos

de evidencia (polen, diatomeas, ostrácodos, insectos, entre otros) contenidos en los archivos ambientales. Los estudios paleoambientales han permitido realizar modelos acerca de la oferta y predictibilidad de los recursos disponibles para las sociedades del pasado. Por ejemplo, el polen es un indicador aproximado de la composición de la vegetación y también permite inferir las condiciones climáticas en las que se desarrolló, principalmente la humedad y la temperatura.

Arqueo-geofísica

Los sitios arqueológicos están sujetos a la acción de distintos agentes que modelan el relieve (viento, agua, hielo), los cuales pueden generar procesos erosivos, que producen la denudación o el desgaste de los suelos y rocas; mientras que la contraparte son los de acreción que producen la acumulación de materiales sedimentarios sobre una superficie. El accionar de uno u otro proceso tiene relevancia para la arqueología, ya que el primero permitirá que sean visibles a nivel superficial rasgos arquitectónicos de edificios construidos muchos cientos de años atrás y que estaban sepultados. En cambio, los procesos de acreción provocarán que los sitios sean paulatinamente “tapados” por sedimentos hasta quedar totalmente enterrados sin visibilidad en superficie. En este último caso, los métodos geofísicos no-invasivos (georradar, geoeléctricos y de inducción electromagnética) permiten caracterizar distintas propiedades físicas del subsuelo a través de mediciones realizadas en superficie. De esta manera, ofrecen una vía para la exploración y el descubrimiento de sitios arqueológicos enterrados, generalmente con arquitectura, pero sin visibilidad en superficie, a través del paso de diferentes tipos de energía que atraviesan el suelo y detectan anomalías producidas por la presencia de rasgos, muros y estructuras enterradas. El producto es la generación de un “plano virtual” que da cuenta de la forma y dimensión del sitio arqueológico, y posibilita generar un diseño de excavación dirigido para su intervención. En nuestro proyecto de investigación los proyectos arqueo-geofísicos se encararon conjuntamente con el Grupo de Geofísica Aplicada y Ambiental (GAIA) de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, particularmente y con una alta tasa de éxito, en el caso de la aldea formativa de Palo Blanco (siglos I al XI de la era) (Figura 2.1).

Geoarqueología

La geoarqueología es una subdisciplina de la Arqueología que resuelve problemas arqueológicos mediante el uso de técnicas propias de las ciencias exactas y naturales como por ejemplo la química, la física, la geología y la agronomía.

Uno de los materiales que estudian los geoarqueólogos son los sedimentos. Éstos son partículas sueltas, originadas por la erosión de rocas, transportadas por diferentes agentes naturales como los ríos, los mares, los glaciares y/o el viento y depositadas en otro lugar donde finalmente se acumulan. Entre las variables físico-químicas comúnmente analizadas por los geoarqueólogos en muestras de sedimentos recolectadas en las excavaciones podemos mencionar las siguientes

tes: color, pH, fósforo, materia orgánica y tamaño de partículas sedimentarias.

Los sedimentos están presentes en todos los sitios arqueológicos y constituyen la superficie sobre la cual los seres humanos realizan sus actividades. Una vez que estos lugares son abandonados, los sedimentos proveen datos importantes sobre la actividad humana pasada ya que contienen restos materiales de distintos tamaños confeccionados, usados y/o descartados durante su ocupación (puntas de flecha de piedra, vasijas de cerámica, huesos de animales, entre otros) así como también huellas invisibles al ojo humano de las actividades allí desarrolladas (modificaciones físico-químicas de las áreas habitadas). Cuando los hombres realizan sus actividades transforman, sin intención, los sedimentos del lugar. Así, los geoarqueólogos pueden detectar áreas de cocina, basureros, áreas de baño, corrales, enterratorios y zonas de cultivo, entre otras. Estas zonas se caracterizan por ser diferentes, desde el punto de vista físico-químico, de las zonas naturales fuera de los sitios que no han sido alteradas por la acción de los seres humanos. Las primeras suelen ser más ricas en diferentes elementos y compuestos como los fosfatos y la materia orgánica, como consecuencia de la deposición de restos orgánicos vinculados con los alimentos, los excrementos, los muertos y los abonos o fertilizantes. Por lo tanto, estos análisis nos permiten discutir problemáticas tales como la intensidad de la ocupación humana o la funcionalidad de los sitios arqueológicos excavados.

A su vez, los sedimentos también nos brindan información sobre los agentes naturales (por ejemplo, los animales, las plantas, el agua, los volcanes, entre otros) que actuaron en los sitios a lo largo del tiempo desde que fueron abandonados hasta el momento en que los arqueólogos los excavan. Muchas veces estos agentes enmascaran o perturban las huellas de las actividades humanas que estamos tratando de explicar, por lo que los arqueólogos debemos aprender a distinguir unas de otras.

Técnicas mineralógicas, petrográficas y nucleares para el estudio de procedencia de materias primas

Una de las inquietudes más frecuentes de los arqueólogos es determinar la procedencia de las materias primas con las cuales se manufacturaron los objetos que recuperamos en los contextos arqueológicos, es decir, conocer la fuente de extracción de los materiales, tanto rocas (obsidiana o vidrio volcánico) como los barros fango-arcillosos con los cuales se manufacturaron las ollas y distintos cacharros. Para estos fines trabajamos en forma conjunta con químicos nucleares para realizar análisis geoquímicos de muestras de esos tipos de artefactos. La relación entre los campos de la geoquímica, la mineralogía y la petrografía queda comprendida en la secuencia descrita por el geólogo A. E. Fersman cuando dice: “de las diversas combinaciones de elementos químicos están formados tres mil minerales distintos existentes en la tierra (cuarzo, feldespato, sal, etc.). La agregación de partículas minerales forma lo que llamamos rocas (basalto, granito, arenisca, caliza, etc.). La ciencia que estudia los minerales se denomina

Mineralogía; la que describe las rocas, Petrografía, y la que estudia los propios ladrillitos y sus “peregrinaciones” por la naturaleza, Geoquímica”.

Una de las técnicas nucleares más utilizadas es el análisis por activación neutrónica, ya que permite la caracterización de elementos que tienen una marcada diferenciación geoquímica y de ese modo posibilita la diferenciación de los depósitos arcillosos y los productos (vasijas y ladrillos o adobes para la construcción) manufacturados con ellos, como así también de las canteras explotadas en el pasado para fabricar instrumentos de obsidiana. En el caso de los estudios alfareros, la relación no es lineal, dado que el proceso de manufactura cerámica es una práctica compleja en la cual el agregado de materiales (distintos tipos de rocas, fragmentos de tiestos, mezcla de barros u otras convenciones culturales) durante la preparación de los *bollos* puede alterar la *firma química* de los fragmentos analizados.

Análisis de isótopos estables

Los isótopos estables son las diferentes variedades de un átomo de un elemento químico. Su análisis ha experimentado un amplio desarrollo en los últimos 10 años en la arqueología. Específicamente, los isótopos estables de carbono (^{12}C y ^{13}C) y nitrógeno (^{14}N y ^{15}N) constituyen una línea de evidencia para abordar la dieta, tanto de poblaciones animales como humanas, a partir del análisis químico de sus tejidos (hueso, diente, pelo).

Todas las plantas absorben dióxido de carbono (CO_2) de la atmósfera e incorporan el carbono mediante el proceso de fotosíntesis. La vía más común de fotosíntesis es la de las plantas C_3 que generalmente son de zonas templadas (por ejemplo, la mayoría de las pasturas, frutos y legumbres como zapallos, porotos y algarrobas). Por otro lado, algunas plantas adaptadas a zonas cálidas y áridas toman otra vía fotosintética que es más eficiente y evita la pérdida excesiva de agua en el proceso. Éstas son las plantas C_4 y entre ellas se destacan el maíz, el amaranto y algunos pastos estacionales de verano. Esta diferencia en la forma de incorporación del carbono se traduce en una señal isotópica de carbono distinta. De esta manera, cuando un herbívoro consume plantas incorpora los valores isotópicos de la planta que consumió (C_3 o C_4) y, a su vez, al consumir al herbívoro, el carnívoro recibe dichos valores. De este modo, la “señal isotópica” que se originó en la planta es posible de ser rastreada en otros organismos, como animales o humanos, a partir del estudio de los isótopos estables de carbono (^{12}C y ^{13}C). Por otro lado, los análisis de isótopos estables de nitrógeno (^{14}N y ^{15}N) permiten determinar el nivel trófico del organismo analizado. De esta manera, los carnívoros (consumidores secundarios) poseerán valores de $\delta^{15}\text{N}$ superiores a los de los herbívoros (consumidores primarios) (Figura 2.2). Además, dado que las cadenas tróficas de los ambientes marinos son mucho más largas, el análisis de isótopos estables de nitrógeno permite determinar si la dieta de un organismo estuvo compuesta de recursos terrestres y/o marinos. Así, los estudios de isótopos estables permiten aproximarnos a los recursos que consumieron las poblaciones del pasado, tanto animales como humanas (ver más adelante).

Análisis químicos de materiales arqueológicos

Los análisis químicos se emplean para estudiar la composición de los materiales arqueológicos. Por ejemplo, se realizan estudios para identificar los pigmentos que se encuentran en vasijas cerámicas, altares, pinturas rupestres, murales y esculturas. Los pigmentos se analizan a través de técnicas como microscopía electrónica de barrido acoplada con espectroscopia de dispersión de energía de rayos X (SEM-EDS), fluorescencia de rayos X (FRX), espectroscopia infrarroja, espectroscopia Raman, difracción de rayos X (DRX), entre otras. En particular, los pigmentos orgánicos, como las tinturas en los textiles y los usados en algunas pinturas murales, se determinan mediante técnicas como cromatografía líquida de alta resolución (HPLC).

Otra línea de investigación es el estudio de los residuos de comidas que quedan en las vasijas cerámicas que nos permiten reconstruir las antiguas recetas culinarias. Estos residuos son absorbidos en las matrices cerámicas durante la preparación y almacenamiento de los alimentos. Las características porosas de los contenedores cerámicos dan lugar a una excepcional preservación de los compuestos orgánicos tales como lípidos, carbohidratos y proteínas, ya que quedan protegidos de la exposición a la luz, a la humedad y a los microbios que podrían degradarlos. Una de las técnicas analíticas más utilizadas para investigarlos es la cromatografía gaseosa acoplada a espectrometría de masa (GC-MS). Esta técnica nos permite saber si en una vasija se cocinaron vegetales, carne y grasa animal, o ambos combinados como guisos. Incluso en algunos casos nos indica qué animal se consumió, a través de moléculas muy específicas que se llaman biomarcadores. También se usan técnicas isotópicas para conocer por ejemplo si los aceites vegetales encontrados son de una planta C_3 (como poroto o algarroba) o de una planta C_4 (como el maíz), o si los animales que se carnearon habían sido alimentados con pasturas naturales o con maíz en corrales. Otra aplicación es poder determinar si las bebidas alcohólicas que se consumían en las fiestas estaban hechas a base de maíz como la chicha o de algarroba como la aloja. Es decir que estos análisis no solo nos permiten reconstruir las formas de cocinar y de comer de la gente del pasado, sino que son una ventana a las elecciones de la gente en cuanto al consumo de alimentos cultivados, recolectados, cazados y pastoreados.

Bioarqueología y estudios químicos

El estudio de los restos mortales de las personas que pertenecieron a las sociedades del pasado catamarqueño ofrece mucha información sobre sus formas de vida. Una de las líneas de investigación de la bioarqueología nos permite abordar temas como la movilidad de esas poblaciones y los tipos de alimentos que consumieron. A través de estudios químicos de los dientes y los huesos humanos se analizan los isótopos estables (ver más arriba). Todos los seres vivos los incorporan y mantienen en su cuerpo según las proporciones que contienen los alimentos y el agua ingeridos. Las proporciones de los isótopos de oxígeno del agua varían en diferentes zonas geográficas, dependiendo principalmente de la latitud, la altitud

y la temperatura. De esta manera, pueden ofrecer datos acerca de la procedencia de los individuos, es decir que ayudan a conocer si una persona vivió sus últimos años de vida en un ambiente ecológico diferente al lugar donde fue inhumado. La movilidad cotidiana de los grupos humanos de la zona no estaba restringida solo a actividades de obtención de recursos, sino que también incluía complejas redes de relaciones sociales entre personas y poblaciones de diferentes regiones. Los circuitos de movilidad entre diferentes ambientes posibilitaron de esa manera el intercambio de bienes y el fortalecimiento de alianzas entre grupos distantes.

Como hemos visto anteriormente, el análisis de los isótopos estables del carbono y del nitrógeno permite obtener información acerca del tipo de dieta (por ejemplo, si las personas consumían productos marinos o terrestres, animales o vegetales, silvestres o domesticados), conocer diferencias en el consumo de alimentos entre hombres, mujeres y niños, y saber hasta qué edad los niños eran amamantados. Es así como los bioarqueólogos, en colaboración con especialistas en análisis químicos, pueden interpretar la información obtenida para conocer acerca de las relaciones sociales y los modos de vida de las sociedades del pasado.

Bioarqueología y otros estudios

Dentro de los estudios bioarqueológicos, los análisis paleoparasitológicos son una herramienta de suma utilidad para la recuperación de información sobre aspectos biológicos, sociales y ambientales. Es necesario hacer recolecciones de sedimentos de la cavidad abdominal y de la cintura pélvica (coxal y/o sacro) de los individuos y de sectores adyacentes a los entierros de manera de poder comparar los resultados paleoparasitológicos obtenidos y así descartar la posibilidad de una contaminación natural. Es importante, para evitar alteraciones de contenido en el momento de la toma de la muestra, extremar las medidas de precaución mediante la utilización de barbijos, guantes de látex y otros elementos descartables y esterilizados (por ejemplo, cucharas plásticas y pinceles de cerdas suaves). Posteriormente, los sedimentos son enviados a laboratorios especializados, donde mediante técnicas específicas de rehidratación y contraste se contabilizan los huevos de parásitos contenidos, los cuales generalmente permiten la identificación de la especie. La cantidad y tipo de parásitos identificados permiten inferir procesos de infección intestinal, deficiencias en la absorción de nutrientes y estados generales de enfermedad de los individuos. A su vez, los tipos de parásitos presentes ayudan a comprender las características del medioambiente de la época, así como también el grado de permanencia de las poblaciones en un lugar particular, permitiendo la supervivencia y reproducción de estos organismos.

Sistemas de Información Geográfico e Imágenes Satelitales

Actualmente el uso de los análisis espaciales en arqueología se efectúa principalmente a través de dos tecnologías propias de la geografía.

Por un lado, el Sistema de Información Geográfico (SIG)

o Geographic Information System (GIS) es un programa de computadora que contiene varias funciones (diseñador gráfico, creador de base de datos y paquete estadístico) que asocian imágenes y elementos gráficos (puntos, líneas y polígonos) con ubicaciones exactas en el globo terráqueo. De esta forma, el SIG permite dibujar los distintos rasgos naturales como culturales presentes en la superficie terrestre, otorgándoles una ubicación precisa a través de las coordenadas geográficas. Una vez obtenida la localización exacta de los objetos gráficos se realizan distintas clases de análisis espaciales. Es por ello que su importancia para la arqueología radica en la capacidad de analizar la distribución de los sitios arqueológicos y su relación con distintos aspectos del ambiente, cuyos resultados serán expresados en forma de tablas, gráficos, planos y mapas.

La otra herramienta que complementa al SIG son las imágenes satelitales. Éstas poseen distintas precisiones y otorgan datos de la superficie terrestre dependiendo del satélite. La información adquirida permite la reconstrucción de distintos elementos presentes en el terreno (ya sea a través de técnicas de interpretación visual o de aplicación de modelos matemáticos).

En resumen, estas tecnologías de la geografía permiten dibujar aspectos gráficos precisos en el espacio, brindando al arqueólogo las herramientas necesarias para analizar y comprender la distribución de los sitios arqueológicos en el espacio y su relación con las condiciones topográficas y ambientales.

LAS FUENTES HISTÓRICAS

La utilización de documentación histórica en investigaciones interdisciplinarias busca aportar y problematizar información sobre las sociedades prehispánicas y del período colonial temprano. Las fuentes se encuentran custodiadas en repositorios siendo uno de los más importantes el Archivo General de Indias situado en la ciudad de Sevilla (España), donde se ha conservado el título de “encomienda del repartimiento de indios de Abaucán, Cabuyll y sus anexos” (1631) que contiene valiosa información sobre visitas y encomiendas tempranas en el oeste de Tinogasta (Catamarca) (Figura 2.3). Nuestro país cuenta con el Archivo General de la Nación, archivos provinciales, eclesiásticos e incluso algunas bibliotecas (como la Nacional o la del Museo Etnográfico) poseen secciones con transcripciones de documentación original de distinta procedencia realizadas en el pasado. Estos archivos, que por lo general son de acceso público, pueden contar además con donaciones de documentación privada procedentes de familias que por generaciones guardaron registros de las actuaciones de miembros destacados por la sociedad. La noción de fuente histórica se amplía al considerar los periódicos antiguos que testimonian la vida de comunidades, pueblos y ciudades, y también los registros fotográficos, imágenes que corporizan escenas públicas y privadas de épocas pasadas.

Cuando un profesional especializado en el análisis e interpretación de fuentes (historiador o etnohistoriador) participa en una investigación arqueológica, lo hace con la expectativa de complementar su labor aportando información producida

en contextos coloniales e incluso mucho más cercanos al presente. La documentación puede ofrecer respuestas a algunas preguntas formuladas desde la investigación arqueológica; imaginemos que las excavaciones se llevan a cabo en las ruinas de una aldea prehispánica, abandonada en algún momento por sus habitantes. ¿Quiénes eran y qué ocurrió con ellos? Documentación del período de contacto hispano indígena puede contener información para identificarlos, saber cómo fueron nombrados o reconocidos durante la conquista española y si fueron desplazados o instalados en otro lugar. Dependiendo del grado de contacto que hayan tenido con los españoles, de las fuentes producidas sobre ellos y de su conservación, se podrá ahondar la investigación y conocer si participaron de rebeliones contra el régimen colonial, qué lazos los vinculaban a pueblos vecinos, cuándo fueron evangelizados, entre otras cuestiones centrales para reconstruir su historia. En la medida en que el arqueológico es el proyecto principal que lidera y convoca a otros especialistas, los interrogantes se formulan desde este campo; sin embargo, las investigaciones realizadas sobre fuentes pueden producir datos que pongan a prueba el saber arqueológico, generándose un diálogo re-orientador de estrategias y nuevas preguntas de investigación. Se trata entonces de un “ida y vuelta”, de un trabajo en colaboración que se enriquece a través del intercambio de ideas, problemas e interpretaciones y de resultados construidos en conjunto.

RECAPITULANDO

El recorrido realizado muestra claramente la cantidad de “otros saberes”, métodos y técnicas de otras ciencias, con los que articula la arqueología para dar cuenta de distintos aspectos de las sociedades del pasado, los que cubren un amplio espectro (cronológico, modelado de los ambientes del pasado, prospecciones no-invasivas, definición de áreas de actividad, procedencia de los artefactos, consumo de alimentos, dieta y salud de las poblaciones, organización social y los derroteros históricos de las poblaciones luego de la conquista española, entre otros). Todos en su conjunto coadyuvan para que podamos re-construir sus historias, sus modos de vida, sus saberes y sus visiones del mundo. Es importante destacar que para generar un diálogo entre distintos especialistas es necesario que el arqueólogo domine mínimamente sus “lenguajes técnicos”, de lo contrario es imposible entablar una relación fructífera para encarar proyectos en conjunto, donde las preguntas son arqueológicas pero las técnicas utilizadas son de otras ciencias. Para ello, su capacitación es continua y muchas veces debe especializarse en temáticas “ajenas” a su formación de grado universitaria, para lo cual debe cursar materias en otras facultades y realizar pasantías especializadas.

Para alcanzar estos objetivos también es importante el aporte brindado por los lugareños, quienes conocen palmo a palmo su tierra y nos brindan información sobre lugares con “pircas de los antiguos”, a los que nosotros llamamos sitios arqueológicos, nos acompañan en los relevamientos, nos indican lugares donde se realizaron excavaciones en el pasado (Figura 2.4) y también nos permiten registrar y estudiar las colecciones particulares que tienen bajo su custodia (ver capítulo 12).



Figura 2.1.

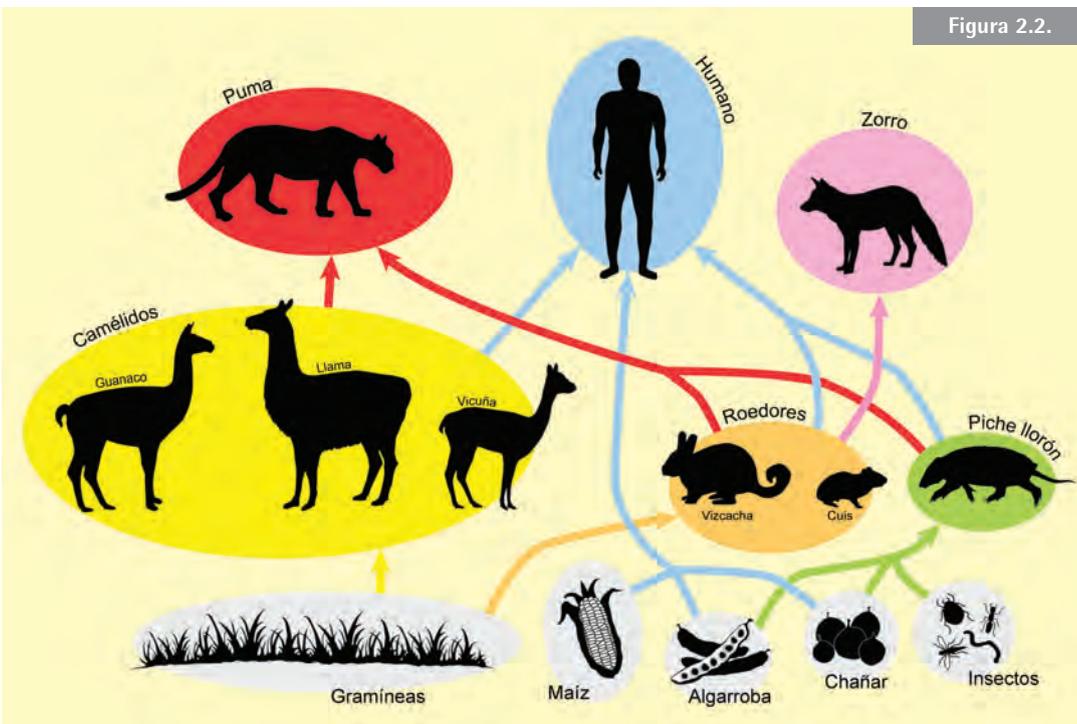


Figura 2.2.

Figura 2.1. Relevamiento arqueo-geofísico con georradar en el núcleo habitacional NH7 de la aldea formativa de Palo Blanco (sociedades del primer milenio de la era cristiana). Foto de N. Ratto, junio 2015

Figura 2.2. Red trófica con especies animales y vegetales del oeste tinogasteño. Dibujo de J. P. Miyano

LOS MODOS DE HACER: VIVIENDAS Y LUGARES DE CULTIVO

Norma Ratto, Martín Orgaz y Luis Coll

ARQUITECTURA, ESPACIO Y ARQUEOLOGÍA

La arquitectura nos remite al diseño de un edificio, el cual conlleva una organización interna, que se expresa a través de la cantidad, forma, tamaño, disposición e iluminación natural de los ambientes que lo componen, y de la manera en que se integran y conectan entre ellos. También vienen a nuestra mente las técnicas y los materiales usados para su construcción, además de tener en cuenta las características del terreno donde será edificado, como así también quién realizará el diseño y quién lo ejecutará, lo que en nuestra sociedad remite a la profesión de arquitecto y diferentes oficios (albañiles, techistas, carpinteros, plomeros, entre otros).

De una u otra manera, en distintos momentos de nuestra historia todas las variables mencionadas estuvieron presentes al momento de construir un edificio, pero la diferencia radicó en las elecciones que se hicieron, dado que éstas variaron de una cultura a otra. Esto dependió de las diversas formas de concretar “la práctica del acto de construir y organizar el espacio”, las que son concebidas como actos sociales y por ende adquieren significados a través de las ideas y valores compartidos en cada sociedad. Por lo tanto, no es lo mismo un espacio construido en tiempos prehispánicos, que durante la colonia española o en la actualidad, dado que en cada una de esas construcciones se plasmaron distintos “modos de hacer y habitar”, los cuales responden a los códigos socioculturales vigentes en cada una de esas épocas. De esta manera, cada configuración social, a lo largo del tiempo, implementó criterios para diseñar, modificar y organizar su espacio, a través de diversas construcciones con fines domésticos (viviendas), públicos (plazas, templos), productivos (sistemas agrícolas y corrales) y funerarios, los que están insertos dentro de distintos modos de concebir y comprender al mundo (ver capítulo 10).

Queremos hacer hincapié en la necesidad de reflexionar que el modo de “construir” es ante todo un producto histórico, el que cambió a lo largo del tiempo, de igual manera que lo hizo el concepto de espacio. Podemos decir que la arquitectura “llena espacios vacíos” a través de los muros que se levantan, pero no debemos comprenderlo como algo estático, y que solo se define por sus características físicas,

ambientales y funcionales. Por el contrario, el espacio es una construcción social, imaginaria, en continuo movimiento y enraizado en cada una de las diferentes culturas, por lo que articula el pensamiento, la organización social, la subsistencia y el uso que se le dio. Por lo tanto, el espacio es multidimensional, ya que integra distintos campos que incluyen entornos diversos (físico, social y simbólico), los que amalgamados o articulados conforman el “entorno construido”. A saber:

- a) El entorno físico o matriz medioambiental sobre el cual las distintas sociedades realizan sus actividades.
- b) El entorno social o medio construido por los integrantes de cada sociedad, que es donde se producen las relaciones entre individuos y grupos.
- c) El entorno pensado o medio simbólico que es donde se establece la relación que cada sociedad entabla con la naturaleza.

Dentro de este espacio multidimensional, cada sociedad a lo largo del tiempo ha construido diferentes entornos, donde no solo tuvieron injerencia aspectos del relieve de los terrenos, económicos y funcionales, sino también las relaciones de parentesco, la organización social del trabajo, las formas de poder político y las dimensiones simbólicas-religiosas. De esta manera, la arquitectura como práctica social es una herramienta que tiene la capacidad de segmentar, delimitar, dividir, comunicar, restringir, ocultar o mostrar los espacios y de esta forma se convierte en un medio eficaz para condicionar los movimientos de las personas, ya que puede facilitar o segregar los encuentros entre individuos y grupos. De esta manera la arquitectura no solo “refleja” sino que tiene la capacidad de participar activamente en la creación y mantenimiento de las relaciones sociales, a las cuales condiciona.

Partiendo que el espacio se caracteriza por ser multidimensional, presentamos el desarrollo de los diferentes “modos de hacer y habitar” de las comunidades productoras de alimentos, desde las primeras sociedades aldeanas (Formativo) hasta la estatal (incaica), las que se desarrollaron a lo largo de un proceso cultural de aproximadamente 2000 años. Nos enfocaremos principalmente en ejemplos que

ilustran las diferentes organizaciones de los espacios residenciales, públicos-ceremoniales y productivos, para lo cual nos concentraremos en presentar las distintas lógicas que guiaron el acto de construir en las regiones de Fiambalá y Chaschuil, las que son menos monumentales que otras zonas del área andina (ver recuadro).

LAS VIVIENDAS: SITIOS RESIDENCIALES, TEMPORARIOS Y ESTACIONALES

Las sociedades del primer milenio de la era (Formativo)

Las primeras sociedades agro-pastoriles del oeste del Departamento de Tinogasta tuvieron la particularidad de asentarse tanto en los fondos de valles como en las tierras altas, superiores a los 3500 msnm (ver capítulo 1). Las investigaciones indican una interacción entre los distintos ambientes, que además de proveer recursos propios constituyeron espacios por donde circularon ideas e información. Estos amplios espacios fueron habitados en forma continua o interrumpida entre finales del siglo I y mediados del siglo XIII de la era cristiana, lo cual quedó testimoniado en los distintos tipos y funciones de las construcciones (residencias permanentes, temporarias o estacionales).

Las diferentes organizaciones del espacio construido variaron en tamaño, materiales y técnicas constructivas, pero guardaron similitud en cuanto a la disposición y conexión entre los recintos que lo conformaban, ya que facilitaban la circulación y el encuentro entre las personas que lo habitaron.

Independientemente de la forma, materiales y técnicas constructivas utilizadas, los sitios residenciales, habitados a lo largo del ciclo anual, se caracterizaron por contar con varios recintos posiblemente techados, los cuales se conectaban con un lugar central abierto, de mayores dimensiones, y donde se realizaban actividades múltiples, desde la elaboración de alimentos y la manufactura de artefactos hasta en algunos casos el entierro de los difuntos. Estos conjuntos habitacionales estaban relacionados con otros, de características semejantes, pero distanciados por cientos de metros unos de otros, los que considerados a nivel general constituyen una aldea o caseríos dispersos. En algunos casos podían estar asociados con otros grandes recintos, posiblemente corrales, o con campos agrícolas, pero éstos no siempre tenían relación directa o cercana con los lugares de residencia permanente. Lo que los arqueólogos encontramos cuando relevamos una aldea es la “versión final” de la construcción de cada conjunto habitacional que la compone, ya que la configuración de cada uno de éstos se definió a partir del “agregado de recintos”, en función de las necesidades y el crecimiento del grupo que la habitaba.

En cambio, en sitios de residencia estacional o temporaria, habitados solo en algunas estaciones o por tiempo limitado, se observa tanto la existencia de recintos conectados con un lugar central, posible patio para el desarrollo de actividades diversas, como recintos aislados sin conexión

unos con otros. Esto en gran parte es producto de las distintas funciones a las que respondieron sus construcciones en ambientes determinados.

La selección de las materias primas y la preparación de los materiales utilizados para la construcción de muros y cimientos variaron en función de los lugares de emplazamiento de los sitios dentro de este amplio lapso.

- a) Por un lado, en el valle se utilizaron materiales de la tierra (sedimentos arcillosos) que fueron moldeados mediante la técnica de encofrado (tapia) sin existencia de cimientos (Figura 3.1).
- b) En cambio, los habitantes de las tierras altas (pre-cordillera, puna y cordillera) seleccionaron rocas por criterios de forma y tamaño, las que obtenían de los lechos de los ríos o formaciones rocosas disponibles en las cercanías de cada construcción. Los muros de cada recinto podían ser anchos (dobles) o angostos (simples), pero los cimientos estaban conformados por rocas de mayor tamaño dispuestas en forma vertical. En muchos casos se utilizaron grandes rocas que ofrecía el ambiente para incorporarlas dentro del espacio modificado arquitectónicamente (Figura 3.2).

Podemos decir que los entornos construidos por las sociedades agro-pastoriles (Formativo) son de escala discreta con uso de residencia permanente en el valle y temporaria o estacional en las tierras altas, las cuales fueron levantadas con técnicas y materiales constructivos diferentes. Sin embargo, la organización del espacio tiende a favorecer la circulación sin establecer restricciones marcadas y profundas para segregar lo público de lo privado, o sea favorecen el encuentro y la comunicación. En nuestra región de estudio no hemos registrado espacios con fines ceremoniales, tal como fueron documentados en otros valles del oriente, por ejemplo, Ambato y Aconquija en los Departamentos de Ambato y Andalgalá, respectivamente. Sin embargo, la existencia de sitios emplazados en cordillera, al pie del volcán Incahuasi (6638 msnm) hace suponer la existencia de prácticas relacionadas con el culto a los volcanes, pero no por la arquitectura sino por la evidencia artefactual (ver capítulo 10).

Las sociedades pre-incas e incas

Tal como se comentó anteriormente, las manifestaciones arquitectónicas características de las sociedades del primer milenio (Formativo) tuvieron la particularidad de que se siguieron habitando nuestra región de estudio avanzado el siglo XIII. Estas ocupaciones no se dan en el fondo del valle (tierras bajas) sino en las tierras altas, situación que puede estar relacionada con los procesos de inestabilidad ambiental que no hicieron habitables los fondos de valle durante varias centurias (ver capítulo 1). Esta situación refuerza la idea de que los procesos culturales no son ni lineales ni mecánicos, dado que, en los valles orientales catamarqueños, principalmente Belén y Santa María, otros procesos culturales ya estaban vigentes a partir del siglo XI, el que es conocido como Período de Desarrollos Regionales (ver capítulo 1).

En los valles orientales, Belén y Santa María, abundan los sitios residenciales que se construyeron en los fondos de valle o cimas planas de cerros. Éstos se caracterizan por presentar un diseño arquitectónico aglomerado, a modo de ramilletes de uvas, compuestos por mayor cantidad de recintos, de tamaños diversos, con desarrollo de actividades domésticas y públicas, ya que los de mayor tamaño fueron interpretados como lugares de encuentro en lugares sectorizados del sitio. En todos los casos los muros, dobles o simples, se levantaron con rocas y definieron distintas configuraciones. En contrapunto a esta situación, nuestra región de estudio presenta otro perfil arqueológico muy distinto al de los valles orientales. Al respecto, a pesar de las intensas prospecciones en las regiones de Fiambalá y Chaschuil aún no hemos identificado esos tipos de sitios, por lo que su ausencia la relacionamos a los momentos de inestabilidad ambiental antes comentados, aunque no puede descartarse, hipótesis poco probable, que todos hayan sido construidos con materiales perecederos que no pervivieron hasta nuestros días.

Recién con la llegada de los incas se registró una configuración del espacio muy diferente a la que caracterizó al Formativo. Es importante aclarar un punto: una de las estrategias implementadas por el Inca para conquistar estos territorios fue la realización de alianzas, acuerdos y de movilizaciones de las poblaciones anexadas de un lugar a otro, en gran parte como mano de obra. Por lo tanto, con el Inca ingresan no solo sus “modos de hacer” sino también el de las poblaciones que movilizó, las que mayormente provienen de los valles del oriente catamarqueño y del sur de La Rioja, a las que anteriormente denominamos “pre-incaicas”, o sea, con quienes el Inca interactuó directamente en esas regiones.

Los sitios incaicos de vivienda permanente se caracterizaron por la presencia de grandes estructuras arquitectónicas que congregaban gente para la realización de determinadas actividades de carácter público-ceremonial, además de las destinadas a tareas domésticas. A estas grandes estructuras se las denomina “plazas”. Nuestra región de estudio presenta un único sitio con estas características, llamado Batungasta o Watungasta, el cual se emplaza en la margen derecha del río La Troya, en proximidades a la Ruta Nacional 60 (Figura 3.3). Este sitio presenta diversas estructuras arquitectónicas de formas rectangulares, circulares y poligonales, entre las que se hallan dos grandes plazas, recintos y encierres de recintos que definen sectores hipotéticamente abiertos. Esas estructuras fueron construidas con rocas seleccionadas, algunas hasta canteadas (labradas), pero siempre provenientes del cauce del río La Troya. La importancia de este sitio es que está relacionado con otros emplazados en las tierras altas (arriba de 4000 msnm) y en proximidades de los volcanes Incahuasi y San Francisco. Estos sitios, llamados tambos, fueron lugares de pernocte donde también se llevaron a cabo tareas específicas, las que de acuerdo con los resultados de la investigación están relacionados con la realización de actividades festivas y con los santuarios de altura incaicos (ver capítulo 10). Por lo tanto, nuevamente y al igual que en épocas previas, distintos ambientes estuvieron interconectados durante la ocupación incaica de las

regiones de Fiambalá y Chaschuil, pero no necesariamente los entornos construidos respondieron a los mismos usos del espacio en sus múltiples dimensiones. Diferentes análisis dan cuenta que tanto en Batungasta como en los sitios de altura se realizaron actividades festivas, que en gran parte congregaron a la elite incaica, así como a los individuos de las poblaciones movilizadas por ellos (ver capítulos 5, 7 y 10). El sitio Batungasta fue reocupado por los españoles, pero éstos cambiaron las técnicas constructivas dado que levantaron muros de adobes utilizando muchas veces como base los muros incaicos, tal como queda demostrado por los fechados radiométricos que remiten a los siglos XVI y XVII y por las fuentes escritas.

LOS SISTEMAS AGRÍCOLAS

De igual modo que las sociedades construyen diferentes tipos de edificios con distintas funciones, tales como de vivienda, administrativas, recreativas y religiosas, también edifican y proyectan espacios destinados a las actividades de producción de alimentos. Para ello, elaboraron una sofisticada tecnología, un profundo conocimiento del ciclo vital de los cultígenos y un complejo desarrollo del manejo del agua a través de la planificación y ejecución de extensas e imbricadas redes de canales. Estas tareas fueron desarrolladas mediante una organización del trabajo comunitario, la que estuvo impregnada por una ritualidad de importante valor simbólico-religioso.

Las sociedades que habitaron el amplio valle de Fiambalá, antes del arribo de los españoles, llevaron a cabo importantes transformaciones para generar sistemas productivos destinados a la producción de alimentos. Sin embargo, no llegaron a alcanzar el desarrollo y diversidad que tuvieron en otras zonas de los Andes (ver recuadro). Principalmente, los canchones y las terrazas de cultivo son los más abundantes, destacándose los primeros sobre los segundos.

Los canchones son grandes o pequeñas superficies de terreno, preferentemente con suave pendiente, las cuales fueron delimitadas por muros de rocas, dobles y simples, para formar reticulados a modo de un gran tablero de ajedrez. Éstos se ubicaron en proximidades de los ríos de donde captaban el agua para el riego. Estos sistemas son sencillos, requieren la participación de trabajo comunitario para su mantenimiento e involucraron unas cuantas familias. En el momento de la cosecha se dejaban rastrojos en el terreno, los cuales abonaban la tierra para la próxima siembra y así se generaba una capa o “mantillo” orgánico. Los procesos sociales llevaron a que estas estructuras agrícolas fueran abandonadas, lo cual da hoy la imagen de que su construcción se realizó en un ambiente desértico, tal como sucede en los canchones de Guanchincito, Lorohuasi, Suripotrero y Antinaco, entre otros, los que se emplazan en los parajes con esos nombres dentro de nuestra región de estudio. Algunas veces existen rocas con grabados y tumbas dentro de estas áreas agrícolas. Esto da indicios, por un lado, de que fueron utilizados en distintos momentos del desarrollo

cultural regional y, por otro, de la íntima vinculación entre las actividades de laboreo de la tierra y los ancestros, lo cual da cuenta de la dimensión religiosa en el desarrollo de estas tareas productivas (Figura 3.4. A). Los canchones como modalidad de diseño del espacio agrícola tienen una larga historia en la región de Fiambalá, la cual se inicia con las sociedades del primer milenio y aún llega a la actualidad, con la diferencia que los muros de rocas son reemplazados por bordos de tierra.

Recién con la presencia del inca en la región, se registra otra forma de organizar el espacio productivo, el que curiosamente no solo explota los lugares planos cercanos a los ríos, sino los terrenos con fuerte pendiente. Específicamente, se trata de sistemas aterrazados construidos en las laderas de los cerros. Estos sistemas requieren mayor organización del trabajo, dado que exigen nivelar el terreno, construir los alineamientos de muro en pendiente y su posterior mantenimiento.

Sin embargo, las terrazas de cultivo ofrecen beneficios agronómicos, como por ejemplo controlan la erosión de los suelos, reducen el drenaje del agua y por ende la aprovechan al máximo. En la zona de las Termas de Fiambalá hay testimonios de estos sistemas agrícolas aterrazados, desgraciadamente fuertemente alterados por la construcción del camino de acceso (Figura 3.4 B).

Por lo visto, distintos aspectos de la vida social estuvieron involucrados en las diversas construcciones realizadas por las sociedades del pasado con diferentes propósitos, ya que el “acto social de construir” no solo conlleva saberes técnicos y fines utilitarios sino también una ritualidad que se puso en práctica en distintos momentos del proceso de construirlos para obtener buenos resultados (buenas cosechas, protección en las viviendas, entre otras).

La región andina comprende un vasto territorio que involucra diversos países, desde Colombia hasta la Argentina, atravesando Ecuador, Perú y Bolivia. Esa extensa región que tiene como eje vertebral la Cordillera de los Andes se caracteriza por una contrastante geografía, lo que genera una importante variabilidad ambiental. En ésta habitaron diversas sociedades con diferentes grados de complejidad, las que, a lo largo de su desarrollo cultural, implementaron conocimientos, saberes a los fines de producir alimentos que les aseguran su reproducción biológico social. El NOA es parte de los Andes

Meridionales y nuestra región de estudio, oeste de Tinogasta, se ubica en su sector sur. Las manifestaciones arquitectónicas más monumentales se encuentran principalmente en los territorios de Perú y Bolivia, y en menor medida en algunas zonas del NOA. Destacan la variedad, el tamaño y las sofisticadas técnicas de construcción aplicadas a la edificación de espacios residenciales, templos, observatorios astronómicos, plataformas ceremoniales, entre otros. De igual modo los espacios agrícolas tuvieron mayor diversidad, tamaño y variada tecnología. De una u otra forma

esto da cuenta de distintas organizaciones del trabajo que se desarrollaron a lo largo de la historia andina. Por ejemplo, destacan las extensas áreas de andenes y terrazas de cultivo; de igual manera que la compleja red de canales para el riego; los canales subterráneos para la obtención y canalización de agua, los que se ubican en la costa sur peruana; y los camellones o campos elevados artificialmente construidos en zonas llanas e inundables, como son los casos conocidos en la cuenca del lago Titicaca (Bolivia y Perú) y el Golfo de Guaya (Ecuador).

Figura 3.1.A

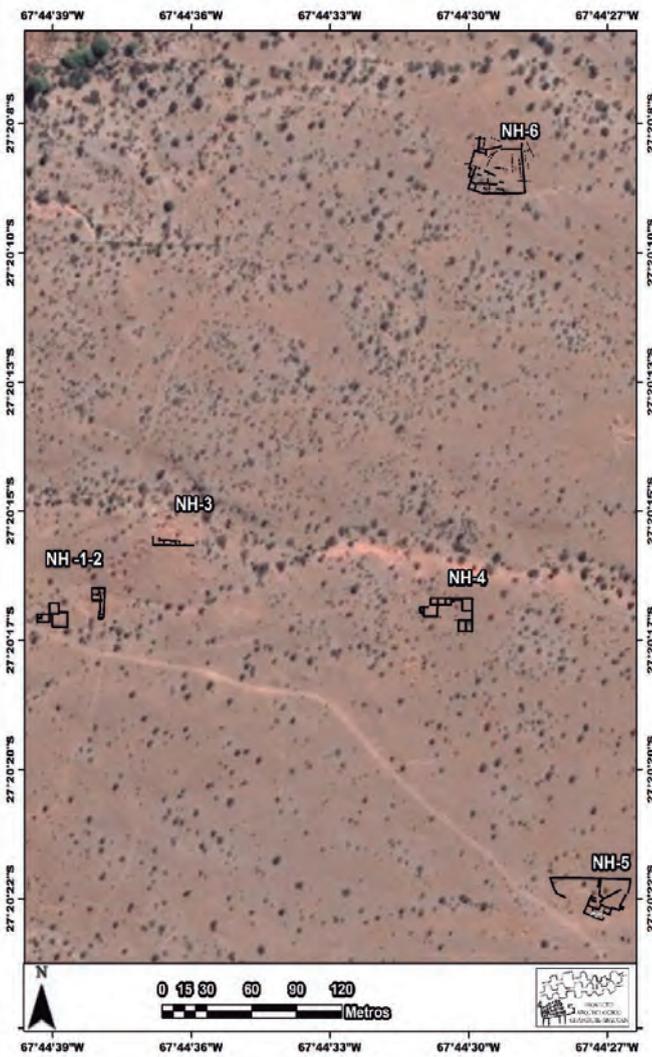


Figura 3.1.B



Figura 3.1.C



Figura 3.1.

A = Núcleos habitaciones de la aldea de Palo Blanco, sociedades del primer milenio de la era, en cota de 1900 msnm (Departamento de Tinogasta, Catamarca). B y C = Detalle de muros de tapia expuestos luego de la excavación

Figura 3.2.A



Figura 3.2.B



Figura 3.2.

A = Muros dobles de roca del sitio arqueológico Fiambalá-1 emplazado en cota de 5000 msnm (Departamento de Tinogasta, Catamarca). B = Plano de sitio arqueológico



Figura 3.3.
 Sitio arqueológico
 Batungasta (1480 msnm).
 Muros dobles de roca en
 cimientos sobre los que se
 apoyan relictos de muro de
 adobe

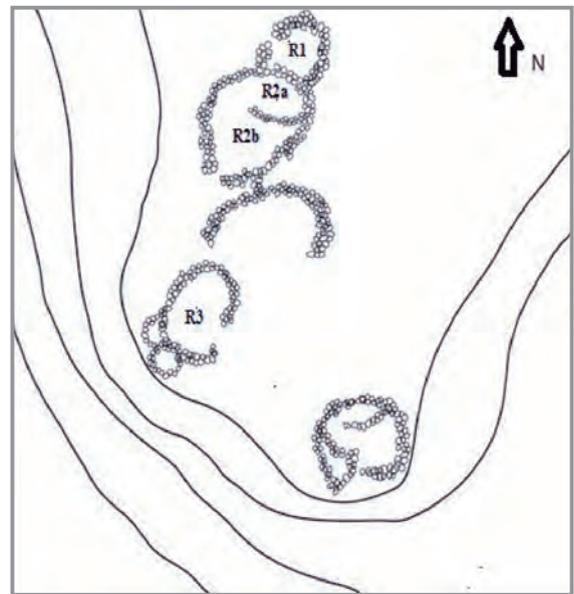
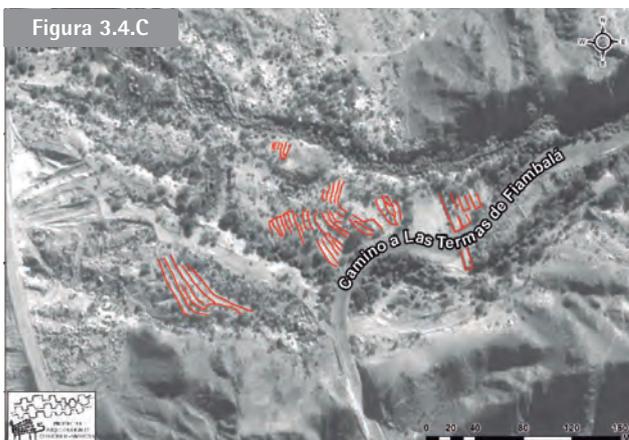
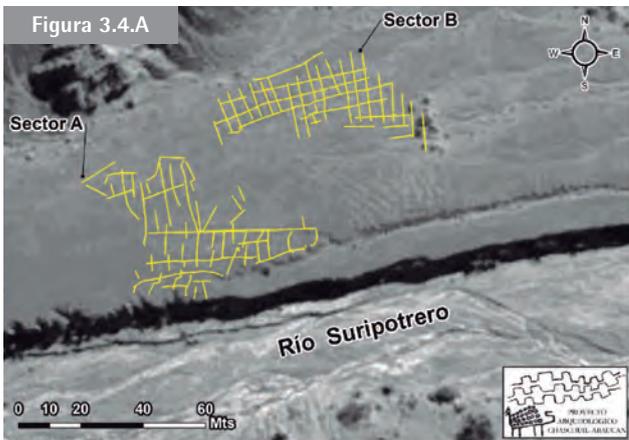


Figura 3.4.
 Sistemas agrícolas de
 la región de Fiambalá
 (Departamento de
 Tinogasta, Catamarca).
 A y B = Canchones de
 Suripotrero: planimetría
 de la disposición de muros

en un sector y detalle en
 terreno. C y D = Terrazas
 de cultivo Las Termas:
 planimetría del sitio cuyos
 muros fueron impactados
 por la apertura del camino
 y detalle de su disposición
 espacial



LOS MODOS DE HACER: LAS HERRAMIENTAS DE PIEDRA

Norma Ratto y Ayelén Ibarra Mendoza

No siempre tenemos conciencia del papel que las piedras o rocas tienen en nuestra vida cotidiana, ya que están presentes cuando construimos una casa, un edificio, una autopista, un ferrocarril, para mencionar solo alguna de las tantas infraestructuras en las que participan en forma directa o a través de sus derivados industriales. Aunque algunos de sus usos y aplicaciones han cambiado a lo largo del tiempo en función de los desarrollos tecnológicos, las rocas están presentes en nuestras vidas desde los albores de la humanidad.

Las primeras herramientas que se conocen provienen de África y fueron manufacturadas sobre roca hace más de 2000000 de años. En nuestro continente americano los primeros pobladores llegaron hace aproximadamente 20000 años y trajeron consigo sus herramientas, también confeccionadas en piedra. Sin embargo, no era la única materia prima que utilizaban dado que también confeccionaron herramientas de hueso y de madera, pero las rocas tienen la ventaja de que son mucho más perdurables que los materiales orgánicos.

En este capítulo presentamos el papel que las rocas tuvieron en las manufacturas de herramientas, a las que los arqueólogos denominamos artefactos líticos, en las sociedades pre-industriales, tanto cazadoras-recolectoras como productoras de alimentos. Es decir, cómo las rocas fueron modificadas mediante la aplicación de conocimientos, gestos y técnicas de talla para manufacturar diversos tipos de herramientas como hachas, cepillos, puntas de flechas o lanzas, cuchillos, raspadores, raederas, conanas, entre otros. Éstos tuvieron diferentes usos y formaron parte de distintas actividades como talar árboles, trabajar la madera, cazar, faenar presas, preparar cueros, moler granos, solo para mencionar algunas (Figura 4.1). Además, ese “saber-hacer” nace de una idea forjada por el artesano, un diseño mental, que para concretarlo debe generar una estrategia, un procedimiento por etapas, para llegar al objeto “pensado”: la herramienta o el artefacto lítico.

En las próximas secciones iremos desarrollando y explicando los conceptos vertidos para que Usted lector pueda comprender y admirar los conocimientos, destrezas y habilidades que están representados en esa pieza lítica expuesta

en un museo que haya visitado. Para guiarlo en la lectura hemos preparado dos recuadros que contienen conceptos y definiciones que lo ayudaran para la comprensión de la terminología técnica utilizada por los arqueólogos en el estudio de las herramientas fabricadas con rocas, a la que llamamos tecnología lítica.

TECNOLOGÍA LÍTICA Y CADENA OPERATIVA

Los integrantes de cualquier sociedad tienen una visión y conocimiento de las características del medio que habitan, capacidades para planificar y tomar decisiones, y habilidades y destrezas para responder a los desafíos que continuamente les impone el entorno físico y social. La manufactura de cualquier herramienta demanda una selección de ciertas características para responder a necesidades específicas, no siempre utilitarias. Por ejemplo, las herramientas pueden tener distintos tipos de filos o puntas según sean utilizadas para cortar carne, raer la grasa, raspar cueros, machacar huesos o perforar pieles. Pero independientemente de su función ese artefacto está inserto dentro de un sistema de relaciones sociales, por lo que es un producto social.

El antropólogo Tim Ingold considera que la tecnología es un fenómeno social que presenta consecuencias materiales. Por lo tanto, podemos comprender a la tecnología lítica como una red donde no sólo existen los objetos, los gestos técnicos y las técnicas de talla sino también los conocimientos y las ideas que son compartidas y transmitidas de generación en generación. Por su parte, el antropólogo francés Marcel Mauss propuso en la década de 1940 la necesidad de estudiar cada etapa del proceso de fabricación de una herramienta desde la obtención de la materia prima hasta el objeto terminado. Años siguientes, en la década de 1960, el arqueólogo francés André Leroi-Gourhan convirtió al concepto en un método de investigación y lo denominó “*chaîne opératoire*” (cadena operativa), para dar cuenta del proceso de interacción entre el ser humano (artesano) y sus herramientas, desde la búsqueda de la materia prima hasta el abandono de esas piezas, pasando por todas las etapas inter-

medias de su fabricación, uso y mantenimiento (Figura 4.2).

Como se puede observar en la figura 4.2, la cadena operativa no siempre es lineal ni está representada en un mismo espacio. Por ejemplo, en los lugares de abastecimiento de las rocas (canteras) se pueden realizar las primeras etapas de desbaste o descortezamiento para obtener lascas grandes o núcleos, los que son trasladados a otro lugar donde se realizará la fabricación de la herramienta. En este caso, todos los pasos de la cadena operativa no estarán representados en un único lugar, sino como mínimo en dos. Otro ejemplo, es que existan fallas en el proceso de talla, insalvables para el artesano, lo cual determinará que la pieza que se estaba manufacturando sea descartada antes de llegar al producto final. Este descarte constituye lo que los arqueólogos denominamos “preformas” para identificar aquellas piezas que quedaron como esbozos de los diseños buscados, es decir a “mitad de camino” del proceso de fabricación de la herramienta. También puede suceder que una herramienta se fracture durante su uso, no cumpla más con la función para la cual fue diseñada, pero en vez de descartarla sea re-trabajada para obtener otra herramienta con otra función; por ejemplo, una punta lítica utilizada para cazar un animal se fractura por el impacto, pero a través de retoques es reciclada en otra herramienta, como un cuchillo.

Los ejemplos dados constituyen una parte mínima de la variabilidad de posibilidades que se pueden dar, pero lo importante es que todas esas “acciones” están representadas en los distintos materiales líticos que los arqueólogos recuperamos en una excavación, aunque no siempre podamos reconstruir la cadena operativa completa. Es por esta razón que para acercarnos a la tecnología lítica debemos analizar no solo los productos finales (herramientas) sino también los sub-productos que se generan durante su fabricación, a los que llamamos desechos líticos (lascas y hojas) y núcleos. Esos estudios se realizan mediante el registro de muchas variables y estados en cada una de las piezas que conforman el conjunto lítico, tanto artefactos formatizados (herramientas) como no-formatizados (desechos y núcleos), lo que nos permite acercarnos a la definición de las distintas estrategias tecnológicas implementadas por un grupo, como así también a los cambios y/o continuidades a lo largo del tiempo.

LAS ROCAS Y LAS HERRAMIENTAS LÍTICAS

Las rocas son agregados de minerales sólidos de origen natural, cuyos componentes son definidos y se encuentran ordenados en su interior formando cristales. Los minerales y, por lo tanto, las rocas, tienen un origen muy diverso según sus procesos de formación, por lo que pueden ser **ígneas**, sedimentarias o metamórficas (ver recuadro Tipos de Rocas).

Tenemos que tener claro que un mismo tipo de roca no siempre es el apropiado para manufacturar distintos tipos de instrumentos o herramientas que intervendrán en la realización de diversas acciones como cortar, raspar, raer, perforar, moler o talar. Esto es así porque cada roca tiene determinadas características (composición mineral, color, dureza, textura, tamaño de los cristales, tenacidad o resistencia al

impacto, entre otros), llamadas propiedades físico-mecánicas, que son producto de su origen, es decir de los procesos geológicos responsables de su formación (ver recuadro Tipos de Rocas).

Los objetos de piedra tallada intencionalmente por los humanos se diferencian de las roturas naturales o accidentales, debido a que son recuperados en contextos arqueológicos, y a que los golpes de la talla dejan negativos de lascado que siguen cierta tendencia, cierto orden imposible de atribuir a la naturaleza. Por lo tanto, la talla lítica indica que hubo una **intención** para modificar la materia prima (roca) y manufacturar un artefacto lítico, pero también en ese proceso quedan sub-productos de la actividad de talla, como son las lascas, hojas, núcleos y percutores (ver Recuadro Conceptos y Definiciones) (Figura 4.3).

Las distintas acciones que realiza el artesano para modificar las rocas no son azarosas, sino que representan los distintos pasos necesarios para ejecutar la “idea”, a modo de un modelo mental, del diseño de herramienta que quiere lograr. En esas acciones hay saberes, gestos y técnicas involucrados no solo necesarios para transformar la materia prima (roca), sino también para el uso que se le dará al producto terminado. Los movimientos del cuerpo y la fuerza aplicada, son parte de los gestos técnicos y están condicionados por un conocimiento específico o “manera de hacer”, que está pautada culturalmente y es transmitida de generación en generación mediante el aprendizaje. Por su parte, la técnica hace referencia al modo en que se modifica la roca, el que puede ser a través de: (i) la talla lítica por percusión o presión, por ejemplo, para manufacturar una punta de proyectil (ver más adelante), o (ii) por pulido cuando lo que se busca es desgastar la superficie de la roca, por ejemplo, para fabricar una conana (artefacto de molienda de concavidad extendida y abierta sobre la cual se desliza una roca más pequeña llamada mano de moler).

Saberes, gestos y técnicas están articulados, pero entre los saberes o conocimientos del artesano también están las propiedades intrínsecas o físico-mecánicas de las rocas, como así también de la materia sobre la que actuará o trabajará la herramienta fabricada. Por ejemplo, el diseño de una punta lítica debe contemplar que tenga poder de penetración y de corte para atravesar al animal (presa), para lo cual se seleccionarán rocas de grano fino o muy fino para producir filos cortantes. En cambio, un hacha para talar un árbol tendrá que tener una dureza mayor que la madera para poder cortarlo, por lo que en general se usan rocas plutónicas de grano grueso. De igual modo, tienen relevancia los tipos de percutores seleccionados para tallar, dado que su peso, tamaño y dureza estarán en función de la aplicación de la técnica de talla por percusión o por presión. En el primer caso serán percutores duros, rocas cuya dureza es mayor a la que se modifica mediante golpes dirigidos; mientras que para la técnica por presión se usarán percutores blandos, como huesos o cornamentas.

El estudio de la tecnología lítica cuenta con un aliado que es la arqueología experimental lítica, realizada por expertos talladores que llevan un registro minucioso del proceso de talla. De esta manera generan información importante para comprender aspectos tan variados como la diversidad en los

productos y subproductos de una estrategia de talla particular y los problemas que surgen durante la fabricación de la herramienta. Daremos el ejemplo del proceso de manufactura de una punta de proyectil de tiempos de los cazadores-recolectores de fines del Arcaico Medio (ver capítulo 1), que parte de un trozo de roca y llega a la forma penetrante y aerodinámica deseada luego de sucesivas etapas de reducción por golpes y aplicación de presión. Los pasos son los siguientes: (i) el artesano selecciona una roca de grano fino, tal como el basalto; (ii) el trozo de roca es golpeado con otra de mayor dureza (percutor duro), para extraer trozos menores de forma relativamente plana (lascas); (iii) se selecciona una lasca cuya forma y tamaño sea compatible con el objeto (herramienta) que se quiere tallar; (iv) la lasca es tallada con otro percutor de menor tamaño que el usado inicialmente, hasta lograr la

forma base de la herramienta que se quiere fabricar; y (v) finalmente, se afina la forma presionando los bordes con un trozo de hueso endurecido al fuego o con la punta de una cornamenta (percutor blando). La secuencia puede verse en un video de la página web del Museo Chileno de Arte Precolombino (<https://vimeo.com/16220875>).

Antes de finalizar este capítulo, es importante que el lector tenga presente que la punta del ejemplo no actuará por sí sola, sino que será parte de un artefacto complejo como son los astiles propulsados por arcos o las lanzas arrojadas. Para ello tendrá que ser enmangada en un astil (flecha) o en un mango (lanza), lo cual también requerirá la preparación de esos componentes, incluyendo las diferentes formas para encastrarlas (tendones, sustancias adherentes, entre otras).

TIPOS DE ROCAS

Cuando hablamos de rocas tenemos que remitirnos a la geología, dado que es la ciencia que estudia el origen, formación y evolución de la Tierra, los materiales que la componen y su estructura. La superficie topográfica de nuestro planeta se modifica continuamente por la acción conjunta de procesos geológicos externos (erosión, sedimentación, transporte y meteorización) e internos (movimientos de placas, terremotos, erupciones volcánicas). Ambos procesos, además del clima y la litología y estructura de los materiales terrestres, condicionan los diferentes tipos de relieve.

Los procesos geológicos, como el calor, el agua y la presión, cuando actúan sobre los compuestos minerales, forman rocas. Estas tienen características diferentes, como la composición mineral, la dureza y el tamaño de los cristales, que dan indicios de sus orígenes y procesos que las formaron. Las rocas pueden ser tan variadas como podamos imaginar y el ciclo que lleva a su formación ha estado repitiéndose por millones de años, del cual solo podemos observar sus productos: las rocas que existen hoy. A saber:

a. Rocas ígneas (del latín *ignis*, "fuego"): son tipos de rocas formadas por la presión intensa y el calor que ocurre dentro de la tierra. Las rocas se convierten en líquidos debido a las altas temperaturas dentro del manto terrestre; esta sustancia líquida, magma o roca fundida, cuenta con una amalga-

ma de numerosos minerales diferentes. Las rocas ígneas pueden ser intrusivas o extrusivas lo que depende no solo de su composición mineral sino de si el enfriamiento se produjo dentro (intrusivas) o fuera (extrusivas) de la superficie de la tierra.

- **Rocas intrusivas:** derivan directamente del magma y se solidifican dentro de la tierra, es por eso que se enfrían lentamente (proceso que puede tardar desde miles a millones de años para que se solidifiquen por completo). Su ritmo de enfriamiento permite que se formen cristales visibles a simple vista, que hacen que la roca tenga granos más gruesos, a comparación de las rocas extrusivas. El granito es un ejemplo de roca ígnea intrusiva.

- **Rocas extrusivas:** se forman a partir de la lava que se encuentra fuera de la superficie de la tierra. Cuando esta sustancia está expuesta a la atmósfera o al agua, se enfría muy rápidamente a comparación de las rocas intrusivas. Este enfriamiento rápido no permite que se generen cristales grandes, por lo que sus texturas son de grano fino porque los cristales minerales presentes son muy pequeños. Ejemplos de rocas ígneas extrusivas son el basalto y la obsidiana.

b. Rocas sedimentarias: están constituidas por fragmentos de cualquier otra roca que se encuentre en la superficie terrestre, ya sea ígnea, sedimentaria o metamórfica, y que, por efecto del agua, el viento o el hielo, entre otros factores,

ha sido partida, molida, desintegrada o disuelta, para ser luego transportada por estos agentes. Ésta acumulación de fragmentos de roca que puede tener tamaños muy variados, recibe el nombre de sedimento, los que con el paso del tiempo pueden compactarse y adherirse entre sí a través de distintos procesos.

c. Rocas metamórficas (del griego *meta*, "cambio", y *morph*, "forma"): se forman cuando una roca de cualquier tipo es sometida a altas presiones y/o temperaturas. Las rocas metamórficas son las más complejas de todas, ya que cualquier roca puede ser sometida a este proceso, por ende, sus procesos de generación pueden ser muy variados. Éstas pueden formarse cuando las rocas se entierran bajo la superficie, sufriendo gran presión debido al peso de las rocas sobre ellas, y soportan temperaturas más calientes a medida que se ubican a mayor profundidad. Independientemente de los procesos variantes, lo que todas tienen en común es que sus componentes cambian, ya que se generan nuevos minerales y los que existían pueden desaparecer o recrystalizarse, es decir, cambiar de forma, de tamaño, de orientación o de posición, dependiendo de las condiciones a las que se someta la roca y de cómo era ésta originalmente. Incluso, cuando el metamorfismo alcanza niveles muy altos, la roca puede ser fundida y dar origen a magma, volviendo a comenzar el ciclo.

Fuente: Tarbuck et al. (2005).

CONCEPTOS Y DEFINICIONES

Talla lítica: refiere al fraccionamiento intencional de la roca o núcleos para lascas, hojas o láminas por medio de la percusión (directa o indirecta) o de la presión

Técnicas de talla: refiere al modo de la talla, si se golpea (percusión) o si se empuja (presión), y el papel más o menos activo del percutor utilizado, lo que determina diferentes técnicas (percusión directa, percusión inversa, bipolar, entre otras). Cada técnica de talla deja huellas diferentes en núcleos y lascas.

Nódulo: es el guijarro o bloque de piedra tal y como aparece en la naturaleza

Percutor: objeto de piedra, madera o hueso que sirve para tallar. Si es de piedra se le llama percutor duro, si es de hueso o madera, blando.

Desbaste o descortezamiento: refiere al trabajo inicial de talla para eliminar la corteza del nódulo. El descortezamiento puede ser total o parcial.

Lascas: producto de la talla lítica, refiere a los trozos de rocas obtenidos mediante talla intencionada del nódulo o del núcleo. Hay distintos tipos (internas y externas), lo que da cuenta de diferentes etapas del proceso de reducción de la masa del núcleo o de la

confección de la herramienta.

Hojas: producto alargado de la talla lítica. Debe cumplir las siguientes condiciones: (i) bordes paralelos o subparalelos, extremadamente alargada y (ii) requieren que el núcleo haya sido preparado antes de la extracción.

Núcleo: refiere al nódulo total o parcialmente desbastado y aprovechado. Su forma y negativos de lascados variarían en función de si se trata de un núcleo de lasca o de hojas.

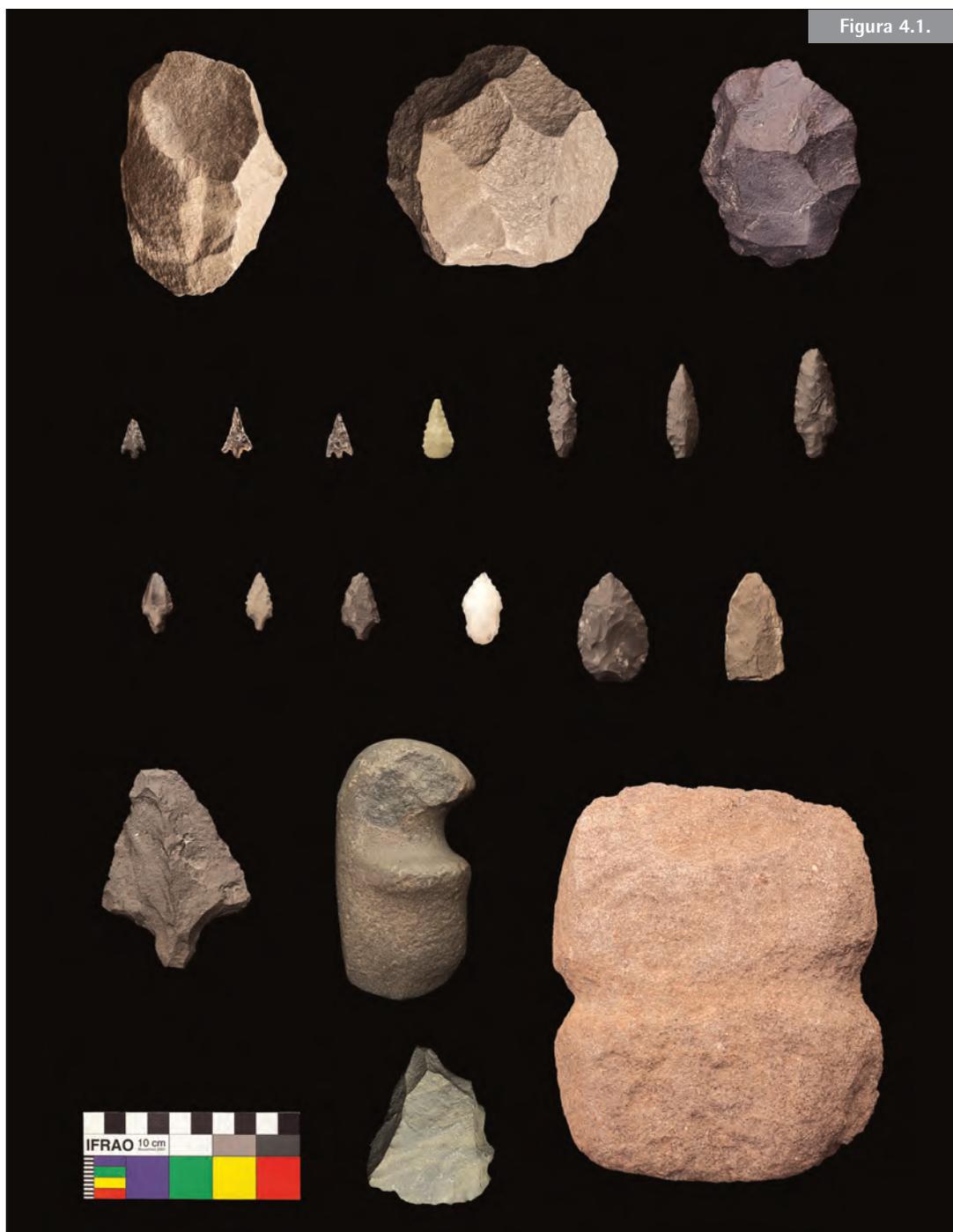


Figura 4.1.
Algunos ejemplos de herramientas manufacturadas en roca que conforman un conjunto lítico artefactual. Fotografías de A. Ronchetti Ratto

Figura 4.2.

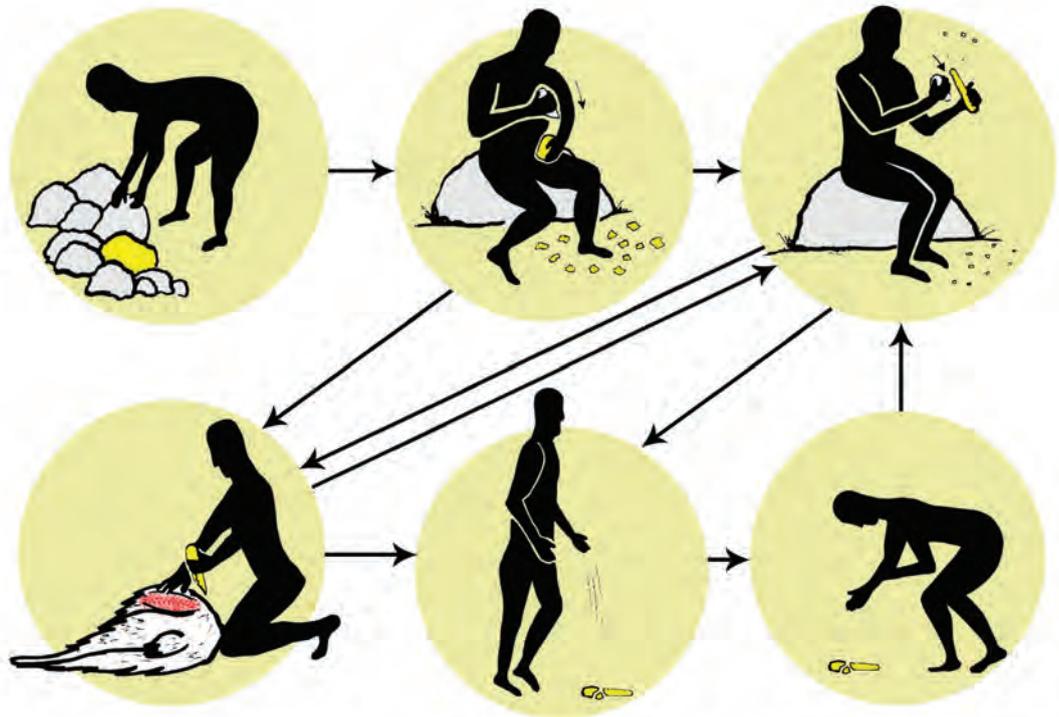
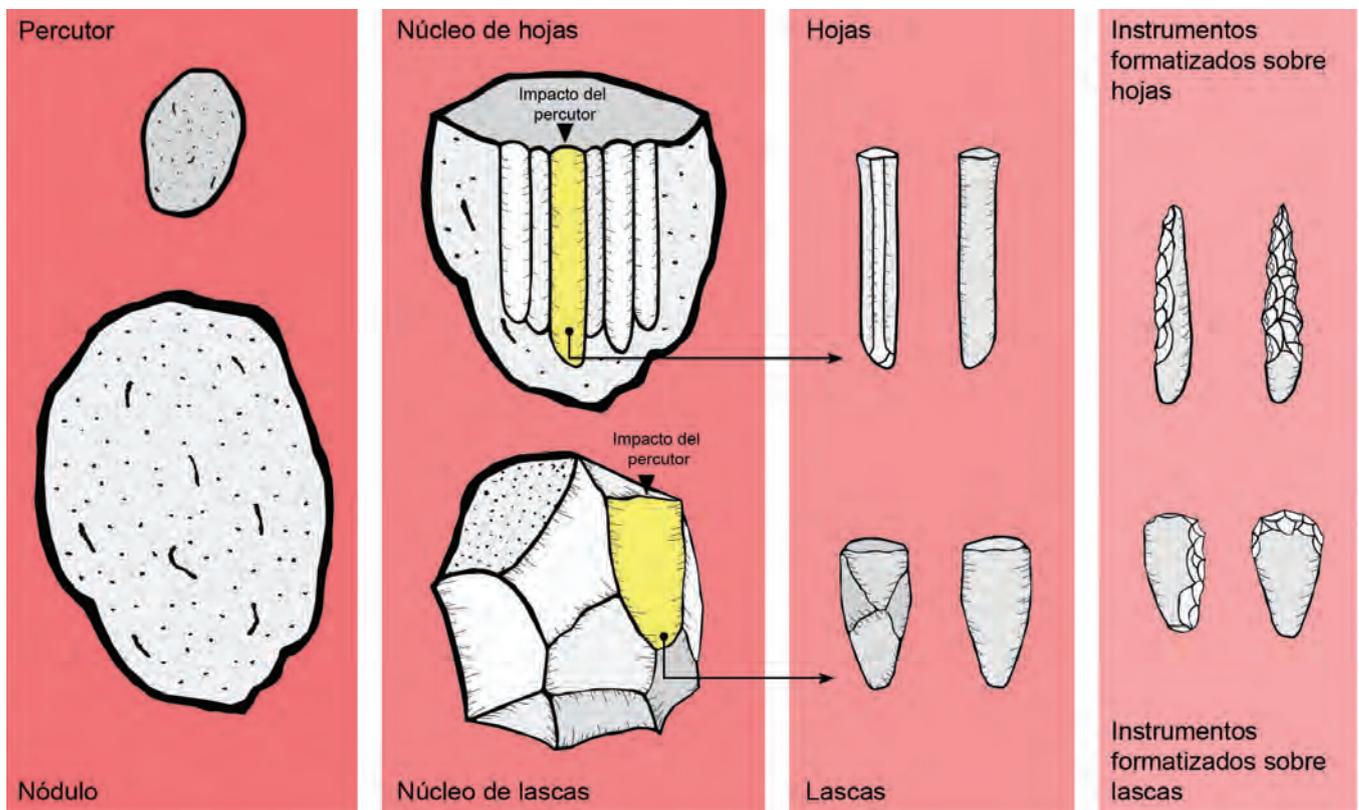


Figura 4.2.
Esquema de una cadena operativa de talla lítica. Modificado de M. Alcaraz Castaño (2009-2010). Dibujo de J. P. Miyano

Figura 4.3.
Esquema del proceso de talla lítica y sus diferentes productos y subproductos. Dibujo de J. P. Miyano

Figura 4.3.



LOS MODOS DE HACER: OLLAS Y CACHARROS

.....
Anabel Feely y Laura Ferradas

La cerámica es uno de los materiales más abundantes en los sitios arqueológicos del NOA desde su aparición durante el Formativo, aproximadamente 2500 años AP en adelante. Sus usos más típicos incluyeron la cocción, preparación, servido, transporte y almacenamiento de alimentos, bebidas y otras sustancias, o como contenedores o acompañamiento en el entierro de los muertos; en arcilla cocida también se confeccionaron estatuillas o figurinas y diversos tipos de útiles como torteros e instrumentos musicales, entre otros.

Todas estas piezas fueron manufacturadas, distribuidas, usadas, rotas y eventualmente descartadas o recicladas en el contexto de la vida cotidiana de la gente del pasado. Integraron y ayudaron a constituir distintas prácticas sociales, económicas y simbólicas, ya que, además del uso doméstico, estos contenedores pudieron participar en la distribución de regalos de prestigio, fiestas públicas, almacenamiento institucional o político, o uso en contextos rituales o funerarios. De esta manera, no solo sirvieron para el transporte, almacenamiento, cocción o servido, sino también para comunicar información de estatus social e identidad grupal. Cada una de ellas tiene en sí una historia de vida única y particular y cada detalle recolectado a partir de cualquier fragmento de arcilla cocida es una ventana para investigar las vidas de aquellos que las hicieron y utilizaron: ¿qué comían?, ¿qué cantidad de personas vivía en una casa?, ¿cuáles eran sus redes de intercambio?, ¿cómo estaba organizada la producción? Éstas son solo algunas de las preguntas que intentan ser respondidas a partir del análisis detallado de la cerámica arqueológica.

Este capítulo tiene dos objetivos principales, por un lado, presentar una introducción a la manufactura de cerámica prehispánica, haciendo especial hincapié en la cadena operativa o historia de vida de estos artefactos y en los factores que influyen en las elecciones técnicas realizadas por los artesanos. Por otro lado, deseamos introducir al lector en el estudio de la cerámica arqueológica, para que pueda comprender el para qué y el cómo de nuestras investigaciones.

LA CERÁMICA EN SU CONTEXTO

Una forma de poder observar los cacharros en sus contextos “vivos” de producción y uso es mediante la etnoarqueología. Ésta es una disciplina que se ocupa de estudiar las relaciones entre las conductas humanas y sus consecuencias materiales en el presente. Para ello, el etnoarqueólogo generalmente se desplaza para convivir con el grupo de interés y se dedica a observar y registrar las relaciones entre las cosas que hacen las personas y los resultados de sus acciones en relación con los objetos que generan o modifican. Por ejemplo, se estudian los pasos realizados para la producción de una vasija, los espacios utilizados para estas tareas, los elementos empleados, quiénes participan de estas actividades, qué usos se les dan a las piezas, entre muchos otros aspectos que hacen a la “historia de vida” de los cacharros. El foco en este tipo de experiencias se pone en las cuestiones que ayudarían a resolver preguntas que los investigadores tienen aún sin contestar. La información generada permite pensar de forma más compleja y dinámica a los “estáticos” restos arqueológicos que se están investigando. Si bien no es posible asimilar directamente las formas de vida actuales con las del pasado, esta vía de análisis ha permitido comprender que las historias de vidas de los objetos pueden ser muy complejas, incluyendo una enorme riqueza de acciones y valoraciones humanas muy diversas. Por ejemplo, para la región del NOA se han realizado numerosos estudios etnoarqueológicos con grupos de pastores, para comprender las lógicas que subyacen a sus comportamientos y los aspectos materiales resultantes de sus conductas. Específicamente, en algunas de esas investigaciones se ha considerado cómo se equipan los puestos o residencias de los pastores a lo largo de un ciclo anual con distintos conjuntos de artefactos cerámicos; cuáles son las acciones llevadas a cabo en cada una de estas residencias; cómo es la organización del espacio; cómo se hacen y se usan los objetos cerámicos registrados; entre muchas otras cuestiones. Con estas ideas en mente, es posible repensar los artefactos arqueológicos y el paisaje en donde los grupos humanos habitaron, e intentar explicaciones más elaboradas acerca del pasado.

LA CADENA OPERATIVA DE MANUFACTURA CERÁMICA

Los estudios de etnoarqueología cerámica realizados en distintas partes del mundo han ayudado a conocer la variabilidad que existe en la forma de hacer cerámica a través del tiempo y del espacio, y a comprender los distintos factores tecnológicos, ambientales, sociales y simbólicos involucrados en la creación de las piezas. Al respecto, han permitido poner en relieve que, para cualquier artesano, la confección de una vasija implica un preconcepto acerca del producto que desea lograr y de la manera de realizarlo, una concepción de cuáles serán sus funciones, tanto prácticas como sociales, y de quiénes serán sus usuarios. Es decir que las características morfológicas, tecnológicas y estilísticas de las vasijas están relacionadas con las tareas para las que son confeccionadas.

Para hacer una vasija, el artesano debe seguir una determinada secuencia de pasos que los arqueólogos llamamos **cadena operativa** (ver capítulo 4) de manufactura cerámica. Ésta se compone de siete etapas. La primera implica conseguir las materias primas, tanto las arcillas como los materiales que se le agregarán a ésta para modificar sus propiedades (también llamados antiplásticos) y hacerlas más o menos plásticas. También implica la adquisición de pigmentos para decorar, de combustible para cocinarlas, es decir de todos los materiales necesarios para confeccionar vasijas. El segundo paso comprende la preparación de los materiales, es decir, el tratamiento de las arcillas y los antiplásticos, su limpieza, selección, agregados, mezclas y amasado (con manos o pies) hasta obtener el “bollo” deseado. El tercer paso consiste en “levantar la pieza”; esto puede hacerse con distintas técnicas, ya sea por superposición de rodets, estiramiento de masa, etc. Durante el cuarto paso se realiza la modificación de la forma original, ya sea para hacer las paredes más finas, la boca más ancha, etc., mediante distintas técnicas que pueden incluir paletado, raspado, cortado, etc. En el quinto paso se modifican las superficies de la vasija mediante alisados, pulidos o baños y se la decora (o no) con distintas técnicas: incisión, pintura, grabado, etc. Con posterioridad las vasijas deben ser secadas y el último paso consiste en su cocción.

Es de destacar que en cada uno de estos pasos existen muchísimas alternativas posibles y, por lo tanto, existe una infinidad de formas distintas para resolver los mismos problemas técnicos y una gran cantidad de prácticas diferentes se utilizan para alcanzar los mismos objetivos. Sin embargo, un artesano difícilmente conozca o utilice este amplio abanico de opciones, sino que por lo general reproduce una determinada *forma de hacer* que ha sido incorporada durante el aprendizaje de su arte mediante la práctica y que es culturalmente compartida por su comunidad. Esto implica que dentro de una determinada comunidad de alfareros las variaciones en las formas de hacer se presenten dentro de un número limitado de posibilidades, cuya reproducción y repetición en el tiempo da como resultado **estilos tecnológicos** particulares. Se entiende por estilo tecnológico la sumatoria de las diversas elecciones técnicas realizadas

durante las distintas etapas de manufactura de los objetos; estas elecciones no son azarosas, sino que son el resultado de procesos de aprendizaje particulares.

Adicionalmente, distintos aspectos pueden influir en la elección de una determinada técnica al momento de manufacturar una pieza. Algunas de estas influencias pueden considerarse como “materiales”, por ejemplo, el ambiente natural y la calidad de las materias primas, el conocimiento técnico del artesano o los condicionamientos económicos del sistema de producción. Otras influencias, en cambio, son culturales. A modo de ejemplo, la disponibilidad de la materia prima depende del ambiente y de la capacidad del artesano para recolectarla y procesarla, pero también depende de su percepción de la arcilla como un material apto sobre el cual pueden existir ciertas prescripciones y proscripciones rituales para su uso.

En definitiva, cada elección técnica depende de otras que van juntas para formar una cadena operativa particular que permite producir una vasija con propiedades y características específicas. Es la experiencia del alfarero y su percepción de lo que es técnicamente posible y socialmente deseable lo que da forma a la tecnología.

ESTUDIOS DE LA CERÁMICA ARQUEOLÓGICA

Como hemos dicho, el análisis de las características de forma y tecnología de la cerámica arqueológica nos brinda información acerca de las actividades cotidianas de la gente del pasado. Para dar solo algunos ejemplos, el estudio de la distribución dentro de un sitio de piezas de diferentes formas y tamaños permite acceder a las actividades realizadas en distintos espacios, es decir, identificar áreas destinadas al almacenamiento o áreas para producción o consumo, etc. Por otro lado, el análisis de la forma y del volumen de las piezas dentro del conjunto cerámico de un sitio permite hacer inferencias acerca del tamaño del grupo consumidor. Además, la investigación de la manera en que las vasijas son hechas permite identificar cambios y continuidades a lo largo del tiempo y a través del espacio.

Para que los arqueólogos podamos identificar estos cambios y continuidades, es necesario que analicemos las cadenas operativas de producción para posteriormente evaluar cuáles de estos pasos presenta variabilidad visible en la cerámica arqueológica. Entonces, el estudio de las variaciones en las elecciones realizadas por los artesanos en los distintos pasos de la cadena operativa a través del tiempo y del espacio nos permite identificar qué prácticas se mantuvieron y cuáles se modificaron. Estos estudios aportan a la definición de la estructura del territorio de dichas sociedades y constituyen un indicador de los grados de interacción de los grupos humanos dentro de un mismo sistema social.

Hemos visto brevemente el para qué, ahora es necesario explicar el cómo.

UN ROMPECABEZAS COMPLEJO

Ya hemos dicho que la cerámica es uno de los materiales más abundantes en los sitios arqueológicos de nuestra región desde su aparición durante el Formativo en adelante. Y es muy abundante por varios motivos. Primero, porque fue ampliamente producida y utilizada; segundo, porque una vasija puede partirse en montones de fragmentos (a los que denominamos tiestos). Salvo raras excepciones, que se han presentado en el capítulo 1, los arqueólogos no trabajamos con piezas enteras, sino que buscamos información a partir de muestras de fragmentos recuperados en superficie o excavación en sitios arqueológicos, a partir de las cuales inferimos características del pasado. Una vasija puede partirse en cinco pedazos; otra, en veinte; mientras que una tercera en doce. Si tan solo contáramos los fragmentos diríamos que hay 37 tiestos y si trabajáramos solamente con esta cantidad tendríamos una imagen distorsionada del conjunto cerámico original (que eran tres piezas), con lo cual nuestras inferencias acerca del pasado serían poco confiables. Uno de nuestros principales problemas es que no es posible saber en cuántos pedazos se fragmentó una determinada vasija y por lo tanto ignoramos a qué cantidad de piezas corresponden los fragmentos que recuperamos. Por esto, la primera tarea que hay que hacer es determinar el número mínimo de piezas representado en una muestra. Para ello se realizan tareas de reensamble, pero no siempre es posible rearmar una vasija porque muchos fragmentos se han perdido y de algunas han quedado solo unos pocos pedazos que no encastran entre sí. Entonces, es necesario agrupar los fragmentos según sus similitudes tecnológicas-morfológicas y estilísticas y tener en cuenta los “fragmentos diagnósticos” (se consideran diagnósticos los fragmentos de bordes, bases, asas y ángulos y aquellos decorados) para poder determinar la cantidad mínima de vasijas que permite dar cuenta de la totalidad de los fragmentos recuperados. De esta manera, trabajamos ahora con cantidades de piezas y no de tiestos. El primer arduo paso ya ha sido dado. Ahora que sabemos cuántas eran, necesitamos saber cómo eran. Por lo tanto, debemos reconstruir las formas originales de las piezas. Para ello se miden los diámetros de los puntos característicos mencionados y se dibujan sus perfiles (Figura 5.1). De esta manera, tenemos una idea de qué tipos de utensilios de cerámica se usaron y podemos hacer inferencias acerca de su funcionalidad y de sus técnicas de manufactura.

RASTREANDO LOS PASOS

Como ya hemos mencionado, para poder definir los estilos tecnológicos y analizar sus variaciones en el tiempo y el espacio, es necesario que analicemos la cadena operativa de producción para posteriormente evaluar cuáles de estos pasos presentan variabilidad visible en la cerámica arqueológica. Esto lo realizamos de manera indirecta analizando las “huellas” dejadas por el productor: a partir del producto terminado se vislumbran las elecciones técnicas ejecutadas.

Arcillas, barros y pigmentos

La recolección de materiales y la preparación de las pastas cerámicas (Figura 5.2 A, B y C) es altamente variable y está gobernada por un número de factores, entre los cuales se destacan la geología local, la percepción individual de la materia prima, los patrones de asentamiento y tenencia, cuestiones religiosas, el uso pretendido de las vasijas, las técnicas utilizadas y otros pasos de los procesos de manufactura. Muchos de estos pasos no tienen “visibilidad” arqueológica; sin embargo, para estas primeras etapas es posible determinar ciertas preferencias en el uso de las fuentes de materias primas, tanto de las arcillas como de los materiales antiplásticos. En una primera instancia es necesario conocer y caracterizar las potenciales fuentes de materia prima para la manufactura cerámica existentes en la región. Para ello se toman muestras de distintos bancos de arcilla regionales a las que se les realizan una serie de pruebas y análisis (testeos de campo, análisis texturales y granulométricos, difracción de rayos X, estudios por lupa binocular y microscopio petrográfico, análisis de activación neutrónica, entre otros) para evaluar su disponibilidad, calidad y composición.

Un segundo paso consiste en analizar las características de las pastas de los fragmentos de piezas de cerámica arqueológica, las cuales, de manera indirecta, nos permiten realizar inferencias acerca de los tratamientos aplicados para preparar los bollos de arcilla y caracterizar los materiales utilizados. Estos estudios consisten en el análisis de los fragmentos mediante microscopía de bajos aumentos o por microscopía óptica de polarización para poder determinar los tipos de minerales presentes, su tamaño, distribución, forma, la porosidad de la pasta, entre otras variables.

Estos estudios son importantes porque los alfareros pueden modificar las características morfológicas, tecnológicas y estilísticas de las vasijas para manufacturar piezas destinadas a diferentes usos. Esto es así ya que, por ejemplo, las propiedades de las pastas (el tipo de inclusiones presentes, su tamaño, densidad, etc.) afectarán aspectos de la pieza terminada tales como su resistencia a la rotura, la conductividad y resistencia térmica, la efectividad de enfriamiento, su capacidad para contener líquidos, entre otras propiedades que hacen a su uso efectivo. Por ello, es de esperar que en un conjunto cerámico dado existan diferencias en la composición de las pastas que tienen que ver con cuestiones tecno-funcionales que no necesariamente nos hablan acerca de diferentes tradiciones de producción. Lo que queremos decir es que es probable que dentro de un mismo grupo productor existan distintas “recetas” para preparar piezas destinadas a diferentes actividades que no necesariamente están indicando el uso de distintos tipos de materiales por parte de distintos grupos productores.

En resumen, el análisis de las características de las arcillas regionales, consideradas como potenciales fuentes de materia prima, conjuntamente con los análisis de pastas arqueológicas nos permiten acercarnos a las distintas elecciones técnicas realizadas durante los primeros pasos de la secuencia de producción.

Las manos en la masa

Una distinción comúnmente utilizada en las aproximaciones al estudio de las técnicas de manufactura es aquella que las divide en primarias, secundarias y modificaciones superficiales. Las técnicas de manufactura primarias son aquellas en donde se realiza el modelado de la arcilla hasta lograr una forma base que reflejará la forma final de la vasija. Las principales son el ahuecado del bollo inicial, el pellizcado, el estiramiento, el rodeteado o técnica de “chorizos”, el preparado y unión de planchas de cerámica, el moldeado y el torneado.

El ahuecado consiste en “abrir” el bollo colocando los pulgares u otros dedos y pellizcando y ahuecando para afinar y modelar la vasija en la forma deseada. El pellizcado y el estiramiento son técnicas similares y muy sencillas ya que en ambas se manipula un bollo de arcilla fresco para confeccionar una pieza sin agregar más material. En esta etapa es importante que el artesano trabaje con ambas manos conjuntamente o con una sola, pero manteniendo el control en ambos lados de la pared de la pieza. Por un lado, se imprime la fuerza y por otro se controla que ésta no sea excesiva para no deformar la pieza que se encuentra en estado maleable. Generalmente sirve para confeccionar vasijas pequeñas o formas base para otras más grandes. El estiramiento es similar, pero se emplea para cacharros más grandes y se prioriza el movimiento vertical para estirar la masa. El rodeteado es una técnica muy común que consiste en fabricar cilindros alargados de arcilla (chorizos) y unir sus extremos de acuerdo con la circunferencia del objeto. Estos anillos, en estado húmedo, se superponen y se unen entre sí pellizcándolos con los dedos o estirando la masa con las manos; también puede realizarse una “costura” para reforzar las uniones entre anillos haciendo pequeñas incisiones en distintas direcciones a modo de “tajos” que al unirse con el otro borde generan mayor tracción (Figura 5.2 D). Por su parte, la técnica de planchas consiste en unir fragmentos de arcilla previamente modelados, que pueden ser rectos o curvos, lo que generará distintas formas de piezas. El moldeado, a su vez, es una técnica de fabricación mediante la presión o el colado de la pasta arcillosa dentro de un molde del cual se separa cuando la arcilla se seca. Finalmente, el torneado es una técnica de construcción que emplea una base giratoria montada sobre un eje, de esta manera la arcilla es modelada utilizando fuerza centrífuga. Esta última técnica recién fue introducida en América después de la Conquista.

Por su parte, las técnicas de manufactura secundarias permiten definir la forma y las proporciones de las distintas partes de la vasija; las más comunes son el paleteado o golpeado y el raspado. El paleteado consiste en golpear repetidamente con una paleta la superficie externa de una pieza mientras que en el interior puede utilizarse o no un yunque (Figura 5.2 E). Mediante este procedimiento es posible modificar la forma, el tamaño y la superficie y hacer la pasta más compacta. El raspado consiste en “raspar” reiteradamente la superficie de una pieza para afinarla y eliminar las imperfecciones. Se realiza con instrumento de filo suave cuando la arcilla todavía está fresca.

Todas estas acciones dejan huellas características en las piezas terminadas: éstas pueden ser marcas sobre la superficie, un tipo particular de fractura, una protuberancia sobre la superficie interna o externa, o cualquier otra característica que permita dar cuenta de su origen. Dado que las técnicas primarias y secundarias se producen en secuencia, muchas veces alguna técnica puede “tapar” o hacer desaparecer las huellas dejadas por una técnica previamente aplicada.

Distintas aproximaciones pueden emplearse para el estudio de las técnicas de manufactura. Algunas de ellas requieren de la ayuda de instrumental analítico específico, es el caso de los análisis radiográficos y petrográficos de piezas cerámicas, mientras que otras implican la simple observación y registro de los atributos producidos como consecuencia de la implementación de dichas técnicas.

Tratando las superficies

Una vez levantada la pieza se realiza el acabado de la superficie y, en algunas, la decoración. El acabado de la superficie se refiere a la manera en que una vasija fue emparejada y suavizada durante el proceso de manufactura. Los principales son el alisado, el pulido y el bruñido (Figura 5.2 F). Éstos constituyen tres grados de textura producidos por técnicas similares que involucran frotar la superficie con un instrumento suave para modificar su textura. Estos tratamientos se realizan sobre la pasta con distintas cantidades de humedad, por ejemplo, el alisado se realiza sobre la pasta fresca, el pulido y el bruñido se realizan sobre la pieza casi seca o en “dureza cuero”, como suelen decir los alfareros. La diferencia entre estos dos últimos está dada por la menor o mayor cantidad de brillo sobre la superficie, que resulta de la menor o mayor intensidad del frotado.

Las técnicas decorativas pueden dividirse entre aquellas en las que se remueve pasta, en las que se agrega pasta y en las que se agregan pigmentos. Entre las primeras encontramos las que desplazan pasta (como el inciso en sus distintas variantes y el acanalado) y las que extraen pasta (como el exciso y el grabado). Las segundas consisten en el modelado mediante el agregado de material arcilloso. Finalmente, en las terceras se agregan pigmentos de distintos colores en forma de baños o de diseños pintados (Figura 5.2 G).

Los tratamientos de superficie y las técnicas y diseños decorativos pueden analizarse mediante simple inspección visual, la que debe realizarse siguiendo criterios establecidos de análisis y clasificación. Pero también existen análisis químicos que emplean instrumental sofisticado para determinar la composición de los pigmentos.

Últimos pasos: secado y cocción

Si bien el secado es una etapa por la que necesariamente tienen que haber pasado todas las vasijas, como arqueólogos no podemos realizar ningún tipo de inferencia acerca de cómo, dónde ni por cuánto tiempo se llevó a cabo este proceso. Una vez que la pieza se secó ya está lista para el último y crucial paso.

La cocción es la etapa más riesgosa del proceso, ya que,

si la arcilla no es apropiada o no está bien preparada, si la pieza no está bien armada, si la vasija no está bien seca, si se producen cambios bruscos de temperatura durante la cocción, si la temperatura no es suficiente, o si es demasiado elevada..., en definitiva, existen muchísimos factores que pueden hacer que las piezas se rompan durante la cocción y es en este momento donde se revelan las fallas generadas durante la manufactura.

La finalidad de la cocción es someter la arcilla a temperatura suficiente y por el tiempo necesario para asegurar la completa fusión de los cristales del material arcilloso y de esa manera transformar su comportamiento plástico en otro rígido, resistente e irreversible. Una vez cocida la pieza, por más que se la moje, no regresará al estado plástico. La temperatura necesaria para que esto ocurra varía según las diferentes arcillas e inclusiones y se encuentra en un rango de entre 500° y 800°C. Sin embargo, no solo la temperatura alcanzada es importante, también hay que considerar la cantidad de tiempo que se mantiene esa temperatura y la atmósfera que rodea las piezas durante la cocción y, de la misma manera, es importante el tiempo de enfriamiento antes de retirar las piezas de la fuente de calor. Todos estos factores afectarán las características del producto terminado.

La atmósfera de cocción está determinada por la cantidad de oxígeno en contacto con la pieza que, entre otras cosas, determinará el color de la vasija. Así, una atmósfera oxidante es aquella en la que hay oxígeno disponible y la que tiende a producir piezas de tonalidades anaranjado-rojizas, mientras que una atmósfera reductora es aquella en la que existe monóxido de carbono como consecuencia de una cantidad insuficiente de oxígeno disponible; este tipo de cocción tiende a generar colores oscuros, grises o negros. Los alfareros fácilmente pueden manipular la atmósfera, permitiendo o impidiendo el contacto de las piezas con el aire en distintos momentos del proceso de cocción para lograr piezas de la coloración deseada.

La variedad de métodos de cocción es muy amplia, desde simples hogueras hasta hornos de doble cámara (Figura 5.2 H); algunos de estos métodos implican la presencia de estructuras arquitectónicas mientras que otros no, por lo que resultan en procedimientos de cocción efímeros que no otorgan un registro distintivo o fácilmente reconocible a nivel arqueológico.

Una de las aproximaciones más directas para el estudio de las técnicas de cocción es el análisis de las áreas destinadas para tales fines y de las estructuras de combustión, complementado con el análisis de las áreas de desecho de los materiales malogrados durante la cocción. Sin embargo, en muchos casos esto no es posible debido a que las cocciones son efímeras y no dejan huellas o estructuras visibles.

EXPERIMENTACIÓN Y CERÁMICA

A pesar de que podemos observar, manipular y cuidar los restos materiales, los arqueólogos no podemos acceder al pasado de forma directa. La distancia que nos separa de lo que queremos conocer es muy profunda por varias razones:

los objetos y las sociedades que investigamos se sitúan en un tiempo lejano; muchas veces estos grupos ya no existen o han dejado escasos testimonios de sus vidas y sus historias; además, estas poblaciones pudieron pensar y actuar en el mundo de maneras muy distintas a las nuestras.

Para acortar estas distancias, se han desarrollado formas alternativas de conocer cómo se generaron los restos arqueológicos que investigamos y qué les sucedió hasta su recuperación y análisis. Entre estas formas de conocer se encuentra la arqueología experimental.

La arqueología experimental involucra la replicación y el análisis de los materiales arqueológicos por medio de la experimentación científica. Bajo condiciones controladas de observación, registro y análisis se replican las piezas arqueológicas o se vuelven a realizar las acciones que generan determinadas consecuencias materiales y huellas. Debido a que no es posible controlar y replicar cada una de las condiciones del pasado, durante estas experiencias es necesario desarrollar buenos diseños de investigación que permitan ayudarnos a responder nuestras preguntas orientadas a la comprensión e interpretación del registro arqueológico.

Esta forma de generar conocimiento tiene la ventaja de familiarizar al investigador con las características de los materiales implicados en la elaboración, o uso, de los artefactos cerámicos y con las técnicas necesarias para lograrlo. De esta manera, puede tomar conciencia de los procedimientos y procesos involucrados, que le resultarían inabarcables mediante la simple observación de los productos finales. A su vez, permite crear colecciones de referencia (con mucha información acerca de su historia) que sirven para comparar con las colecciones arqueológicas que intentamos entender y conservar.

Afortunadamente, cada vez son más las experiencias realizadas en este campo de investigación. Para el conocimiento de la producción y uso de la cerámica arqueológica del NOA existen numerosos trabajos que han colaborado para comprender, por ejemplo, cuáles son las elecciones de los alfareros sobre las arcillas y la confección de las pastas según las necesidades de las piezas a realizar. También han arrojado luz sobre cuáles son los gestos artesanales implicados en la elaboración de una vasija, cómo es la relación entre el diseño de un horno, el consumo de combustible y las temperaturas alcanzadas, cuáles son las propiedades físicas de los materiales utilizados, cómo se elaboraron y aplicaron los pigmentos y otras decoraciones, entre muchos otros aspectos.

“Volviendo a hacer” los objetos por medio de las antiguas técnicas, contribuimos a mantener “vivas” tradiciones ceramistas de los pueblos que vivieron en el pasado. Además, estos trabajos permiten la transmisión de estos conocimientos a las comunidades actuales mediante, por ejemplo, la realización de talleres que enseñen a confeccionar alfarería tradicional (que para nuestra región de estudio estaría compuesta principalmente por los estilos cerámicos Saujil, Ciénaga, Aguada, Belén y Sanagasta). De esta manera, el conocimiento generado permite no solo “conservar la memoria”, sino que puede constituirse en una salida laboral a partir de la confección de artesanías.

RECAPITULANDO

En suma, un enorme y diverso conjunto de saberes y formas de conocer se pone en juego para hacer arqueología de los materiales cerámicos. Las historias de estas piezas y sus restos llevan en su interior las historias de los alfareros que las hicieron y las personas que los utilizaron. El manejo de los barros, sus sucesivas transformaciones hasta devenir en

una olla, urna o un cacharro es muy complejo y diverso e implica la puesta en juego de una serie de motivaciones y limitaciones tanto materiales como simbólicas que son el resultado de conocimientos profundos que se transmitieron de generación en generación. Acercarnos a ellos nos permite conocer y comprender más a las personas que los realizaron y conservar sus restos materiales para el resto de la humanidad.

Figura 5.1.



Figura 5.1.
 Reconstrucción de formas a partir de fragmentos y de piezas reensambladas.
 A = Formas del Período Formativo (sociedades del primer milenio de la era).
 B = Formas del Período Tardío (pre-incaicas). C = Formas del Período Inca.
 Las escalas representan 10 cm

Figura 5.2. Reconstrucción de algunos pasos de la cadena operativa de manufactura de piezas cerámicas. A = Recolección de arcillas. B = Hidratación de arcillas. C = Preparación de bollos de pasta. D = Levantamiento de pieza mediante técnica de rodetes con costura. E = Paleteado para la modificación de la forma. F = Bruñido de la superficie de una pieza decorada. G = Aplicación de pigmentos para decorar. H = Cocción en horno experimental de doble cámara



LOS MODOS DE HACER: OBJETOS DE METAL, TEXTILES Y ADORNOS

.....
Mara Basile, Luciana García y Rocío Lamas

En este capítulo nos proponemos explorar los modos de hacer una serie de objetos muy particulares: metales, tejidos y adornos. Para eso es necesario abordar no sólo los aspectos vinculados con su producción sino también con la tecnología particular implicada en su elaboración. Estas tecnologías son el resultado del dominio de conocimientos y técnicas muy específicas que suelen quedar en manos de gente que dedicaba muchas horas de su vida a experimentar, aprender y perfeccionar estos modos de hacer especiales.

Los tres tipos de objetos que aquí presentamos tienen en común que, salvo la evidencia indirecta de su producción o ciertas excepciones recuperadas en excavaciones arqueológicas, la mayoría de ellos proceden de colecciones de museo o están en manos de particulares que, en general, responden a recolecciones en el terreno, hallazgos fortuitos o excavaciones no sistemáticas.

LOS OBJETOS DE METAL

El NOA ha sido escenario de una larga tradición de trabajo en metales que comenzó muy tempranamente, hace más de 3000 años, en las primeras aldeas de la región y fue intensificándose y perfeccionándose a lo largo de los siglos mucho antes de la incorporación de la región al Imperio Incaico. Aquí, la manufactura de objetos de metal no estuvo dirigida, como parece haber sucedido en Europa, a la obtención de armas o instrumentos cada vez más eficaces para la guerra, el transporte o la producción agraria, sino que los metales tuvieron un papel fundamentalmente simbólico, asociado con el estatus o prestigio de sus portadores. A través de sus colores brillantes, sus propiedades sonoras, sus formas y los diseños que se desplegaban en ellos se comunicaban saberes e ideas y se exhibían los vínculos que ciertos personajes tenían con los poderes sobrenaturales durante las ceremonias. Según el arqueólogo Luis González, las cualidades de los metales fueron aprovechadas para elaborar algunas herramientas para la vida diaria, especialmente de corte, pero fundamentalmente se aplicaron a objetos que se empleaban en el marco de prácticas religiosas.

Si bien los artesanos del NOA utilizaron también los metales más famosos (oro y plata), el material que emplearon con mayor frecuencia fue el cobre que además mezclaron a altas temperaturas con otros elementos (estaño y arsénico, por ejemplo) para producir diferentes tipos de bronce. El resultado de estas mezclas, que se denominan aleaciones, es un metal más claro, resistente, que se funde a temperaturas más bajas y tiene propiedades acústicas especiales.

Las sociedades que habitaron el NOA mucho antes de la conquista española fabricaron con estos materiales una gran diversidad de objetos que se usaban en distintas ocasiones. Se hicieron útiles y herramientas de uso cotidiano como pinzas de depilar, cuchillos, hachas, cinceles, agujas y punzones y también otros para ser usados en circunstancias especiales (ceremonias, festejos o entierros). Para esos eventos se hicieron campanas, brazaletes, hachas ceremoniales o cetros, placas decoradas, máscaras, narigueras, aros y cuentas de collar que posiblemente formaran parte de la vestimenta o de los adornos (ver más adelante) que ciertas personas desplegaban como símbolos de su poder o para ostentar su carácter sagrado durante esas fiestas o rituales. En ellas también se desplegó una variedad de imágenes particulares que incluyen cabezas y figuras humanas, felinos, serpientes, chinchillas, sapos, aves y motivos geométricos. Algunas de estas imágenes también se han registrado en objetos realizados con otros materiales y que se utilizaron en forma contemporánea (por ejemplo, en las ollas de cerámica o en el arte rupestre -ver capítulo 7).

Las investigaciones y los análisis técnicos realizados hasta el momento han permitido comenzar a imaginar cómo se organizaban las tareas de producción, qué materiales se empleaban y qué técnicas se utilizaban. El proceso de producción de estos objetos demandó conocimientos técnicos muy específicos que probablemente quedaban en manos de artesanos especializados para coordinar una serie compleja de pasos que se iniciaban con la extracción del material, su fundición y luego su trabajo con uso de distintas técnicas.

Si bien hay metales que se pueden encontrar en el paisaje en estado puro, lo más frecuente es que estén encerrados o mezclados dentro de las rocas que conforman la superfi-

cie, las sierras y montañas. Extraerlos involucra un proceso muy complejo que demanda no sólo localizarlos sino también molerlos y someterlos a altas temperaturas para poder fundirlos y separarlos de las rocas que los contienen. Una vez obtenidos, la elaboración de los objetos demandaba el empleo de técnicas específicas, o bien usando martillos para modelar las láminas de metal o bien fundiéndolo y vertiéndolo en moldes de cerámica o piedra. A estas técnicas que se documentan desde tiempos muy tempranos se fueron sumando otras más complejas para obtener diseños visuales más complicados. Un ejemplo de esto es la técnica de la cera perdida que, según describe el arqueólogo Carlos Angiorama, consistía en realizar un modelo en cera del objeto que se quería obtener y cubrirlo con una capa de arcilla que luego se cocinaba, así, mientras la arcilla se transformaba en cerámica, la cera se derretía dejando el espacio vacío que conservaba los detalles del modelo original; allí mismo se vertía el metal fundido que adoptaba la forma del molde que lo contenía y que luego se rompía.

En la región de Fiambalá los objetos de metal no se registran muy frecuentemente y hasta el momento sólo se han recuperado una manopla, cinceles, pinzas de depilar y agujas y algunos adornos (Figura 6.1). Sin embargo, la presencia de estos objetos junto con la recuperación de restos de moldes y de desechos de manufactura dan testimonio indiscutible de la producción de metales tanto en las aldeas habitadas a comienzos del primer milenio d.C. como en momentos de la conquista incaica. Es decir que con el paso del tiempo y en el marco de aquella conquista se siguieron empleando los mismos objetos (pinzas y cinceles) realizados con las mismas técnicas que se estaban utilizando desde hacía mucho tiempo.

LOS TEJIDOS

En el área andina en general y en el NOA en particular, los textiles fueron elaborados desde épocas muy tempranas. La preservación de este frágil material depende directamente de las características climáticas del entorno y del efecto del paso del tiempo. Por lo tanto, salvo algunas excepciones donde las condiciones desérticas, por ejemplo, de la puna andina, han permitido conservar piezas completas debido a la sequedad absoluta del ambiente, en general esta tecnología sólo queda atestiguada por pequeños fragmentos muy deteriorados o evidencias indirectas de su producción debido a la degradación del material orgánico en ambientes con mayor humedad. Estas evidencias son el resultado de actividades particulares dentro del proceso productivo textil (instrumentos de hueso de camélido -ver capítulo 8-, torteros de cerámica y roca -ver más abajo-, agujas; accesorios del telar -ajustadores, separadores) (Figura 6.2). Sin embargo, a través del estudio de estos vestigios recuperados en las excavaciones los arqueólogos podemos reconstruir las técnicas de elaboración empleadas. Además, tomando pequeñas muestras de las fibras de los tejidos es posible en general determinar, mediante análisis específicos, la especie vegetal o animal de la que provienen, y también obtener una

fecha que facilite ubicar el momento de ejecución de ese tejido en el tiempo (ver capítulo 2).

Producir un textil no es una tarea sencilla, demanda poner en marcha una red de relaciones y de actividades que involucran el cuidado de los animales o vegetales que proveen la fibra, su preparación, hilado, teñido y, finalmente, tejido. Las fibras animales que utilizaron más recurrentemente las tejedoras y tejedores del NOA prehispánico fueron el pelo y la lana de vicuñas o llamas que jugaron un rol fundamental en la vida diaria de la gente; no sólo fueron consumidos como alimento, sino que sus cueros y huesos fueron empleados para la confección de instrumentos diversos y sus fibras han sido empleadas en la manufactura textil a lo largo y ancho de estas tierras (ver capítulo 8). También utilizaron fibras vegetales que incluyeron pastos largos, juncos, yute o algodón. Estas fibras en su estado natural no tienen la textura continua y resistente que requiere el proceso de tejido y tienen que ser preparadas especialmente para luego ser hiladas. Durante el proceso de hilado las fibras pueden ser torcidas a mano o empleando instrumentos específicos: una varilla, generalmente de madera, que funciona como huso de mano y que suele utilizarse junto con un objeto pequeño con un orificio central que funciona como contrapeso, realizado en cerámica, hueso o piedra, y que se denomina *tortero* o *muyuna*. Los *torteros* suelen ser recurrentemente recuperados en los sitios arqueológicos y son evidencia directa de esta tarea de torsión y estiramiento de las fibras.

Estas fibras pueden ser empleadas manteniendo su coloración natural o bien ser teñidas utilizando tintes vegetales (frutos, raíces u hojas) o minerales (carbón, arcillas) antes o después del hilado. Una vez concluido este proceso, los elementos hilados son enlazados entre sí por medio de un telar de formas diversas. Es durante el proceso del tejido cuando quienes tejen van definiendo los diseños, los colores y combinaciones que resultarán visibles en el producto terminado.

Con los tejidos se han hecho vestimentas (mantos, ponchos, vinchas, gorros, fajas) y también sogas y diferentes tipos de bolsas que se han utilizado para transportar y contener materiales o alimentos. Sin embargo, los tejidos fueron también un medio vital para transmitir y documentar ideas, jerarquías, creencias, organizaciones sociales y territoriales. En las propias palabras de la antropóloga Denise Arnold, “vestirse en el textil es además una forma de ‘envolverse’ en una piel social de imágenes poderosas”.

La mayor parte de las prendas que se han recuperado hasta el momento en el NOA provienen de contextos mortuorios. En general, las vestimentas tejidas registradas en la región son lisas, sin dibujos y de tonos cremas y castaños que son los colores naturales de las fibras. En algunos casos se han hecho puntadas de colores teñidos como rojo, amarillo, azul o verde y también hay algunas prendas con diseños geométricos como triángulos o rombos, bordados en sus laterales.

Específicamente en la región de Fiambalá, el hallazgo accidental de tres entierros en la localidad de Lorohuasi brindó valiosa información sobre las vestimentas manufacturadas y utilizadas en el pasado de estas tierras. Los fechados realizados sobre las prendas tejidas permitieron ubicar

estos entierros entre los años 1440 a 1628 d.C. y 1448 a 1645 d.C. Junto a dos de ellos se hallaron cinco camisas con franjas con diseños dispuestas transversalmente a la abertura de los cuellos. En los mismos entierros se encontraron, además de las camisas, dos cintas planas, una teñida en rojo, la otra en azul, y tres mantas, una de ellas de color crema y marrón oscuro, con espirales rectilíneas enlazadas (Figura 6.2). Diseños espiralados semejantes a los de este manto y a los de las camisas fueron documentados por la arqueóloga Susana Renard en ponchos y camisas de San Juan y también son recurrentemente pintados en las superficies de las piezas cerámicas y en los grabados rupestres de aquellos momentos. Asimismo, se hallaron piezas tejidas en entierros de la localidad de Guanchincito y Medanitos donde junto a los difuntos también se encontraban mantas tejidas, camisas, sogas y vinchas.

LOS ADORNOS PARA EL CUERPO

¿A qué nos referimos cuando hablamos de adornos? Dentro de esta categoría incluimos aquellas cosas que fueron creadas para ser colocadas sobre el cuerpo de las personas y, por lo tanto, tienen tamaños relativamente pequeños, suelen ser livianas y tienen algún tipo de perforación para poder ser sujetadas o colgadas. Nos referimos específicamente a todos los elementos que formaban parte de collares, anillos, pulseras, tobilleras, aros, entre otros.

Según la antropóloga Yvette Taborin, su función más simple es la de significar la pertenencia a un grupo y, por lo tanto, la de separar, la de mostrar el grado de diferencia en comparación con otros grupos. Pero también permite distinguirse de los demás dentro de una misma comunidad evidenciando posiciones sociales, religiosas y políticas diversas en situaciones cotidianas o en circunstancias especiales, íntimas o públicas.

Para su fabricación se han utilizado materiales de fuentes distintas, en algunos casos se emplearon elementos naturales que fueron simplemente recogidos del entorno como dientes, caracoles, plumas, semillas o piedras raras que solo fueron perforados. Sin embargo, lo más recurrente es la manufactura de adornos a partir de huesos, valvas, madera, minerales diversos y metales. Estos adornos suelen ser frecuentemente el resultado del trabajo de un artesano muy experimentado ya que las materias primas empleadas precisan de una preparación particular, instrumentos apropiados y técnicas que requieren un profundo conocimiento práctico.

En las distintas regiones del NOA prehispánico se han hallado elementos ornamentales de diferentes clases en con-

textos diversos, algunos quedaron abandonados en los pisos de las casas o en los caminos, otros fueron cuidadosamente colocados junto a los difuntos en sus entierros. En la región de Fiambalá, la mayoría de estos adornos proviene de contextos funerarios. Algunos de ellos fueron recuperados en forma directa por los arqueólogos durante las excavaciones; por ejemplo, en un entierro de adulto fechado entre los años 1305-1355 d.C. se registraron, junto a las piezas cerámicas que lo acompañaban, un par de aros de cobre y en un entierro de un bebé hallado dentro de una gran olla cerámica y datado entre los años 1304-1332 d.C. se encontró parte de un collar de cuentas de valva asociado a piezas cerámicas pequeñas, fragmentos de cestos y semillas de calabaza (Figura 6.3). Sin embargo, la mayoría de los adornos fueron registrados formando parte de las vitrinas de los museos locales o regionales. Por ejemplo, en la Colección de la familia Pereira (ver capítulo 12) se documentaron varias cuentas de collar de minerales, valvas o caracoles, junto con pendientes de roca y metal.

SINTETIZANDO

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, a partir del análisis de los vestigios de las actividades, muchas veces fragmentarios, hemos podido ir reconstruyendo y reconociendo la complejidad de las técnicas que requieren la manufactura de estos objetos especiales que observamos mayormente en las vitrinas de los museos. Durante el recorrido hemos visto que la presencia de ciertos diseños, geométricos en el caso de los textiles y también de algunas representaciones humanas o animales en los metales o en los adornos, nos recuerda que imágenes similares se desplegaban en distintos materiales que formaban parte de la vida de las comunidades en las aldeas, los caminos y los entierros. Todas se enlazan en un lenguaje que no tiene palabras sino formas y colores que son propios de un determinado momento y un determinado lugar. Hay mucho que no conocemos aún. No sabemos con precisión dónde se realizaban estos objetos ni cómo se los distribuía, muchas veces tampoco sabemos en qué contextos específicos se los utilizaba. Si bien creemos que algunos de ellos simbolizaban saberes de origen sagrado y por lo tanto su uso transfería cierta potencia y prestigio a sus usuarios, lo cierto es que muchos de ellos formaban parte de la vida y del uso cotidiano de las personas. Lentamente el trabajo de los arqueólogos junto con la memoria de los abuelos y los saberes tradicionales seguirá intentando responder las viejas y las nuevas preguntas, iluminando las zonas desconocidas dentro de este relato.

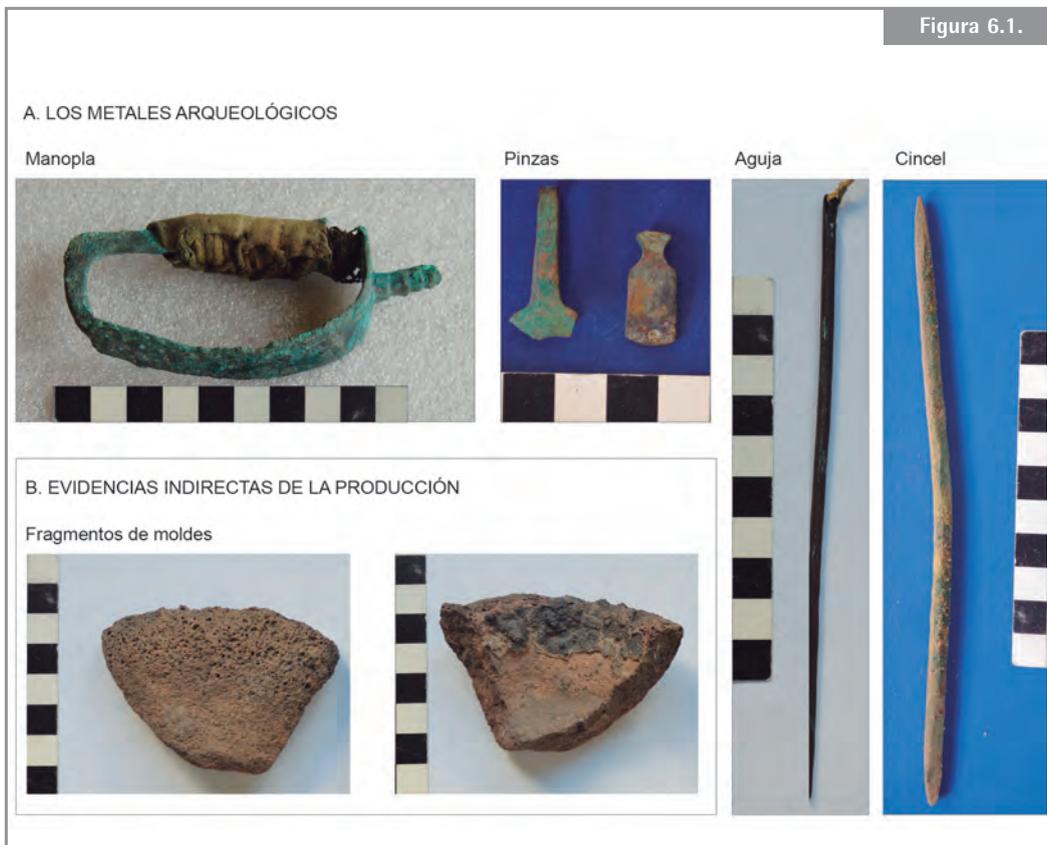


Figura 6.1.
A = Los metales arqueológicos: manopla recuperada en entierro de la localidad de Las Papas; pinzas de depilar, aguja y cinzel recuperados en aldeas ocupadas durante el primer milenio y en momentos incaicos. B = Las evidencias indirectas de su producción: restos de moldes

Figura 6.2.
A = Los textiles arqueológicos procedentes de los entierros de Lorohuasi (izquierda) y Medanito (derecha). B = Un telar tradicional en pleno funcionamiento. C = La evidencia de la producción textil



Figura 6.3.

A = Figurinas humanas modeladas en las que se observan brazaletes, collares y tocados (Colección Museo Provincial Incahuasi, La Rioja -izquierda-; Museo del Hombre de Fiambalá -centro- y Museo Tulio Robaudi de Tinogasta -derecha-).

B= Pendientes de piedra y metal provenientes del entierro de la Finca Justo Pereira de Palo Blanco (izquierda) y relevados en la Colección Pereira de Saujil (centro y derecha)

C = Cuentas de collar de distintas materias primas procedentes de la localidad de Saujil (Colección Pereira).

Figura 6.3.

A. FIGURINAS HUMANAS CON ADORNOS: collares, pulseras, brazaletes, tocados



B. PENDIENTES de piedra y metal



C. CUENTAS DE COLLAR: materias primas distintas (minerales, valvas)



LOS LENGUAJES SIN PALABRAS: LA DIMENSIÓN VISUAL DE LAS COSAS

.....
Mara Basile y Laura Vilas

En este capítulo vamos a indagar sobre un aspecto particular de las cosas con las que los arqueólogos trabajamos. Vamos a abordar el mundo de las imágenes que no tienen texto ni palabras escritas que nos permitan decodificarlas. Los habitantes originarios del NOA nos han dejado una serie de imágenes plasmadas en una multiplicidad de objetos y materiales diferentes (tejidos, metales, madera, cerámica, roca, hueso) a través de las que expresaron una parte de sus modos de ver, imaginar, pensar, experimentar y construir el mundo en que vivieron.

El análisis de esas imágenes sin texto nos permitió detectar y definir un lenguaje visual que las organiza y las combina para transmitir un mensaje y contar una historia que identifica a sus realizadores. Un lenguaje pleno de imágenes que remiten a elementos que nos resultan familiares como animales, plantas o huellas y también a otros cuyo “modelo inspirador” no reconocemos como las figuras geométricas en general. Sin embargo, los significados de todas estas imágenes se nos escapan porque desconocemos el código que nos permita decodificarlas. No tenemos a mano nada semejante a la famosa “Piedra Rosetta” con la que pudieron descifrarse los jeroglifos egipcios, pero poco a poco, analizando las imágenes, los materiales en que se desplegaban, la forma en que se realizaban y los lugares en los que se utilizaban vamos empezando a develar los sentidos de esos lenguajes sin palabras.

Esos lenguajes tienen características distintivas en función de los gustos y las reglas compartidos por quienes vivieron en un mismo lugar y en un mismo momento, pero son dinámicos y se transformaron a través del tiempo. Su producción evidencia una exhaustiva planificación previa e implica modificar materias primas específicas, como los soportes rocosos o los minerales para preparar las pinturas en o con los cuales se realizaron las imágenes utilizando variadas técnicas e instrumentos particulares (pinceles, punzones, agujas, cinceles, entre otros). También demandó decidir qué se iba a representar (dibujos geométricos, animales, figuras humanas, plantas, entre otras) y cómo se organizaba el diseño pensado en el objeto elegido como soporte. Este proceso creativo implicó, como dice la arqueóloga Dánae Fiore, la inversión de energía, tiempo, conocimiento, habilidad

y destreza manual. Todas estas elecciones reflejan un entendimiento y un código compartido acerca de cómo las cosas deben hacerse en ese momento y en ese lugar. Para poder interpretarlos es fundamental contemplar y reconstruir los contextos de los que han participado las cosas sobre las que estas imágenes se han desplegado: las aldeas y puestos en los que la gente vivía, los caminos por los que transitaba, los lugares en los que enterraba a sus muertos.

¿CÓMO SE ESTUDIAN LAS IMÁGENES?

Aquí nos vamos a concentrar específicamente en las imágenes desplegadas sobre un conjunto particular de materiales que los arqueólogos denominamos soportes: **arte rupestre**, ollas y cacharros de **cerámica** y representaciones del cuerpo humano modeladas en arcilla (**figurinas**). Cada uno de ellos tiene características distintas. Mientras que las piezas cerámicas y las figurinas tienen un tamaño y un peso que permite su transporte y por lo tanto son móviles, las rocas sobre las que se despliega el arte rupestre suelen estar fijas en lugares específicos del paisaje. En consecuencia, estos objetos y sus imágenes deben ser estudiados de formas particulares.

Siempre analizamos inicialmente los soportes. En el caso del arte rupestre, durante el trabajo de campo se toman cantidad de fotografías y notas sobre las imágenes y el entorno en el que se han ubicado. Se registra la materia prima de la roca utilizada como soporte, su tamaño, su orientación y se considera qué se ve desde ese lugar y a qué distancia se empiezan a ver las imágenes. También se observa si hay superposiciones entre ellas ya que esto permite pensar que ha habido diferentes momentos de realización. Aquellas imágenes que se encuentran debajo serán más antiguas que las que se ubican por encima. En el lugar se calcan los dibujos, los que, junto con las fotografías, aportan al análisis que se realiza luego en el laboratorio donde se ordena y clasifica la información relevada. Además, se trabaja con programas de computación especiales para mejorar la visualización de ciertas imágenes que en terreno se encontraban muy desleídas por la acción del paso del tiempo, el agua y el viento (Figura 7.1). En el caso de

la cerámica, analizar las imágenes y diseños solo a partir del estudio de los fragmentos de los objetos que los arqueólogos recuperamos en las excavaciones es problemático. Tenemos piezas sueltas de un rompecabezas, pedacitos de una serpiente pintada, la huella aislada de un felino, cabezas modeladas sin su cuerpo. Solo las ollas y figurinas enteras nos permiten “encajar” esas piezas en el todo, es decir, lo que fue en su momento el objeto entero (Figura 7.2). Sin embargo, esas piezas completas suelen estar depositadas en las colecciones de museos y, en general, los contextos de asociación y de uso de los que formaban parte se han perdido para siempre, salvo algunas excepciones (ver capítulo 12).

Para el análisis específico de las imágenes lo primero que hacemos es identificarlas, clasificarlas, intentar ver si reconocemos qué se está representando, si son líneas, triángulos, escalonados, humanos o animales y de qué tipo (Figura 7.3). También evaluamos qué elementos mínimos se usaron para realizarlas, si se usaron puntos, líneas rectas o curvas, espirales o ganchos y cómo éstos se combinaron: si se cruzaron, si se sumaron, si se incrustaron. Para eso siempre las dibujamos para entender cómo fueron hechas, con qué técnicas (pintura, incisión, estampado, grabado, modelado) y en qué tamaños.

Con toda la información obtenida del estudio de los soportes y de las imágenes componemos planillas que nos permiten analizarlas en conjunto y ponerlas en relación con los resultados de otras líneas de análisis que nos facilitan reconstruir los contextos y los momentos en los que se usaban estos objetos (asociación de materiales en las excavaciones, fechados, análisis de restos de alimentos, entre otros). Así vamos comprendiendo si hay formas de hacer y combinar las imágenes que nos ayuden a delinear esos lenguajes visuales que buscamos definir. Además, para poder analizar gran cantidad de datos utilizamos técnicas y métodos estadísticos.

A partir de aquí vamos a ahondar brevemente en las particularidades que distinguen a cada uno de estos soportes utilizando ejemplos del arte rupestre, de las piezas de cerámica y de las figurinas de la región de Fiambalá.

EL ARTE RUPESTRE

Los arqueólogos llamamos arte rupestre a las imágenes que la gente realizó sobre soportes rocosos. Algunas de ellas están al aire libre, asociados a senderos o campos de cultivo, pero también hay algunas que se encuentran en las paredes o el techo de las cuevas. A diferencia de las imágenes que se despliegan en otros materiales, por ejemplo, las vasijas cerámicas, aquellas que se representaron sobre las rocas suelen quedar fijadas en ese lugar, no se pueden transportar y aún hoy se encuentran ubicadas en los mismos lugares en los que quienes las hicieron decidieron colocarlas. Hoy recorremos los senderos, las huellas, las quebradas y nos encontramos con cuevas o rocas llenas de imágenes realizadas hace mucho, mucho tiempo.

La práctica de pintar o grabar imágenes en las rocas es muy antigua en nuestro continente y puede rastrearse hasta los momentos de los primeros pobladores americanos. Las imágenes desplegadas son muy variadas e incluyen diversos

tipos de animales –llamas, guanacos, felinos, suris, cóndores, serpientes-, humanos con distintas vestimentas y objetos en sus manos, máscaras y cantidad de figuras geométricas –líneas superficiales y profundas, círculos, cruces-. Si bien hay excepciones, como por ejemplo las marcas de ganado que los arrieros de Ischigualasto (San Juan) grababan en las rocas en el siglo XIX y XX, esta práctica dejó de realizarse poco después de la conquista española que evangelizó a los pobladores locales y prohibió el uso de los símbolos vinculados a sus prácticas religiosas, llamadas ‘paganas’. Así, solo nos quedaron las imágenes sobre las rocas y, en algunos pocos casos, restos de los instrumentos implicados en su realización (pinceles o cinceles) o con los que se manufacturaron las pinturas (pigmentos), los que en ambos casos son los únicos “testigos” y mayormente la única posibilidad que tenemos para inferir qué tipo de procedimientos técnicos e instrumentos estuvieron implicados y fueron necesarios para su realización.

En la región de Fiambalá la mayor parte del arte rupestre fue realizado mediante la técnica de grabado, tanto en bloques como en paredones de cuevas. Para poder dibujar sobre las rocas debieron utilizar instrumentos que fueran más duros que la superficie grabada, lo cual se logró a través de la realización de distintos gestos técnicos (percusión, raspado, horadado, entre otras). Por los trabajos experimentales sabemos que muy probablemente hayan utilizado un instrumento percutor o cortante para poder romper la superficie de la roca. Esa superficie, de tonalidad más oscura debido a la acción de desgaste del viento y la lluvia a través del tiempo, se denomina pátina o “barniz del desierto”. Una vez rasgada esa superficie, queda visible el interior de la roca, generalmente de tono más claro, lo que logra un efecto visual de contraste (figura-fondo) para resaltar las imágenes. Arqueólogos copiaron las imágenes antiguas en rocas de características similares utilizando réplicas de instrumentos de piedra tradicionales para comparar luego las imágenes “copiadas” con las imágenes “originales”. Esto les ha permitido determinar que las técnicas utilizadas para grabar las imágenes fueron fundamentalmente (i) incisión o raspado, que implican “cortar” o generar una “fricción” sobre la roca que logra surcos finos y regulares, respectivamente, para lo cual se utiliza un instrumento filoso; (ii) horadación, que resulta del desgaste de la roca mediante movimientos de rotación del instrumento; y (iii) piqueteado, en que un artefacto actúa como martillo y otro como cincel, con golpeteos formando líneas o planos (ver ejemplos de estas técnicas en Figura 7.1 C, D y E).

Aunque su registro es muy escaso en Fiambalá, la pintura también fue una técnica utilizada para marcar las rocas a través del agregado de sustancias colorantes, con los dedos o con diversos instrumentos como astillas de hueso, ramitas, manojos de pelo a modo de pinceles o hisopos. Como las pinturas son mucho más frágiles, su preservación a lo largo del tiempo es más difícil y su hallazgo suele ser más frecuente en cuevas o espacios protegidos. Tal es el caso de la Cueva de Salamanca, el único arte rupestre pintado conocido hasta el momento en la región de Fiambalá en plena Cordillera de Narváez. Allí, el mineral utilizado como

pigmento para lograr el color rojo intenso de las pinturas fue un óxido de hierro llamado hematita. La fabricación de esas pinturas demandó un profundo conocimiento técnico, como así también la organización del trabajo en distintas etapas que incluían la selección de las materias primas adecuadas, la molienda de los pigmentos elegidos y la preparación de la mezcla con algún líquido que la transformara en una sustancia fluida (grasa, agua, saliva, orina o sangre).

En nuestra región de estudio los lugares de emplazamiento del arte rupestre son bien específicos y se encuentran restringidos a las zonas del valle, tierras bajas, y las quebradas de acceso a las tierras altas de la puna transicional de Chaschuil, zona en la que se encuentra totalmente ausente. La mayoría de los grabados rupestres que consisten en imágenes de animales completos o sus huellas, humanos, armas, líneas, escalonados, círculos concéntricos, puntos (Figura 7.3 B), se colocaron en paneles o bloques visibles desde lejos, en lugares de tránsito y alejados de las aldeas residenciales con los que seguramente estuvieron relacionados en cada momento del desarrollo cultural (ver capítulo 1). Funcionaron, además, como formas de señalar o de marcar y apropiarse de ciertos puntos particulares del paisaje, ciertas quebradas, ciertos caminos que conectaron ambas regiones, las de Fiambalá y Chaschuil, muchos de los cuales siguen usándose en la actualidad. Éste es el caso de la ruta que conecta Palo Blanco (1900 msnm) con Cazadero Grande (3500 msnm), en la cual con apoyo de animales de carga se cruzan cerros a través de sendas zigzagueantes y se atraviesan amplias pampas de altura. También hay rocas grabadas que se encuentran “escondidas” o “enmascaradas” dentro de grandes extensiones de antiguos campos de cultivo entre los que también se hallaron entierros; y hay pinturas rojas y geométricas en el techo de una cueva pequeña ubicada en un lugar frío e inhóspito para habitarla, al que difícilmente pudiera llegarse de casualidad, sin saber exactamente dónde estaba.

El paso del tiempo y la acción del agua y el viento, han impedido hasta el momento recuperar, a través de excavaciones arqueológicas, restos relacionados con la producción de estos grabados y pinturas ni efectuar fechados directos sobre las imágenes o indirectos sobre los materiales asociados que nos permitan saber cuándo se hicieron. Por eso es que la comparación de las imágenes del arte rupestre con las de otras zonas y con las que se despliegan en otros materiales, como por ejemplo la cerámica, cuyos contextos y tiempos de ejecución se encuentran mejor definidos, resulta fundamental para comenzar a delinear en forma integral los lenguajes visuales que circularon en distintos soportes y lugares de esta amplia región.

IMÁGENES EN OLLAS Y CACHARROS DE CERÁMICA

Cuando hablamos de “cerámica” nos referimos a un tipo de material, arcilla, con que se han producido por medio de técnicas muy variadas, determinados objetos de formas y tamaños diversos: ollas, cuencos, figurinas humanas y de animales modeladas (ver capítulo 5). Como hemos mencio-

nado, su realización implica un profundo conocimiento y manejo de los tiempos en que se deben aplicar cada una de las técnicas empleadas para producir las formas de las piezas y las imágenes que en ellas se han desplegado.

A partir de los años de trabajo en la región y en regiones vecinas sabemos que las ollas y cacharros de cerámica eran utilizadas por los habitantes originarios del NOA en una gran diversidad de contextos. Se las usaba en las casas para preparar, cocinar, almacenar o servir los alimentos cotidianamente o en momentos especiales de celebración. También eran transportadas y utilizadas para fines similares durante el tránsito por los senderos o en los puestos de altura que se habitaban temporariamente. Y en algún momento y por alguna razón estas mismas ollas y vasijas cerámicas se depositaban junto a los difuntos en los entierros, o podían contenerlos. Esto último generalmente sucedía en el caso de entierros de niños. Muchas de estas piezas cerámicas presentaban en sus superficies cantidad de imágenes realizadas con técnicas muy diferentes, a veces pintadas en colores diversos, otras modeladas, incisas (utilizando un instrumento con filo para desplazar la arcilla y dejar un surco) o estampadas (utilizando tubos de huesos huecos).

En la región de Fiambalá la serie de imágenes que se registran sobre las superficies de las piezas cerámicas son muy diversas e incluyen distintos diseños. Éstos pueden ser de formas geométricas (trazos agrupados, reticulados y círculos simples, figuras rectangulares, escalonadas, triángulos y rombos), de animales (lechuzas, felinos, serpientes, vizcachas), y humanos o de sus partes (rostros, huellas, colas, manchas, garras). Muchas veces también nos encontramos con que se componían imágenes con mezclas de elementos de distintos animales o también con partes de animales y de humanos, por lo que el resultado es la conformación de “imágenes fantásticas” donde los rostros humanos tienen fauces, las vizcachas tienen colas largas y enroscadas y las serpientes tienen manchas de felino (Figura 7.3 A). Es interesante, y motivo de estudio, que los tipos de imágenes, las técnicas utilizadas y las formas de las piezas sobre las que se desplegaron variaron con el paso del tiempo. Sin embargo, hay imágenes y formas de hacerlas que perduraron y se mantuvieron con el paso de los años, mientras que otras dejaron de realizarse y fueron reemplazadas por imágenes y formas nuevas. Por ejemplo, las representaciones de felinos que son tan populares en la cerámica hasta el año 1000 d.C. desaparecen por completo hacia el año 1300 d.C. Sin embargo, aparecen en estos momentos las representaciones de animales felinizados sobre formas de piezas distintas de las que se utilizaban durante el primer milenio. Esto puede estar implicando que hay ciertas imágenes e historias que siguen vigentes y son incorporadas o reinterpretadas trazando conexiones con las narrativas de los momentos previos. Todo un desafío para ser estudiado y contextualizado con otros productos de la cultura material de las sociedades del pasado.

El análisis realizado sobre las superficies de las ollas y cacharros de cerámica ayudó también a ordenar en el tiempo las imágenes desplegadas en el arte rupestre. Permitió asimismo observar que, si bien había imágenes que eran exclusivas de las cerámicas o de las rocas, había otras que resul-

taban compartidas indicando que, a pesar de los contextos y prácticas distintas de las que cada uno participaba, había un lenguaje visual común circulando dentro de la región, desplegándose en materiales diversos y conectando lugares y tiempos.

FIGURINAS: REPRESENTACIONES MODELADAS DEL CUERPO HUMANO

Las figurinas antropomorfas son objetos cerámicos tridimensionales en los que con profunda destreza se ha modelado en arcilla la figura humana. La representación del cuerpo humano es una fuente de información importante para los arqueólogos ya que nos acerca a la manera en que las personas que vivieron en el pasado se concibieron a sí mismos y a sus congéneres. El cuerpo es multidimensional, dado que además de su indudable dimensión biológica posee otras relacionadas con las esferas social y simbólica, todas ellas entrelazadas e inseparables. Sabemos que la figura humana ha sido desplegada en distintos soportes: ollas y cacharros de cerámica, arte rupestre, objetos de metal, hueso y madera. Las figurinas cerámicas representan al cuerpo humano en pequeña escala y de diversas formas, en distintas posturas o gestos, realizando actividades, asociadas a instrumentos, con vestimenta y adornos o sin ellos. Son objetos livianos y pequeños, de entre 5 y 15 cm de alto, por lo que podían pasarse de mano en mano y transportarse fácilmente de lugar en lugar.

A través de su análisis podemos obtener información acerca de qué tipo de cuerpos, actitudes y roles se eligieron representar en determinado momento. Evaluar estas representaciones nos permiten, junto a otras líneas de evidencia, pensar en características de la organización política y prácticas religiosas.

Las figurinas humanas del NOA, y especialmente las de la provincia de Catamarca, se encuentran en su gran mayoría depositadas en colecciones de museos y, si bien pueden ser consultadas para su estudio por los investigadores, no contamos con mucha información acerca de sus procedencias o contextos de hallazgo. Algunas de ellas se encuentran enteras, pero la gran mayoría están fragmentadas. Esto nos obliga a desarrollar una metodología que nos permita incluirlas a todas en nuestros estudios. Para eso se tiene en cuenta su distribución, o sea las localidades de donde provienen, como así también el análisis de sus características específicas que nos permiten estudiar su gran variabilidad. Para ello contemplamos las técnicas e instrumentos utilizados para ejecutarlas, las partes del cuerpo que se representaron, sus posturas y gestos faciales. Identificamos además

todo aquello que asociado al cuerpo lo modifica, esconde o resalta, como las vestimentas, los peinados, tocados o adornos y también objetos que se colocaron en las manos. Finalmente las medimos y analizamos sus proporciones.

Particularmente las figurinas de la región de Fiambalá y alrededores se caracterizan por representar el cuerpo humano con gran pericia técnica, alto grado de detalle y mucha variabilidad. Encontramos cuerpos que se acercan y se alejan de la figura humana real, cuerpos que se representan con todos sus miembros y algunos sin ellos (Figura 7.4 A), donde la cabeza por lo general se encuentra sobredimensionada y acompañada de los más elaborados peinados y tocados (Figura 7.4 B). Las figurinas también muestran cuerpos en movimiento, adoptando diversas posturas y con los más variados gestos (Figura 7.4 C). Nos muestran vestimentas y adornos, tatuajes y deformaciones craneanas (Figura 7.4 D), genitales femeninos y masculinos, cuerpos que se muestran y se esconden (Figura 7.4 E). Para ello, los alfareros de la zona pusieron en práctica una combinación de técnicas de modelado, perforado, incisión, pastillaje y pintura. La mayoría de las figurinas fueron realizadas por medio de tres de estas técnicas en forma conjunta y presentan un alto grado de detalle lo que nos indica que los artesanos invirtieron mucho tiempo y trabajo experimentando para lograr estas particulares representaciones corporales.

SINTETIZANDO EL RECORRIDO

Analizar los lenguajes visuales que se desplegaron en los distintos objetos que recuperamos en el ejercicio de nuestra profesión, nos permite acercarnos tanto a los saberes como a las elecciones técnicas tomadas por sus realizadores. Pero a su vez estos aspectos estuvieron directamente vinculados con las “visiones del mundo”, los códigos compartidos y las preferencias que circulaban entre los integrantes de esas sociedades del pasado, las que en muchos casos variaron no solo espacialmente sino a lo largo del tiempo. Con este enfoque venimos abordando el arte rupestre, las superficies de la cerámica y las figurinas del pasado de la región de Fiambalá. Una región que tiene una historia particular donde las evidencias materiales vinculadas a los momentos tempranos perduran en el tiempo solapándose con las que se asocian a los momentos más tardíos (ver capítulo 1). En este escenario, los lenguajes visuales son un terreno fértil para evaluar las combinaciones, los cambios y las continuidades que registramos en los modos de hacer y de percibir de esas comunidades que habitaron sus aldeas y puestos, recorrieron sus quebradas y sembraron sus campos, llenando de imágenes su territorio.

Figura 7.1.



Figura 7.1.

Las tareas de relevamiento y análisis del arte rupestre de la región de Fiambalá. Izquierda: los trabajos en el campo. A = Calcado del panel del sitio Suripotrero (SP). B = Toma de muestra de pigmentos en el sitio Cueva de la Salamanca (CVS). C = Figura humana piqueteada del sitio Guanchincito (GCH). D = Círculos horadados del sitio GCH. E = Diseño geométrico piqueteado y raspado de los Grabados de Las Papas (GLP). F = Vista de un bloque grabado de GLP. G = Vista de un bloque grabado de GCH. Derecha: los trabajos en el laboratorio. H = Imágenes pintadas de CVS y su mejora con programas para el tratamiento de imágenes. I = Panel grabado de SP

Figura 7.2.



Figura 7.2.

Las tareas de relevamiento y análisis de las imágenes desplegadas en cerámica de la región de Fiambalá



Figura 7.3.
Ejemplo del tipo de imágenes desplegadas. A = En las superficies de las ollas y cacharros de cerámica. B = En el arte rupestre de la región de Fiambalá



Figura 7.4.
Figurinas cerámicas antropomorfas. A e I = Procedentes de San Blas de los Sauces, La Rioja, Colección del Museo Provincial Inca Huasi de La Rioja (MIH). B y H = Procedentes de Huillapima, Capayán, Catamarca, Colección MIH. C y D = Procedentes de Saujil, Catamarca, Colección MIH. E = Procedente de Fiambalá, Catamarca, Colección Museo Tulio Robaudi de Tinogasta, Catamarca. F y G = Sin datos de procedencia, Colección MIH

LOS USOS DE LOS ANIMALES Y PLANTAS

Juan P. Miyano e Irene Lantos

Los grupos humanos que habitaron el territorio de Catamarca usaron las distintas especies de plantas y animales disponibles en el ambiente para su supervivencia desde el período Arcaico hasta momentos de la ocupación inca (ver capítulo 1). Durante el Arcaico, se desarrolló en la región un modo de vida que se caracterizó por extraer los recursos del medioambiente mediante la implementación de técnicas de caza y recolección. Estos grupos cazadores-recolectores eran altamente móviles y se trasladaban a través del paisaje buscando aprovechar los distintos recursos naturales que ofrecía cada zona. Hace alrededor de 3000 años atrás, las sociedades comenzaron a cambiar su modo de vida: se establecieron en aldeas, domesticaron plantas y animales, y desarrollaron nuevas tecnologías. Sin embargo, las actividades de caza y recolección continuaron siendo importantes para su subsistencia y convivieron junto a la cría de animales y al cultivo de plantas.

En la cosmovisión andina, convivían dos mundos: el *uywa* (lo doméstico) y el *salka* (lo silvestre). Estos mundos existían de manera simultánea y eran igualmente importantes para la vida de las poblaciones. Por ejemplo, en la chacra (que pertenece al mundo del *uywa*) se cultivaban plantas como maíz, poroto, zapallo y ají y se criaban llamas. Por otra parte, fuera de la chacra (en el ámbito *salka*) se recolectaban vegetales como algarroba, mistol y chañar, como así también se cazaban animales silvestres como guanaco, vicuña, quirquincho, suri, entre otros. Además de su uso como fuente de alimento, los animales y las plantas fueron aprovechados con diferentes fines: manufactura de instrumentos, adornos, textiles y cestos, construcción de viviendas, empleo como combustible, medicinales y como tinturas, etc. A continuación, se presentan los diversos usos que le dieron a los animales y a las plantas las poblaciones del pasado que habitaron el territorio catamarqueño.

USO Y APROVECHAMIENTO DE ANIMALES

Los humanos se han relacionado con los animales desde los inicios de la humanidad. La zooarqueología es una subdisciplina de la arqueología que investiga esa interacción entre

los humanos y los animales a través del tiempo. Para ello, los zooarqueólogos estudian todos los restos de origen animal que pueden ser hallados en una excavación arqueológica: huesos, dientes, pelos, cuero, plumas, cáscaras de huevos, valvas, excremento, cuernos, etc. Como podemos observar, existe una gran variedad de evidencia faunística. Sin embargo, los huesos son aquellos restos de origen animal más abundantes y frecuentes en los sitios arqueológicos. Al excavar un sitio, los arqueólogos generalmente nos encontramos con huesos fragmentados o pequeñas astillas óseas, siendo muy escasos los huesos completos (Figura 8.1). Así, el primer desafío consiste en identificar a qué animal pertenecen esos fragmentos óseos. Por lo tanto, resulta de suma importancia conocer las especies que habitaron la región de estudio. Este primer paso en el análisis de los restos óseos es fundamental para la investigación zooarqueológica dado que permite responder una pregunta básica relacionada a la interacción humano-animal: ¿Qué animales fueron usados por los grupos humanos del pasado?

Los animales constituyen una fuente significativa de proteínas y grasas por lo que son sumamente importantes para la alimentación humana. En este sentido, a los arqueólogos nos interesa saber qué animales fueron consumidos y cómo fueron obtenidos por los grupos humanos del pasado. Con respecto a esto, los animales se pueden dividir en dos grandes grupos: los silvestres y los domésticos. Por un lado, los animales silvestres son todos los que podemos encontrar en su hábitat natural y cuyo desarrollo y reproducción no se encuentran mediados por la voluntad humana (por ejemplo, vicuñas, guanacos, pumas, zorros, flamencos, quirquinchos, entre otros). Por otro lado, algunas especies de animales silvestres desarrollaron en el pasado un vínculo especial y de mutuo beneficio con los seres humanos, lo cual condujo finalmente a su domesticación (por ejemplo, llamas y perros).

En los sitios arqueológicos del NOA en general y de Catamarca en particular, los restos óseos más frecuentes son los de los camélidos sudamericanos, lo que indica que fueron los animales más explotados por las poblaciones prehispánicas. Existen tres especies de camélidos que habitaron, y aún habitan, esa región: las vicuñas, los guanacos y las llamas. Los dos primeros son animales silvestres que

ya existían cuando los primeros pobladores del continente llegaron al noroeste de nuestro país hace más de 10000 años AP, mientras que la llama es un animal doméstico cuyo origen se remonta a unos 4000 años AP, a partir de la intervención humana en la reproducción de su ancestro silvestre (el guanaco). Sin embargo, la aparición de la llama en la historia del NOA no significó que las poblaciones dejaran de explotar especies silvestres. De este modo, durante el “Formativo” (ca. 500 a.C. – 1000 d.C.) –cuando la producción de alimentos se encontraba totalmente desarrollada– la caza de animales continuó siendo una estrategia implementada por los grupos humanos. Así, por ejemplo, en la aldea de Palo Blanco (ca. 200 d.C. – 1000 d.C.) –ubicada en el valle de Fiambalá– se hallaron huesos de llama y de vicuña lo que indica que las poblaciones que la habitaron no solo criaban llamas, sino que también cazaban vicuñas. De esta manera, los huesos no solo nos indican qué animales fueron explotados sino también nos pueden informar acerca de las estrategias que implementaron los grupos humanos del pasado para su obtención.

Desde el momento en que se sacrifica un animal (ya sea silvestre o doméstico), los humanos comienzan a realizar distintas actividades de procesamiento como quitar el cuero (cuerear), dividir el cuerpo en distintas unidades (desarticular), separar la carne del hueso (descarnar), fracturar los huesos largos para obtener la médula ósea, entre otros. Todas estas actividades dejan marcas específicas en los huesos. De esta manera, los zooarqueólogos analizan con lupa o con microscopio los fragmentos de huesos hallados en las excavaciones en búsqueda de estas marcas que le permitan determinar qué tipos de actividades se realizaron en el pasado. Es necesario también que el zooarqueólogo considere qué huesos exhiben las marcas identificadas dado que no todas las partes del cuerpo de un animal brindan la misma cantidad de carne y, en algunos casi, ni siquiera el mismo tipo de recurso. Por ejemplo, el esqueleto de los camélidos sudamericanos se puede subdividir en siete regiones en relación al tipo de recursos y su cantidad relativa: la cabeza (contiene principalmente órganos ricos en grasa), la columna, el costillar y las cinturas (ofrecen solo carne), las extremidades superiores (brindan mucha carne y médula ósea al interior de la cavidad medular), las extremidades medias (otorgan carne y médula en cantidades moderadas) y las extremidades inferiores (ofrecen muy poca carne y médula) (Figura 8.2). Así, por ejemplo, las marcas de corte están asociadas a diferentes actividades como la desarticulación (si las encontramos en los extremos de los huesos largos), el descarnar (si las hallamos en la parte media de los huesos largos, en las costillas o en las cinturas) o el cuereo (si las identificamos en los pies). Las marcas de machacado son más intensas y profundas que las de corte: son el resultado del impacto de un filo de un artefacto pesado y se asocian principalmente a la actividad de desarticulación. El acceso a la médula ósea se realiza a partir de la fractura de los huesos largos. La misma se efectúa mediante el golpe de un objeto contundente –una roca– contra la superficie del hueso lo cual deja marcas particulares como los “negativos de impacto”. Estas huellas se presentan como muescas en el borde del hueso y se encuentran asociadas al

desprendimiento de pequeños fragmentos óseos de la parte interna (Figura 8.3). De esta manera, los huesos y los tipos de marcas nos indican qué actividades de procesamiento realizaron los humanos tras la muerte del animal y qué tipos de recursos fueron aprovechados (carne, grasa y/o médula).

Hasta aquí hemos visto que los animales fueron utilizados como fuente de alimentos. Sin embargo, también se usaron con otros fines que no estuvieron estrictamente relacionados a la nutrición humana. En este sentido, distintas partes de los animales fueron utilizadas y/o modificadas para la manufactura de artefactos. En primer lugar, los huesos, por ejemplo, fueron usados para confeccionar diferentes tipos de instrumentos: algunos con fines decorativos –como las cuentas tubulares de collar– y otros con fines utilitarios. Dentro de estos últimos, existe una gran variedad: los *retocadores*, utilizados en la manufactura lítica; los *alisadores*, usados en la manufactura cerámica; y aquellos vinculados a la actividad textil. Las poblaciones prehispánicas del NOA manufacturaron instrumentos relacionados a la textilera, para lo cual utilizaron principalmente los metapodios de camélidos (hueso de forma recta y sin grandes irregularidades en su superficie). Algunos se caracterizan por poseer en uno de sus extremos una punta no cortante la cual fue utilizada para compactar el tejido en el proceso de la producción textil (Figura 8.4). Tanto en la aldea de Palo Blanco como en el área de La Troya fueron recuperados estos tipos de instrumentos. De este modo, podemos observar cómo su hallazgo no solo nos indica a los arqueólogos que los grupos humanos aprovecharon de manera íntegra a los animales (utilizando hasta los huesos) sino que también nos pueden informar de manera indirecta acerca de otras actividades como, en este caso, la manufactura de textiles. En segundo lugar, las plumas son otros restos de origen animal que fueron utilizados por los grupos humanos del pasado, principalmente con fines decorativos. Por ejemplo, en la cima del Volcán Incahuasi (6638 msnm) fue hallado un santuario de altura inca en el que se encontraron distintas ofrendas, entre las que se destaca una estatuilla con vestimenta y un tocado de plumas (ver capítulo 10, Figura 10.1). No se descarta que las plumas hayan sido utilizadas también para la decoración de ciertas personas del grupo. En tercer lugar, como hemos visto en el capítulo 6, el desarrollo de la actividad textil permitió la manufactura de distintos tipos de objetos: vestimenta, sogas, bolsas, entre otros. La materia prima para confeccionar los textiles fue la fibra animal, la cual se hiló, se tiñó y, posteriormente, se realizó el tejido. Específicamente, en el NOA se utilizaron las fibras provenientes de dos camélidos distintos: la vicuña y la llama. La fibra de vicuña fue muy valorada entre las poblaciones prehispánicas por su calidad, especialmente entre los incas quienes la utilizaban para la confección de prendas de prestigio y consideraban a las vicuñas como “el rebaño de los dioses” (ver capítulo 11). La fibra de llama también fue utilizada, creando manadas específicamente destinadas a la producción de fibra. En cuarto lugar, la grasa animal fue empleada en la impermeabilización de vasijas cerámicas. Los análisis químicos realizados sobre fragmentos cerámicos de vasijas incaicas proveniente del sitio San Francisco, emplazado en la puna transicional de Chaschuil, permitieron identificar grasa de camélidos. Los

fragmentos analizados corresponden a aríbalos y aribaloides, vasijas de cuello estrecho y cuerpo voluminoso implementadas en el pasado para contener líquidos. Dado que resulta imposible que estas piezas hayan sido utilizadas para la cocción de alimentos, se concluyó que la presencia de grasa de camélidos en el interior de las vasijas indica un proceso de impermeabilización interno.

Como hemos visto, la llama fue una fuente importante de carne, así como también de fibra. Sin embargo, aportó también su capacidad de carga, permitiendo el transporte de bienes e información entre lugares distantes a partir de las llamadas “caravanas de llamas”. De esta manera, las poblaciones prehispánicas del NOA implementaron diversas estrategias en la crianza de sus manadas de llamas: algunas fueron destinadas como productoras de fibra, otras como cargueras y otras como productoras de carne. ¿Cómo es posible identificar estas estrategias a partir de la observación de los huesos? Al igual que en los humanos, los huesos largos de las llamas se “fusionan” en distintos momentos de su vida, es decir, las epífisis –extremos de los huesos– se unen a las diáfisis –parte central de forma cilíndrica– mediante un proceso de osificación. Por ejemplo, la epífisis distal del húmero de un camélido fusiona entre los 12 y los 18 meses de edad. De este modo, si hallamos un húmero distal “no fusionado” podemos sostener que ese camélido murió antes de los 12-18 meses de edad; por el contrario, si hallamos un húmero distal “fusionado” sabremos que ese camélido sobrevivió más allá del año y medio de edad, aunque no sabemos cuándo efectivamente murió (Figura 8.5). Así, ante un conjunto de huesos de llama es importante determinar cuáles están fusionados y cuáles no. Esto le permite a los zooarqueólogos aproximarse a la edad de muerte de los animales representados en el sitio arqueológico de donde son recuperados. De esta manera, si se observa que la mayoría de las muertes de las llamas ocurrieron entre los dos y tres años de edad es muy probable que la estrategia implementada por los humanos haya sido la obtención de carne dado que esa es la edad óptima para su producción. Por el contrario, si se observa que la mayoría de las llamas murieron con posterioridad a los cuatro años de edad es muy probable que estemos frente a llamas cargueras y/o productoras de fibra. Esto se debe a que un animal que vive más permite aprovechar durante más tiempo los recursos que brinda, en este caso su capacidad de carga y/o su fibra.

Los restos de origen animal también nos pueden informar acerca de la movilidad e interacción humana del pasado. ¿Cómo es posible esto? Todos los animales poseen un hábitat natural determinado. Así, por un lado, hay algunos animales cuyo hábitat natural no se restringe a un ambiente particular y poseen una distribución muy amplia. Este es el caso, por ejemplo, del piche llorón (*ChaetophRACTUS vellersus*) que habita en gran parte del noroeste y centro de nuestro país, oeste de Paraguay y este de Bolivia. Por otro lado, hay otros animales cuyo hábitat se restringe a un ambiente específico. Por ejemplo, las vicuñas (*Vicugna vicugna*) solo viven en ambiente puneño, por encima de los 3500 msnm. Así, al excavar un sitio, los zooarqueólogos deben conocer cuál es la fauna local de la zona en la que se

emplaza. El hallazgo de restos óseos de fauna no local en un sitio, es decir, animales que viven en zonas lejanas, sugiere que los grupos que ocuparon ese sitio en el pasado se relacionaron con otros ambientes, ya sea de manera directa (moviéndose hacia ellos) o de manera indirecta (intercambiando recursos con otros grupos humanos). Por ejemplo, en la aldea de Pablo Blanco se identificaron restos de vicuña y de guacamayo. Esta aldea se ubica en un ambiente de valle a 1900 msnm mientras que, como se mencionó anteriormente, las vicuñas habitan en la puna y los guacamayos lo hacen en ambientes de selvas y bosques húmedos propios de las provincias de Misiones, este de Formosa y el área subtropical de Salta y Jujuy. De este modo, es posible afirmar que los habitantes de la aldea de Palo Blanco se relacionaron con áreas lejanas, directa o indirectamente, como la puna y las yungas.

En resumen, los humanos han utilizado a los animales con diferentes fines y de distintas formas. Si bien existe evidencia de un amplio espectro de animales explotados, los camélidos fueron de suma importancia para las poblaciones que ocuparon el territorio catamarqueño. Éstos no solo se constituyeron como un recurso alimentario, sino que también proveyeron sus huesos para la manufactura de artefactos, su fibra para la confección de textiles y su capacidad de carga para el transporte de bienes, en el caso de las llamas.

USO Y APROVECHAMIENTO DE PLANTAS

Las poblaciones humanas interactuaron con su entorno vegetal de distintas maneras: recolectaron frutos, hojas, tallos y raíces de especies silvestres, sembraron y cultivaron plantas domésticas, transportaron recursos vegetales a distintos ambientes de donde no eran originarias e incluso en algunos casos las adaptaron a estas nuevas zonas alóctonas. La Arqueobotánica es una disciplina que se dedica a estudiar todos los vestigios de las plantas en sus diversos usos como alimento, medicina, combustible, tintes, artefactos, para construcción de viviendas, entre otros. Esta área de la investigación arqueológica estudia tanto los vestigios macroscópicos (restos de hojas, semillas, frutos, tallos, raíces) como los microscópicos (fitolitos, almidones, polen). Además, las actividades de procesamiento de las plantas dejan residuos característicos en los artefactos que se usaron para trabajarlos. Por ejemplo, la molienda deja restos en los molinos, quedan rastros de la cocción de los vegetales en los contenedores cerámicos, se preservan las resinas usadas para los empujes de los artefactos de piedra tallada, los residuos de fumar permanecen en las pipas antiguas, entre muchos otros casos. Para estudiar todos estos residuos los arqueólogos trabajan de manera interdisciplinaria con investigadores de las ciencias químicas aplicando una serie de análisis que permiten determinar el origen de las sustancias recuperadas en los artefactos (ver capítulo 2).

La variedad de plantas que se usaron en el pasado catamarqueño fue muy grande. En los valles bajos ubicados entre 1900 y 2300 msnm se hallaron restos arqueobotánicos con diferentes usos (Figura 8.6). Se recuperaron varias plan-

tas comestibles como granos y marlos de maíz (*Zea mays*), semillas y frutos de chañar (*Geoffroea decorticans*), semillas y vainas de algarroba (*Prosopis* sp.), semillas de zapallo (*Cucurbita máxima*) y granos de quínoa (*Chenopodium quinoa*). También se encontró un artefacto confeccionado sobre una calabaza porongo o *purunku* en idioma quechua (*Lagenaria siceraria*) y un cesto quemado hecho de gramíneas (Familia Poaceae). Por último, se identificó carbón vegetal de rica rica (*Acantholippia salsoloides*) y cuerno de vaca (*Adesmia trijuga*) usados como combustible. En la región altoandina ubicada a unos 5000 msnm se hallaron restos de tola (*Parastrephia* sp.), tolilla (*Fabiana* sp.) y paramela (*Adesmia* sp. y *Adesmia caepitosa*) utilizados como combustible, un bastón de caminante confeccionado en jarilla (*Larrea* sp.) y frutos comestibles de chañar. Es interesante destacar que el chañar no prospera en la altura y por lo tanto estos frutos fueron trasladados desde los valles bajos. En esta misma línea, las gramíneas y arbustos puneños que se hallaron en los sitios del valle dan cuenta del transporte de los recursos de una zona a otra. Toda esta evidencia refuerza la idea de la complementariedad de recursos que había entre las distintas zonas ecológicas o ambientes contrastantes que definen nuestra región (ver capítulo 1).

Una de las plantas más relevantes para las poblaciones tinogasteñas fue el maíz, ya que era la base de la alimentación. Es así como hemos identificado varias razas criadas localmente, tales como el pisingallo, capia, morocho y chucha. El cultivo de maíz se realizó sobre todo en los valles bajos que eran más aptos por sus condiciones de temperatura y precipitación para que prosperara la siembra. Las grandes extensiones de tierra preparadas para el cultivo en estos valles son testimonio de su importancia (ver capítulo 3). El maíz no sólo se consumía en las tierras bajas, sino que los marlos (*chuqllu*) y los productos elaborados a base de este alimento (mote, pochoclo, capias) eran llevados cotidianamente a las tierras altas por grupos pastores que los utilizaban como sustento durante sus estadias en los puestos. Además, en tiempos incaicos se acostumbraba llevar alimentos y bebidas a base de maíz como la chicha para realizar las libaciones y para dar de comer a la gente en las festividades auspiciadas por el Estado, que se realizaban al pie de los volcanes posiblemente antes de iniciar su ascenso (ver capítulo 10).

Otra fuente básica de alimento en el pasado fue el algarrobo, llamado hoy por las poblaciones locales “el árbol”. Éste fue fundamental para la subsistencia de los grupos del pasado ya que el contenido de las vainas es una fuente de alimento muy nutritivo y también tiene propiedades medicinales. La leña del algarrobo tiene propiedades caloríferas excelentes que la hacen ideal para quemar, y su alta dureza le confiere muy buenas condiciones para su uso en la construcción como vigas o parantes. Además, la resina y las hojas se usan para teñir la lana de camélido. Este árbol es muy resistente a las malas condiciones ambientales, por lo que debe haber sido una fuente muy confiable de alimento, especialmente en ciclos en que fracasaron los cultivos de maíz. Junto con el chañar, es uno de los frutos de recolección más importantes de la zona.

Evidentemente “el árbol” fue central en la organización

social de las poblaciones prehispánicas. Los sitios arqueológicos muchas veces se ubicaban estratégicamente en medio de los algarrobales, que hasta tiempos históricos cubrían gran parte del fondo del valle de Fiambalá. Los bosques no sólo eran cuidados y sus recursos aprovechados, sino que se promovía su crecimiento a través del cultivo intencional de árboles nuevos. Los arqueólogos hemos podido distinguir algarrobos plantados en hileras muy regulares que dan testimonio de la relevancia que tenían los bosques en la organización social de las poblaciones que habitaron el valle. Tal era la importancia del algarrobo que las antiguas poblaciones catamarqueñas festejaban el *Pucllay* y el *Chiqui*, unas ceremonias comunitarias celebradas para conjurar la suerte adversa. En estas festividades se acostumbraba beber la aloja, una bebida de larga tradición andina que se elabora a partir de las vainas fermentadas de algarroba. Se decoraban grandes árboles con muñecos, cintas y frutos, se danzaba alrededor con grandes tinajas de aloja y se realizaban libaciones.

Como ya se dijo anteriormente, las actividades de procesamiento de plantas también dejan residuos que son invisibles al ojo desnudo, por lo que es necesario un microscopio para detectar el uso de plantas a través de la observación de los microrrestos (Figura 8.7). Por ejemplo, a través de estos estudios pudo identificarse la presencia de maíz, zapallo, anco y quínoa en los sedimentos recuperados en distintos contextos funerarios de la región de Fiambalá, los que se interpretan como ofrendas de comida formando parte de prácticas mortuorias (ver capítulo 9). En otro estudio se rasparon los interiores de ollas cerámicas que habían sido usadas para cocinar alimentos y se analizó el producto bajo un microscopio, lo cual dio como resultado la presencia de almidones de maíz, poroto y algarroba dentro de las ollas.

Algunos residuos de plantas son invisibles incluso con un microscopio óptico, por lo que se requiere el uso de diversas técnicas químicas para acercarnos al origen de los residuos. Por ejemplo, los aceites y las grasas se preservan excepcionalmente bien en las matrices porosas de las ollas cerámicas en las que se cocinaron los alimentos. En el laboratorio químico se extrajeron estos residuos de lípidos (grasas) en muestras de fragmentos cerámicos provenientes de sitios arqueológicos de nuestra región de estudio, para luego analizarlos con técnicas cromatográficas y con espectrometría de masa convencional e isotópica (ver capítulo 2). Los resultados indicaron que en las ollas culinarias hubo mezclas muy complejas de aceites vegetales y grasas animales debido a su uso multi-funcional y prolongando en el tiempo. Las plantas que fueron cocidas incluyeron sobre todo al maíz y a la algarroba. Por otro lado, fue muy común el preparado de guisos que combinaban esos productos con carne, principalmente de camélidos (llama, vicuña o guanaco). Además de los guisos que se consumían de manera cotidiana, se solían procesar plantas que luego se sometían a procesos de fermentación para obtener bebidas alcohólicas. En aríbalos y aribaloides incaicos se encontraron evidencias químicas del almacenaje de aloja de algarroba y de chicha de maíz. Estas bebidas formaban parte de los banquetes festivos organizados por el Estado o imperio incaico (Figura 8.8).



Figura 8.1.

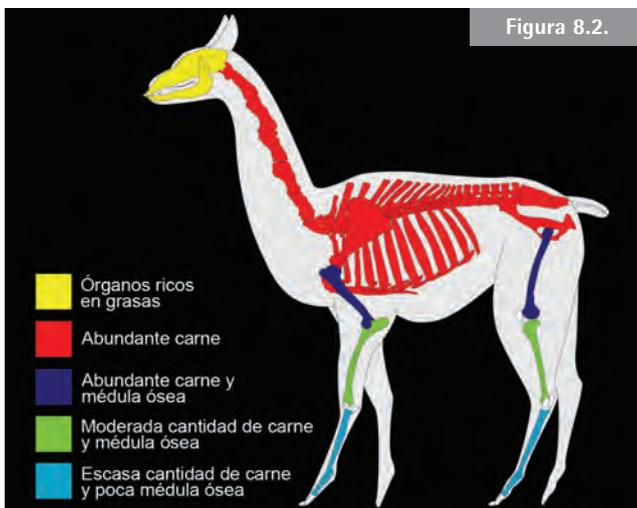


Figura 8.2.



Figura 8.4.

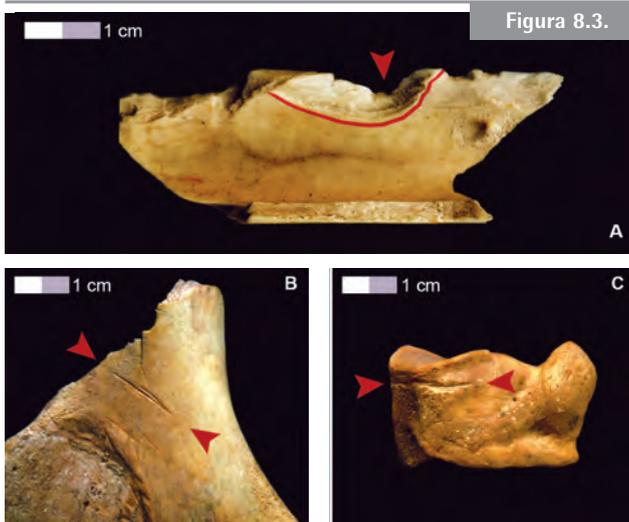


Figura 8.3.



Figura 8.5.

Figura 8.1. Diversidad de huesos de animales hallados durante las excavaciones arqueológicas

Figura 8.2. Distribución y cantidad relativa de distintos recursos en un camélido sudamericano (tomado de www.archeozoo.org)

Figura 8.3. Marcas de procesamiento en huesos de camélidos:
 A = Negativo de impacto.
 B = Corte.
 C = Machacado

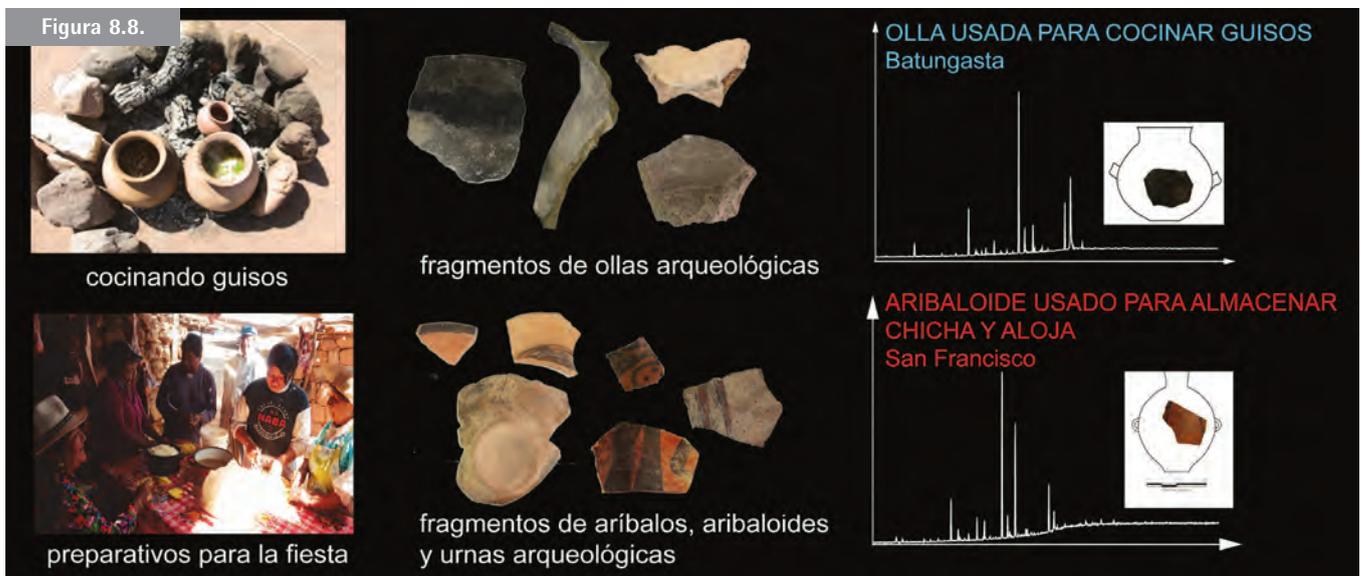
Figura 8.4. Instrumento óseo vinculado a la actividad textil

Figura 8.5. Fusión de la epífisis del húmero distal de camélidos

Figura 8.6
Plantas nativas comestibles de Catamarca

Figura 8.7
Restos botánicos recuperados de contextos arqueológicos del oeste de Tinogasta

Figura 8.8
Residuos orgánicos de origen culinario recuperados en contenedores cerámicos del oeste de Tinogasta



LA MUERTE, LAS ENFERMEDADES Y LOS RITOS MORTUORIOS

.....
Claudia Aranda, Leandro Luna,
Julia De Stéfano y Norma Ratto

INTRODUCCIÓN

Diferentes incógnitas alrededor del concepto de la muerte nos han acompañado a lo largo de la historia de la humanidad y lo seguirán haciendo hasta el fin de nuestra especie. En el marco de la sociedad occidental actual se tiende al alejamiento de los restos mortales a través de entierros en cementerios o cremaciones, luego de una serie de prácticas mortuorias (velatorio, procesión e inhumación o cremación en cementerios). Este tipo de relación entre los vivos y los muertos, que nos resulta a simple vista tan obvia y universal, es solo un ejemplo dentro de las múltiples formas en que el ser humano actúa y ha actuado en su relación con los difuntos. La palabra “diversidad” es la que caracteriza a las actitudes que se llevaron a cabo desde el momento de la muerte de una persona dentro de diferentes sociedades humanas. Si reflexionamos por un momento en las formas de procesar la pérdida de seres queridos o de personajes importantes de una sociedad dada, nos encontramos con casos extremadamente variados sobre esas formas de proceder.

Sin duda, una de las sociedades más conocidas por la importancia que le otorgó a la muerte es la de los antiguos egipcios, quienes se destacaron por la construcción de tumbas monumentales, a tal punto que el faraón usualmente dedicaba toda su vida a su edificación. Este espacio sagrado era más importante que el propio palacio real ya que en él ocurriría el proceso extraordinario de su traslado a la vida eterna. A su vez, los egipcios realizaban un sistema de momificación artificial de los cuerpos a través de un proceso ritual muy complejo, lo cual resultaba fundamental para llegar con éxito al “Más Allá”. Las tumbas de la elite eran muy sofisticadas, con varias habitaciones profusamente decoradas con textos y dibujos grabados en las paredes que servían para enseñar al alma cómo llegar sana y salva a la otra vida; también se incluían urnas con comida y bebida destinadas a servir de sustento al muerto en esa travesía. En la Roma republicana, por el contrario, era muy usual la incineración de los cuerpos en una pira funeraria, luego de lo cual las cenizas eran incluidas en urnas y depositadas en mausoleos o en columbarios, según la disposición económica de cada fa-

milia. En ambos casos, los muertos dejaban de formar parte de la vida cotidiana, al igual que en el mundo occidental.

En contraste, en muchas sociedades americanas el difunto cumplió un rol de primera importancia dentro de la dinámica social del grupo al que perteneció en vida. Uno de los ejemplos más espectaculares es el de los rituales mortuorios Chinchorro, sociedad de cazadores-recolectores-pescadores que vivió en el sur de Perú y norte de Chile entre 9000 y 4000 años AP, aproximadamente. Se trata de los casos de momificación artificial más antiguos del mundo, en los cuales el cuerpo era desprovisto de la piel, de los tejidos musculares, de los órganos internos y de parte de los huesos. Luego era modelado en barro y cubierto con la misma piel, mientras que el interior solía ser rellenado con maderos y vegetales. La parafernalia incluía también la incorporación de una máscara, el modelado de los atributos sexuales y la aplicación de una peluca confeccionada con cabello humano. Estas momias, enterradas a escasa profundidad en el desierto, podían extraerse con facilidad para ser incluidas en las ceremonias que periódicamente realizaban esas sociedades. El objetivo era hacer perdurar el cuerpo para que formara parte activa de determinados rituales, de manera que los difuntos siguieron teniendo una relación íntima y duradera con la vida social de los chinchorros.

Durante el imperio incaico, se llevaron a cabo prácticas similares en todo el extenso territorio del Tawantinsuyu (del quechua *tawantin suyu*, que significa “las cuatro regiones o divisiones”). A lo largo del año, se celebraban numerosas festividades, la más importante de las cuales era el “Inti Raymi” o “Fiesta del Sol”, que se desarrollaba cada solsticio de invierno. En esa ceremonia religiosa, las momias de todos los reyes Incas eran exhibidas en la plaza principal de Cuzco y llevadas en procesión, ricamente adornadas. Con la llegada de los españoles, se reemplazó la exposición de las momias incas por la del Corpus Christi y otras imágenes religiosas, celebraciones católicas que a su vez se impregnaron de matices andinos y que permanecen hasta nuestros días.

En otros casos similares, se pueden observar actualmente rituales con una fuerte impronta nativa, en los cuales algunas comunidades se acercan a los cementerios en determinadas fechas para realizar ceremonias colectivas que han perdura-

do en el tiempo. Por ejemplo, en México se celebra todos los años el ritual del día de los muertos, en cuyo marco las almas de los parientes fallecidos regresan para convivir con los familiares vivos y para nutrirse de los alimentos que se les ofrece en los altares. Las familias se sientan alrededor de las tumbas adornadas con flores, velas, canastas, figuras de ángeles y otros elementos, y pasan el día conmemorando al difunto.

Es así como los muertos tuvieron y tienen un rol activo y fundamental en la dinámica diaria de las sociedades indígenas americanas, manteniendo vigente de diferentes formas la relación simbólica entre “vivos y muertos”. Esta diversidad cultural del papel de los muertos en el entramado social puede verse también a través de los estudios arqueológicos de sitios prehispánicos del NOA. Una práctica usual fue el entierro de cuerpos debajo del piso de ocupación de las viviendas, de manera que se mantenía una relación de intimidad muy marcada entre los difuntos y sus familiares. Además, en algunos casos se realizaba una inhumación ritual, generalmente de un niño de corta edad dentro de una urna, en los cimientos de la vivienda que estaba siendo construida, lo cual cumplía las funciones de hito fundacional. Otra práctica destacable es el sacrificio ritual en santuarios de altura incaicos (por ejemplo, las momias de Lullaillaco, en la provincia de Salta), denominado *Capacocha*, que buscaba mantener el orden cósmico en circunstancias difíciles, como la muerte del emperador o un desastre natural (ver capítulo 10).

Estos ejemplos se multiplican en todo el mundo y dan cuenta de la gran heterogeneidad en las formas de abordar el dilema de la muerte a lo largo de la historia de la humanidad. ¿Por qué es importante para la arqueología el estudio de la muerte? Se trata de un tema universal y sensible que involucra a todos los seres humanos y que está directamente asociado con la ideología de cada grupo social. Las diferentes concepciones de la muerte y su consecuente praxis a través del tiempo, dejan parte de su impronta materializada en diferentes contextos, que van desde tumbas monumentales hasta inhumaciones aisladas. Es por ello que los arqueólogos que se especializan en el estudio de las tumbas pueden obtener información importante para entender cómo eran las prácticas mortuorias en el pasado y contribuir a entender a las sociedades del presente. También analizan los restos humanos desde el punto de vista biológico, de manera de conocer a partir de ellos cómo vivieron esas personas, cómo utilizaron su cuerpo en su vida cotidiana, y qué enfermedades padecieron. La propuesta de este capítulo es explicar cuáles son las herramientas más importantes de la bioarqueología y mostrar qué se conoce actualmente sobre las sociedades tinogasteñas prehispánicas a través del estudio de las tumbas, los restos humanos y su acompañamiento cultural.

BIOLOGÍA HUMANA Y PRÁCTICAS MORTUORIAS

Las primeras excavaciones extensivas de estructuras mortuorias en la región de Fiambalá se remontan a la década de 1950. Estos hallazgos fueron llevados a cabo por clérigos que

no tenían ningún tipo de conocimiento previo sobre cómo realizar este tipo de trabajo de manera adecuada, motivo por el cual produjeron un deterioro muy importante de los contextos funerarios (ver capítulo 1). Solo quedaron algunas referencias generales sobre las características de los entierros (cantidad de tumbas, acompañamiento asociado, formas de depositación, etc.), sin incluirse ninguna información acerca del destino final de los cuerpos exhumados. Se sospecha que en ocasiones fueron re-enterrados en los cementerios locales, pero no en el espacio que se denomina “tierra santa” sino en lugares reservados para suicidas y niños no bautizados. De esta manera se daba una importancia casi exclusiva a los elementos culturales en sí mismos y generalmente no se documentaba de qué inhumación provenían.

Estas prácticas han sido completamente superadas por la arqueología moderna. Su accionar está enmarcado en la actualidad en distintos códigos deontológicos que establecen los criterios éticos y valores para el ejercicio de la disciplina, leyes nacionales y provinciales, y acuerdos internacionales que dirigen nuestras pautas de trabajo diario respecto de este sensible tema de estudio. En el marco del PACH-A, el análisis de los conjuntos mortuorios se lleva a cabo de forma multidisciplinar. Una de las líneas de investigación involucrada es la bioarqueología, disciplina que se sostiene sobre dos pilares principales: el estudio de los restos humanos y de su acompañamiento.

Los restos humanos analizados hasta el momento han sido recuperados en algunas ocasiones por pobladores locales, mientras que otros fueron excavados por integrantes del equipo de investigación siguiendo un protocolo de trabajo de campo que procuró minimizar el deterioro de los restos y recuperar la mayor cantidad de información posible. Estos entierros son muy importantes para comprender la historia regional de las poblaciones que la habitaron, ya que permiten identificar continuidades y diferencias en las prácticas mortuorias y sus formas de vida en tiempos prehispánicos, específicamente entre los años 1000 a.C. y 1500 d.C.

El estudio del cuerpo humano desde la arqueología

Actualmente existen procedimientos médicos y forenses que permiten establecer en muchos casos cuándo, cómo y por qué muere una persona. Estas disciplinas suelen contar con el apoyo de material histórico, documentación legal y testimonios orales que las ayudan a arribar a sus conclusiones. Por el contrario, en la mayoría de los casos arqueológicos no se dispone de ese valioso aporte. Sin embargo, el desarrollo y la consolidación de la bioarqueología moderna permiten profundizar en el estudio de los restos humanos del pasado y obtener una gran cantidad de información que ayuda a conocer acerca de la biología y del comportamiento de las poblaciones de las que formaron parte. Los bioarqueólogos cuentan con una serie de métodos detallados de estudio que les permiten “leer” la historia de cada individuo en el marco de su entorno físico y cultural, para descifrar cómo eran la demografía, el estado de salud/enfermedad, la dieta, la vida cotidiana, los procesos migratorios y las relaciones biológicas de las sociedades del pasado. Esto es

posible debido a que el cuerpo humano crece, se desarrolla y muere dentro de un contexto socio-ambiental que lo moldea y pauta, de manera que van quedando en cada individuo marcas que ayudan a reconstruir aspectos de la vida cotidiana, lo que incluye la capacidad del organismo de hacer frente a problemas relacionados con la nutrición, el desarrollo de enfermedades, las actividades diarias y los accidentes sufridos a lo largo de la vida (ver capítulo 2). Es importante subrayar que toda esta valiosa información no puede ser obtenida mediante otro tipo de estudios arqueológicos.

El cuerpo humano nos ofrece también la gran posibilidad de estudiar la historia, evolución y proliferación de las enfermedades en el pasado a través de la paleopatología, una subdisciplina de la bioarqueología (ver capítulo 2). Para ello se vale de múltiples herramientas científicas. En primer lugar, realiza estudios macroscópicos, los que permiten observar marcas en órganos, dientes y huesos a ojo desnudo o a través del uso de lupas de diferentes aumentos. En ocasiones, para realizar diagnósticos confiables, es necesario interactuar con especialistas de diferentes disciplinas (por ejemplo, médicos, biólogos, químicos, entre otros) e incorporar el uso de otros procedimientos y técnicas, tales como las radiografías, tomografías, microscopía, estudios químicos y de ADN. Estos procedimientos son fundamentales para identificar algunas infecciones agudas (como la peste bubónica; *Yersinia pestis*), que afectan a una población causando una gran mortandad, pero sin dejar rastros evidentes en los esqueletos. Por el contrario, las enfermedades que afectan al cuerpo lenta pero constantemente, van dejando indicadores en los diferentes tejidos del cuerpo. Por ejemplo, en los esqueletos analizados en la región de Fiambalá fue posible identificar lesiones en las articulaciones de varios individuos adultos que dan cuenta de deterioros óseos producidos por un uso intenso y recurrente del cuerpo en las actividades diarias. Esas marcas son lo que actualmente se conoce en el lenguaje coloquial como “artrosis”. Se trata de un proceso degenerativo normal que progresa con la edad y que se acelera en determinados sectores del esqueleto dependiendo del uso del cuerpo que se realiza diariamente. En estos casos, la distribución e intensidad de las lesiones en el esqueleto podrían estar dando cuenta de un uso muy demandante, probablemente relacionado con las tareas cotidianas requeridas para llevar a cabo las prácticas agrícolas y de molienda.

Uno de los hallazgos más interesantes identificados en la región de Fiambalá tiene que ver con la presencia de marcas que darían cuenta de la existencia de situaciones de anemia en varios de los esqueletos analizados, tanto de niños como de adultos. La amplia cronología de los individuos que presentan esas lesiones indica que las enfermedades que las produjeron se mantuvieron activas a lo largo del tiempo, por razones que aún desconocemos, pero continuamos indagando. Lo raro es que fueron registradas tanto en inhumaciones de momentos de la transición de sociedades cazadores-recolectores a productivas (ca. 1000 años a.C.) como en otras que dan cuenta de modos de vida agro-pastoriles plenos al momento de la conquista incaica (ca. siglos XIV de la era cristiana). La anemia es un síndrome que se caracteriza por la disminución anormal del número o tamaño de los glóbulos rojos que con-

tiene la sangre o de su nivel de hemoglobina, lo cual puede producir lesiones que se manifiestan en forma de porosidades en el cráneo y en los fémures. Si bien todavía resta hacer estudios desde otras líneas de trabajo para poder comprender completamente cuáles fueron las causas de estos problemas metabólicos, entre los motivos más probables se encuentran la alta ingesta de maíz, la existencia de enfermedades gastrointestinales prolongadas o el bajo consumo de carne. Generalmente se propone que el paso hacia la vida sedentaria, característica de las sociedades agrícolas, trajo consigo cambios profundos tanto en las prácticas culinarias como en la organización social. Por un lado, esas poblaciones tendieron a especializarse en la producción y consumo de maíz, lo cual inhibe la correcta absorción del hierro en el cuerpo, y ante la disminución de la cantidad de productos animales en la dieta, por distintas razones, se afectó negativamente la ingesta de nutrientes necesarios para mantener una vida saludable. Por otro, se fueron generando poblados hacinados, lo que promovió el aumento de los niveles de contaminación y estableció un ambiente propicio para la proliferación de parásitos que afectaron la adecuada digestión de los alimentos. Estos factores en conjunto pueden haber favorecido la proliferación de estas enfermedades y contribuido a la formación de las lesiones identificadas en los esqueletos.

Por otro lado, se encuentra en curso un estudio que busca indagar la presencia de patologías infecciosas en los individuos analizados. El hacinamiento y las malas condiciones de higiene antes mencionados aumentan las posibilidades de contagio de enfermedades de este tipo, ya que al aumentar el número de personas viviendo en forma permanente en un mismo lugar, se amplían las probabilidades de transmisión; a pesar de ello, son muy escasos los ejemplos de esqueletos humanos con lesiones que puedan dar cuenta de estas patologías en nuestro país. En el pueblo de Saujil se ha recuperado un esqueleto de un hombre de entre 20 y 27 años, quien murió alrededor del año 1000 d.C., de acuerdo con el fechado radiométrico con el que contamos (ver capítulo 2). Presenta una serie de lesiones en las costillas y en las vértebras que serían indicativas de algún tipo de infección respiratoria, posiblemente tuberculosis. Esta enfermedad es causada por la bacteria *Mycobacterium tuberculosis*, la cual afecta principalmente el aparato respiratorio y puede también producir alteraciones en los huesos cuando su estado es crónico. La alta densidad demográfica y circunscripción de los poblados agrícolas es un factor que contribuye a su proliferación, ya que este mal se contagia principalmente a través de la acción de estornudar, de manera que su frecuencia está asociada al contacto estrecho entre personas. Si bien en este caso la hipótesis de que este individuo haya sido contagiado de tuberculosis es sostenida por las evidencias óseas identificadas, es necesario contar con otro tipo de información para poder corroborarla. Por este motivo, se han enviado muestras a laboratorios especializados del exterior que se encuentran realizando análisis químicos y de ADN con el objetivo de intentar identificar la cepa específica de la especie que habría infectado a esta persona y la forma en que ingresó al organismo. En el caso de obtener resultados positivos, se trataría de uno de los esqueletos más antiguos con este tipo de enfermedades registrados en nuestro país.

Otra gran fuente de información es ofrecida por los dientes, dado que tanto la dentición decidua o “dientes de leche” como la permanente crecen completamente antes de que el cuerpo llegue a su madurez. Por lo tanto, ofrecen datos importantes acerca de situaciones de enfermedad que pudieron sufrir las personas mientras crecían, generalmente asociados a deficiencias o cambios nutricionales y enfermedades infecciosas. En nuestro caso, varios individuos, adultos y niños, tienen esas marcas, llamadas hipoplasias de esmalte, en las coronas de los dientes; es interesante que algunos de ellos presenten estos indicadores junto con las lesiones por anemia arriba mencionadas, lo cual estaría indicando situaciones de fuerte estrés corporal y problemas metabólicos en diferentes momentos de la vida.

Luego de la erupción, los dientes comienzan a deteriorarse con mayor o menor rapidez, dependiendo de la higiene bucal, el tipo de alimentos consumidos y el uso de la boca con fines extramasticatorios (por ejemplo, para sobar cueros y para apretar o sostener ciertos elementos como clavos, hilos o cuerdas en el marco de las actividades cotidianas). Esos factores alteran la estructura dental y contribuyen al deterioro de la salud bucal. Algunos de estos indicadores, por ejemplo, las frecuencias de caries, son usualmente estudiados para identificar patrones en el tipo de alimentos consumidos. Estos indicadores aparecen solo en algunos individuos de la muestra que hemos analizado, lo cual sugiere diferencias en el consumo de alimentos entre hombres y mujeres a lo largo del tiempo. De todas formas, esta información debe ser complementada con estudios de otros indicadores de salud bucal, como el sarro (o tártaro dental), las alteraciones óseas que se producen por infecciones en el hueso que sostiene los dientes (conocidas como enfermedad periodontal y lesiones periapicales) y las pérdidas de dientes en vida, análisis que se están realizando en las muestras procedentes de la región de Fiambalá.

Para finalizar, es indispensable tener en cuenta que diferentes enfermedades pueden dejar marcas similares en los tejidos afectados, de manera que para alcanzar conclusiones satisfactorias es necesario contar con información que permita ir eliminando hipótesis alternativas, hasta identificar la más plausible. En nuestro caso de estudio, dado el estado inicial de las investigaciones, solo es posible proponer explicaciones tentativas hasta reunir un conjunto más sólido y completo de resultados sobre cada uno de los temas mencionados.

El abordaje de las prácticas mortuorias

La bioarqueología también se preocupa por entender cuáles fueron las prácticas mortuorias que llevaron a cabo los diferentes grupos humanos, de manera de ayudar a comprender cómo se relacionaban con la muerte. Estas actitudes están culturalmente pautadas, de manera que el registro material puede ayudar al investigador a reconstruir parte de las actitudes sociales que se ponían en acción durante ese proceso. El estudio de esos comportamientos nos permite conocer sobre temas tan diversos como el tiempo invertido por los deudos en las ceremonias mortuorias, la magnitud de las diferencias de estatus social, la importancia de la muerte en el mundo simbólico de los vivos, aspectos de la cosmovisión o formas

de interpretar el mundo, entre otros. La disciplina se interesa por identificar las actitudes sociales que se pusieron en funcionamiento durante el proceso ritual de tratamiento del cuerpo, entendiendo por ritual todos los preparativos y procedimientos que los vivos realizan a la muerte de una persona. Para ello analiza, entre otras cosas, las formas de entierro (que puede ser inhumado directamente en el sedimento mediante la generación de un pozo, dentro de urnas, en estructuras de piedra construidas específicamente para esos fines, entre otras), la ubicación de las tumbas entre sí y en relación con otras estructuras, como por ejemplo las viviendas, y las características de los distintos tipos de entierros y su ajuar. Generalmente, el cuerpo es ubicado en la tumba poco tiempo después de la muerte del individuo, de manera que al excavarlo se observa que todos sus huesos aparecen articulados (lo que se denomina “entierro primario”), aunque los deudos pueden hacerlo en diferentes posiciones, por ejemplo, extendido o flexionado (lo que comúnmente es mencionado como “en posición fetal”) y decúbito dorsal (“boca arriba”), ventral (“boca abajo”), lateral (“de costado”) o sedente (“sentado”).

En nuestra región de estudio los adultos fueron depositados mayoritariamente directamente en la tierra y solo en algunos casos se los inhumó dentro de tumbas circulares de piedra, situación que contrasta con la de los niños, los cuales fueron inhumados dentro de urnas o vasijas. Es especialmente destacable una inhumación cuyo tiempo de muerte nos remite al año 1000 a.C. aproximadamente. Fue rescatada en la periferia del poblado de Las Papas y corresponde a un hombre adulto, incluido en una impactante cámara rectangular revestida con lajas seleccionadas de gran tamaño, la cual no tiene antecedentes de ningún tipo en la región. En este caso un aspecto interesante de las prácticas mortuorias es que el cráneo estaba levantado y sostenido por una roca canteada profundamente enterrada en el sedimento, lo cual llama la atención porque se identificó esa misma posición de la cabeza en otro cuerpo de un hombre adulto que vivió mucho tiempo después, en el siglo XIV de la era cristiana. Esta persona fue inhumada en otro lugar del mismo poblado dentro de una cámara circular en roca, con la cabeza levantada y sostenida con una “pala de tejedor” confeccionada en madera de algarrobo. A pesar de estas similitudes, ambos entierros difieren en los restos que los acompañaban, ya que mientras que el primero no presentaba ningún elemento cultural aparte de la roca canteada mencionada (Figura 9.1), el segundo estaba asociado a una gran cantidad de objetos (cinco vasijas cerámicas decoradas, una aguja en espina de algarrobo, un artefacto óseo grabado con punta roma, posiblemente relacionado con la actividad textil, una manopla de bronce, varios fragmentos de textiles, un cuchillo manufacturado en roca volcánica y fragmentos de las palas de tejedor mencionadas) (Figura 9.2). Independientemente del tiempo transcurrido entre una u otra inhumación, podemos afirmar que ciertas prácticas mortuorias se mantuvieron en el tiempo en la zona de Las Papas (levantamiento intencional de la cabeza y cámaras funerarias en rocas), pero cambiaron los acompañamientos de los difuntos, por lo cual no estamos en condiciones de afirmar que la mayor riqueza de objetos esté indicando una posición o estatus diferencial del individuo en su sociedad (ver más adelante).

Otro tipo de prácticas mortuorias más complicadas implica el entierro provisorio de los cuerpos durante un tiempo variable pero relativamente corto, con el objetivo de que se produzca la descomposición natural de los tejidos blandos (piel, músculos, tendones y cartílagos). Posteriormente, los restos son desenterrados y reubicados en otro lugar, en ocasiones realizándose complejos rituales que involucran procesos como el descarnado, pintado de los huesos y en ocasiones la realización de paquetes funerarios que servían para el traslado de los restos. Estas inhumaciones, denominadas secundarias, contienen huesos y dientes mezclados, y en ocasiones fragmentados o cremados, de uno o varios individuos. Estas prácticas mortuorias fueron usuales en el pasado prehispánico, lo que denota una vez más la íntima relación que las personas tenían con sus antepasados, a los que solían incorporar tanto material como simbólicamente en la vida diaria. De esa manera, es posible acceder a la esfera de las actitudes, procedimientos y cosmovisiones de los deudos y también conocer sobre los diferentes tipos de tratamientos mortuorios según el sexo, la edad y el estatus social de cada individuo.

En general los entierros en urna recuperados en los valles catamarqueños de Fiambalá, Belén y Andalgalá contienen restos de niños ubicados en posición primaria, con excepción del último donde esta modalidad de entierro fue registrada tanto en niños como adultos. Sin embargo, recientemente hemos rescatado un adulto enterrado dentro de una urna en el poblado Los Nacimientos, valle de Hualfín, Depto. Belén. Esta inhumación es especialmente importante ya que presenta evidencias de desarticulación intencional de los miembros superiores a la altura de los hombros para lograr ingresar el cuerpo a la urna en su totalidad. Pudo saberse que esto ocurrió poco después de la muerte del individuo, ya que gran parte del resto del esqueleto estaba articulado, o sea, que los tejidos blandos aún cumplían su función de sostenedores articulares en ese momento (Figura 9.3). Otro entierro sorprendente que da cuenta de la manipulación de los restos mortales por parte de estas sociedades, fue identificado en el poblado de Medanit; esta inhumación estaba compuesta solo por cráneos y mandíbulas de varios individuos adultos, agrupados en una misma posición y mirando hacia el oriente, la salida del sol (Figura 9.4). En este caso, los deudos se preocuparon por separar las cabezas de esos difuntos y transportarlas a un lugar específico, la cima de una lomada, para su depositación en conjunto y sin incluir otros huesos del esqueleto, proceso que con seguridad estuvo imbuido de profundas connotaciones simbólicas y de un significado ritual complejo. Se trata de un tipo de práctica mortuoria que no tiene antecedentes en la región y que ha sido poco documentada para las sociedades andinas. Algunas situaciones similares han sido interpretadas como ejemplos de ritos ancestrales. Casos como éstos permiten vislumbrar que los cadáveres eran en ocasiones manipulados por los deudos en el marco del ritual mortuorio, lo cual da cuenta de la existencia de una estrecha relación entre vivos y muertos y del mantenimiento del protagonismo de estos últimos dentro del entramado social, en oposición a las aproximaciones occidentales descriptas al inicio de este capítulo.

También se observan contrastes en la cantidad y tipo de elementos culturales que aparecen junto a los esqueletos,

lo cual puede dar cuenta de diferencias en la posición social que los individuos detentaban dentro de la sociedad en que vivieron, pero para afirmar y tener certeza necesitamos contar con información que marque similitudes y contrastes dentro de muchas tumbas excavadas en un cementerio. Desgraciadamente, por la historia de las investigaciones en nuestra región, esos lugares fueron excavados por clérigos y no contamos con información contextualizada (ver más atrás y capítulo 1).

En general, en nuestra región, los cuerpos fueron enterrados sin ajuar o éste fue muy escaso, independientemente del sexo y edad de los difuntos. Sin embargo, contamos con algunos casos puntuales que son llamativos por el abundante acompañamiento que presentaban. Por ejemplo, ya hemos mencionado el entierro en cámara circular (cista) de Las Papas y la variada cantidad de objetos que lo acompañaban (Figura 9.2), que remite al siglo XIV de la era cristiana. En sintonía, para la misma época, contamos con una inhumación que proviene del área del río La Troya. En este caso se trata de un niño de entre 1 y 2 años, enterrado dentro de una urna con tapa, ambas decoradas, con acompañamiento de otras piezas cerámicas que contenían gran cantidad de macrorrestos de vegetales (maíz, zapallo), restos de cestería y un collar de valvas (Figura 9.5). Ambas inhumaciones son similares entre sí por el profuso ajuar y el momento del desarrollo cultural regional al que remiten (Período Tardío o de Desarrollos Regionales, ver capítulo 1), de lo que puede inferirse, con los riesgos antes mencionados, que pueden dar cuenta de posiciones destacadas de esas personas y de la existencia de relaciones sociales desiguales, en virtud de las cuales solo los integrantes de ciertos grupos tenían acceso a determinados bienes o detentaban rangos jerárquicos logrados por sus habilidades especiales desarrolladas a lo largo de su vida (guía espiritual, guerrero exitoso, entre otros). De todas formas, la asociación de un profuso ajuar con un niño de corta edad es indicativa de un estatus especial, denominado “adscripto”, que es otorgado independientemente de sus características y habilidades, es decir, heredado, como por ejemplo por el hecho de haber nacido en una familia prestigiosa.

RECAPITULANDO

La bioarqueología es una línea de investigación muy fructífera. Los aspectos descriptos sobre la biología y las prácticas mortuorias de los antiguos pobladores de la región de Fiambalá están siendo estudiados en forma sistemática, de manera que por el momento no es posible obtener conclusiones definitivas. Sin embargo, el estado actual de las investigaciones aporta datos importantes para comprender la diversidad de las formas de vida y de las actitudes ante la muerte de las sociedades prehispánicas de Fiambalá. Los individuos exhumados están en custodia temporal en el Laboratorio de Bioarqueología del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, cuyas instalaciones guardan las condiciones adecuadas para su estudio y guarda siguiendo todos los principios de la ética profesional de la disciplina.



Figura 9.1.

Figura 9.1.
Entierro de Las Papas (LP-III) en cámara rectangular en roca y cabeza levantada y sostenida por una roca canteada enterrada (ca. 1000 años a.C.)



Figura 9.2.

Figura 9.2.
Objetos de cerámica, metal, óseo, madera y lítico que acompañaban el entierro de Las Papas (LP-II) en cámara circular y sostenida por la "pala de tejedor" (fila del medio, derecha) y remite al siglo XIV d.C.

Figura 9.3.
Entierro secundario de mujer adulta en urna en Los Nacimientos, valle de Hualfín, Departamento Belén, Catamarca

Figura 9.4.
Entierro secundario múltiple en Medanitos de la jurisdicción de Fiambalá, que remite al siglo XIV d. C. Ubicado en la cima de una lomada (actual lugar de emplazamiento del Cristo).

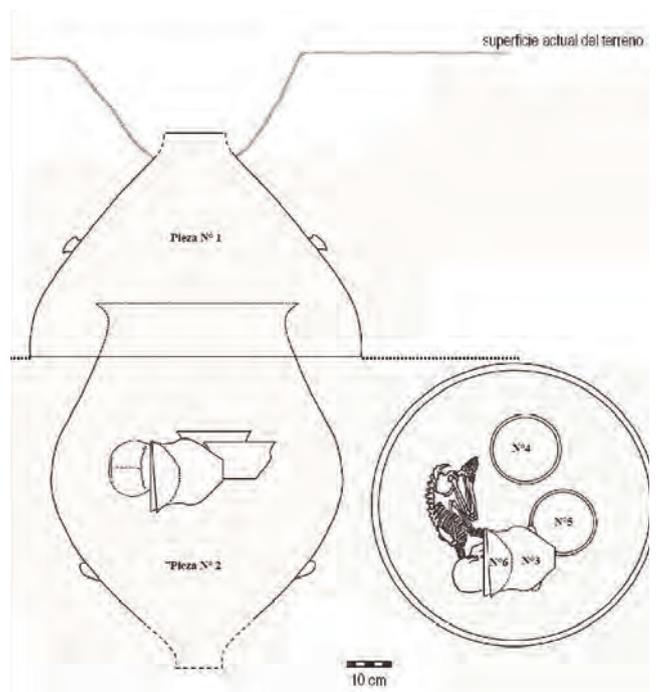


Figura 9.3.



Figura 9.4.

Figura 9.5.
Objetos de cerámica, cestería y valvas que acompañaban al entierro en urna del Bebé de La Troya, el que remite al siglo XIV d.C.



OTRAS LÓGICAS: LOS PAISAJES VIVOS

Norma Ratto y Martín Orgaz

Para Usted que está leyendo este libro, si fue educado dentro de los conceptos, valores, visiones de la sociedad occidental, el concepto que tenga de “ambiente” probablemente esté relacionado con los aspectos “externos”, propios de lo que genéricamente denominamos “naturaleza”, tal como los factores físicos, biológicos y abióticos del “mundo natural”. En este esquema Usted seguramente pensará en los bosques nativos, las cordilleras, los glaciares, los ríos, la fauna, la flora, entre otros, como aspectos escindidos de su vida socio-cultural. Sin embargo, aún para la cultura occidental, en la que los autores de este capítulo también fuimos formados, pero no necesariamente educados por nuestras orientaciones profesionales, el concepto de ambiente es mucho más complejo, porque no solo abarca a los factores físicos, biológicos y abióticos sino también a los sociales y culturales, dado que todos interactúan entre sí dentro de un espacio geográfico determinado. De esta manera, aún para el mundo occidental, el concepto de ambiente incluye a los humanos, pero de todas formas sigue escindiendo, dividiendo, el “mundo de la naturaleza” del “mundo humano”.

De igual manera, si nosotros le preguntamos a Usted qué es el “paisaje”, seguramente su mente lo remitirá a alguna imagen que contenga una combinación de montañas, lagos y bosques o una estepa amplia y desértica o un mar furioso chocando contra las rocas de un acantilado, distintas imágenes que seguramente capturó en su retina y permanecen en su memoria a raíz de haber tenido la oportunidad de transitar por esos lugares. Pero, seguramente los concibe como algo estático, externos a Usted, es decir no-humano, dado que, por nuestra cultura, con “lógica occidental”, ha internalizado la división entre lo natural y lo cultural.

Los orígenes de la división “cultura-naturaleza” se remontan a la cosmogonía de la tradición judeocristiana generalizada en la época de los descubrimientos y la colonización (siglos XV al XIX). El descubrimiento y la conquista de nuevas tierras se vieron favorecidos por la justificación ideológica de un mundo social que debe imponerse sobre un mundo natural que incluye a los pueblos colonizados. Por lo tanto, las razones de la separación entre naturaleza y sociedad están ligadas con los procesos de dominación de algunos humanos sobre el medio biofísico y sobre otros

humanos. De esta manera, la separación, fragmentación y cuantificación de lo natural se inician principalmente con el desarrollo científico del siglo XVII.

A partir del racionalismo que nace en el siglo XVII con Descartes, a quien se le atribuye la conocida frase “pienso... luego existo”, la Modernidad se ha desarrollado en una atmósfera de confianza en la razón del ser humano. Por lo que se propende al rechazo de lo trascendente y sobrenatural, y se impone el antropocentrismo, el ser humano como centro de todas las cosas y el fin absoluto de la creación, el desarrollo técnico y la idea de progreso. Es a partir de la Modernidad cuando se acentúan y profundizan los dualismos conceptuales, apostando por uno u otro de sus extremos y obviando toda mediación e hibridación. Las dicotomías separan: cosas y personas, lo material e inmaterial, lo objetivo y lo subjetivo, la naturaleza y la cultura, la sociedad y el individuo, lo público y lo privado, lo tradicional y lo moderno, lo global y lo local, lo culto y lo popular, las ideas y las emociones, la conducta y el pensamiento, el alma y el cuerpo o lo sagrado y lo profano.

Este capítulo tiene como objetivo incursionar en conceptos y en visiones del mundo diferentes, es decir, transmitirle que existen “otras lógicas”, además de la occidental imperante en nuestra cultura, las cuales no escinden, dividen, separan la cultura de la naturaleza como sí lo hace la lógica occidental. Estas “lógicas integradoras” están presentes hoy en muchas comunidades y pueblos originarios de nuestro país, los que habitan en lugares que posiblemente Usted visitó en sus vacaciones, pero que por distintas razones no llegó a captar e incorporar en sus distintas dimensiones (física, social y simbólica). Además, esas visiones del mundo donde lo humano y lo no-humano están integrados y articulados, están insertas en esas comunidades porque tienen historia, tienen raíces en la memoria de un pasado cuyos valores se transmiten de generación en generación a través de la oralidad. Particularmente, esas “otras lógicas” son propias de pueblos con fuertes raíces que se remontan a tiempos anteriores a la conquista española, ya que muchas de sus costumbres, creencias, valores y visiones del mundo se sumergen en la historia del tiempo. En resumen, nuestro objetivo es lograr

que quien lea este capítulo aprehenda, internalice, lo que queremos transmitir: la diversidad cultural expresada en esas “otras lógicas”, como así también en el pasado recuperado a través de los objetos, arqueología, y su relación con las comunidades actuales y su memoria activa.

DIVERSIDAD DE NATURALEZAS Y DE CULTURAS: “OTRAS LÓGICAS”

El antropólogo francés Philippe Descola en un pequeño libro titulado “*Diversité des Natures, Diversité des Cultures*”, editado en el año 2013, inició una de sus conferencias diciendo “A simple vista, pareciera que distinguir lo que concierne a la Naturaleza y lo que concierne a la Cultura no presenta ningún problema. Es natural lo que sucede independientemente de la acción humana, lo que existía antes del hombre y que continuaría existiendo después de él: los océanos, las montañas, la atmósfera, los bosques. Es cultural lo que es producido mediante la acción del hombre, sean objetos, ideas o incluso algunas cosas que están a mitad de camino entre los objetos y las ideas a las que llamamos instituciones: la lengua, la constitución francesa o el sistema educativo, por ejemplo. Si me paseo por el campo y atravieso un bosque, estoy en la naturaleza. Si escucho un avión pasar sobre mi cabeza, o un tractor en las proximidades, son objetos fabricados y empleados por el hombre por lo que revelan cultura” (p. 5). Esta dualidad es reproducida por la escuela entre otras instituciones, y marca la diferencia entre los humanos y los no-humanos: los humanos son sujetos que poseen derechos solo por su calidad de hombres/mujeres; mientras que los no-humanos son objetos naturales o artificiales que no tienen derechos en sí mismos. De esta manera, relativamente sencilla, se nos inculca la distinción entre la naturaleza y la cultura. Sin embargo, esa diferenciación no es ni tan mecánica ni tan universal, dado que muchas sociedades tienen otros hábitos de vida y modos de pensar; comprenderlos e intentar explicarlos son temas de las ciencias sociales. Daremos algunos ejemplos para intentar que se comprendan esas “otras lógicas”. A continuación, presentamos los aportes realizados por antropólogos y arqueólogos para que se pueda internalizar el alcance de lo planteado.

La humanidad de la cultura y la naturaleza

Un primer ejemplo proviene del antropólogo Philippe Descola quien realizó trabajos de campo con pueblos de la Amazonia, como los Achuar (jíbaros). Este pueblo programa las actividades que realizarán a lo largo del día, planeándolas antes del alba, y sus decisiones se basan en lo soñado durante la noche, pero interpretan esos sueños en forma invertida. Así, por ejemplo, haber soñado que se había pescado un buen pez, era señal de que se debía salir a cazar. En esos sueños los personajes eran animales, pero se presentaban con apariencia humana, por lo que cuando Descola le preguntaba a los Achuar sobre ese aspecto, ellos le respondían muy extrañados que “(...) la mayoría de los

animales y las plantas eran personas iguales a nosotros, en los sueños podemos verlos sin su vestimenta animal o vegetal, es decir como humanos” (p. 18). Para los Achuar todos los seres de la naturaleza poseen un alma análoga a la de los seres humanos, lo cual les permite pensar, razonar, expresar sentimientos, comunicarse como lo hace la gente, y sobre todo que los lleva a verse a sí mismos como humanos a pesar de sus vestimentas de vegetal o animal. Para ellos, las plantas o los animales, en su gran mayoría son personas, ya que consideran que su humanidad es moral y se basa en la idea que tienen de ellos mismos.

Hoy, a lo largo de toda la región andina e incluido nuestro NOA, los elementos de la naturaleza como manantiales, lagunas, afloramientos rocosos y especialmente las montañas constituyeron y constituyen ejes a partir de los cuales se elaboraron y elaboran complejas narrativas y ceremonias propiciatorias en donde la memoria es el principal componente articulador para asegurar la reproducción social de las comunidades. Particularmente, volcanes y cerros ocuparon lugares destacados en la religión andina y en la concepción que esas comunidades tuvieron del mundo y sus orígenes (cosmogonía), por lo que fueron venerados por las poblaciones que habitaban esas tierras antes de la conquista española, pero esas creencias, aunque re-significadas, están presentes en las comunidades actuales por haber sido transmitidas en forma oral de generación a generación (ver más adelante). Los cerros y montañas son sagrados, al igual que los espíritus que habitan en ellas (*Apus*), por lo cual son concebidos como seres vivos, no son objetos o accidentes geográficos. Estas creencias tienen fuertes raíces que se remontan a los primeros pueblos que habitaron estas tierras, muchísimo tiempo antes de la conquista española.

A través de las fuentes históricas del siglo XVI se conoce que los volcanes y los cerros ocuparon un lugar destacado dentro de la cosmogonía y la religión andina, ya que fueron objeto de veneración en tiempos del Inca mediante la realización de ceremonias, la *Capacocha*, donde se entregaban ofrendas de distinta naturaleza con fines religiosos y políticos. En esas celebraciones llegaban a la capital del imperio, el Cusco (Perú), delegaciones de todos los territorios anexados con ofrendas tales como coca, oro, plata, *cumbi* (tejido fino de vicuña, ver capítulo 11), figurinas antropomorfas y zoomorfas, llamas, y también niños, varones y mujeres, escogidos especialmente. Una vez que arribaban a la plaza central del Cusco, los escogidos para las ofrendas tenían que rodear las deidades incaicas en presencia del Inca. En ese instante todas las ofrendas adquirían un aura sagrada, posterior a este acto el Inca las mandaba a repartir entre los sacerdotes con orden de ofrendarlas a cada una de las *huacas* locales (santuarios, ídolos, templos, tumbas, momias, lugares sagrados, animales, antepasados, astros de los cuales cada linaje consideraba que descendía, entre otros). Puede decirse que las *huacas* son los referentes míticos que le otorgaban a cada grupo social un profundo sentido de pertenencia territorial e identitaria. Después de los actos solemnes en el Cusco, las delegaciones regresaban a sus provincias llevando sus objetos de culto y las ofrendas. De esta forma difundían la *Capacocha* por todo el territorio

que conformaba el imperio incaico (desde el Ecuador hasta el sur de Mendoza, Argentina). Estas ceremonias tenían una dimensión política que era mantener la unidad del pueblo, ya que entre las oraciones públicas que realizaban los sacerdotes en el Cusco pedían a sus deidades por el bienestar del Inca y sus súbditos, es decir por el éxito militar, por la salud y larga vida del Inca, por la fertilidad del ganado y de los campos de cultivo, como así también la prosperidad de los pueblos bajo su dominio. De esta forma se trataba de mantener el equilibrio político y social del imperio, donde el bienestar del Inca, representación o personificación del Estado, era vital para lograr el equilibrio y la armonía. Este relato ofrecido por las fuentes históricas del siglo XVI es sustentado a través de los estudios arqueológicos. Al respecto, es la arqueología la que aporta al conocimiento de esas profundas raíces que de una u otra manera quedaron grabadas en la memoria social, la que se reprodujo y resignificó de generación en generación, dentro de diferentes contextos socio-históricos del pasado, pero que en algunos casos está viva y activa en muchas comunidades, tal como veremos más adelante.

Quizás la actual jurisdicción del Municipio de Fiambalá es el mejor ejemplo para dar cuenta de la sacralidad de algunos espacios, especialmente aquellos donde se encuentran los volcanes y las montañas más altas de América, conocidos como “Los Seismiles”. Específicamente en el volcán Incahuasi y zonas aledañas, la sacralidad de los espacios no estuvo marcada por la monumentalidad de la arquitectura pública religiosa, tal como en otros casos del área andina, sino por algunos rasgos significativos de su geografía como son los volcanes.

En el marco de nuestras investigaciones realizamos excavaciones en el sitio Fiambalá-1 emplazado en cota de 5000 msnm, en plena cordillera de Los Andes, al pie del portezuelo de ascenso a la cumbre del volcán Incahuasi (6638 msnm) (Figura 10.1 A y B). En su cima, en el año 1991, un grupo de andinistas catamarqueños, dirigidos por Víctor Bulacio, recuperaron una estatuilla de oro y plata con atuendos (tocado de plumas, textiles, un *tupu* y faja) y una bolsa de fibras vegetales que contenía hojas de coca (Figura 10.1 C). Puede decirse que los andinistas encontraron lo que llamamos un santuario de altura de época incaica, pero que está relacionado con el sitio Fiambalá-1, de residencia temporaria, y que en conjunto este espacio andino adquiere dimensiones simbólicas particulares.

El análisis de los materiales recuperados en el sitio Fiambalá-1, conjuntamente con los fechados radiométricos y estudios geoarqueológicos (ver capítulo 2), dieron cuenta de que su ocupación fue multi-componente, lo que significa que fue ocupado en distintos momentos de la historia regional, específicamente, por las sociedades del primer milenio de la era cristiana y la incaica, lo que se produjo entre los años 500-700 y 1400-1550 d. C., respectivamente.

En cuanto a la materialidad recuperada, cada componente tuvo sus propias particularidades. Por un lado, el primero, que remite a las sociedades del primer milenio, definió un evento de consumo puntual y discreto asociado a un fogón donde se recuperaron: restos óseos que dan cuenta de

la extracción de médula de las falanges de una vicuña para consumo; frutos quemados de chañar que tienen alto valor calórico, y una roca con pigmento rojo adherido cuyo análisis determinó que se trataba de hematita (Figura 10.1 D). Por su parte, las fechas radiométricas que definen el segundo componente remiten a la ocupación incaica del sitio Fiambalá-1. A través de su excavación se recuperaron grandes paneles de techo colapsado, confeccionado con gramíneas unidas por cordeles, también de vegetales, y soportados por troncos de algarrobo a modo de vigas de sostén, y un artefacto de madera (jarilla) interpretado como un “bastón de caminante” (Figura 10.1 D).

En función del lugar elegido para la edificación del sitio Fiambalá-1, las altas cumbres andinas, y por el escaso, pero sugestivo, registro arqueológico recuperado, se interpretó que fue un espacio destinado a la realización de actividades ceremoniales vinculadas al culto a los volcanes, tanto por las sociedades del primer milenio como por la incaica. Este aspecto no es menor, dado que por un lado es el primer sitio que da cuenta de la existencia de sitios ceremoniales pre-incaicos emplazados en las altas cumbres andinas, y por otro, que los incas se apropiaron de estos espacios sin realizar modificaciones de su arquitectura, edificada en tiempos previos, e incorporaron rasgos culturales estatales a estos paisajes locales como es el caso del santuario de altura en el volcán Incahuasi. De esta manera, queda de manifiesto la alta significación simbólica de los espacios apropiados e incorporados a la cosmogonía del incario, donde los volcanes como entidades vivas tuvieron un gran protagonismo.

Usted tiene todo el derecho a pensar que estos escenarios sociales, políticos y religiosos quedaron sumergidos en el pasado y en la maraña del tiempo previa a la conquista española, pero no es así. Los cerros sagrados constituyen, desde épocas prehispánicas hasta la actualidad, la base de las cosmologías y las mitologías de pueblos que hoy habitan el área andina. Por ejemplo, las comunidades Kallawayas bolivianas emplazan sus viviendas sobre la ladera de la montaña sagrada de Kaata, a la cual conceptualizan como un cuerpo humano, donde la cabeza, el corazón y las piernas están representadas por la cumbre, el sector medio y el piedemonte de la montaña, respectivamente. Otro ejemplo, a pesar de los cambios culturales, son las peregrinaciones anuales que la comunidad socoromeña (Arica, Chile) realiza a los cerros sagrados para dejar ofrendas y propiciar la fertilidad de las cosechas y llamar a la lluvia (Figura 10.2). Las comunidades del NOA también continúan realizando rituales en los cerros, pero en gran parte han quedado obliterados y resignificados por el impacto turístico no-local en las Fiestas del Carnaval y otras fechas del calendario andino.

Los sentidos y las culturas

Otro punto interesante para ejemplificar la vigencia de “otras lógicas”, es conocer cómo diferentes culturas valoran a los sentidos (vista, oído, olfato, gusto y tacto). Al respecto, la antropología de los sentidos plantea que la percepción del mundo que nos rodea, a través de los cinco sentidos, es el resultado de una educación culturalmente codificada y de una

experiencia personal única. Las sensaciones son experiencias que uno tiene desde la vida intrauterina, y con el correr de los años nuestros sentidos se van forjando y educando en la familia, la escuela y en grupos sociales diversos. De esa forma, aprendemos a compartir con nuestros pares los mismos códigos y referencias. El antropólogo David Le Breton en su libro “El sabor del Mundo. Una antropología de los sentidos” afirma que “frente a la infinidad de sensaciones posibles en cada momento, una sociedad define maneras particulares para establecer selecciones planteando entre ella y el mundo el tamizado de los significados de los valores, procurando de cada uno de ellos las orientaciones para existir en el mundo y comunicarse con el entorno” (p. 13).

La vista, la sonoridad, los olores, las texturas y el gusto generan significados a través de metáforas sensoriales, las que expresan de manera activa y diferencial la percepción que se realiza del ambiente, de acuerdo a cada cultura y contexto histórico. De esta manera, la percepción no es la realidad, sino la manera de sentir la realidad y las sensaciones, por ejemplo, un color rojo, un mal olor, conllevan un valor simbólico diferente de acuerdo a los distintos momentos históricos. Por ello, los sentidos no pueden ser considerados de naturaleza puramente biológica ya que no solo permiten captar los fenómenos que nos circundan, sino que también son un vehículo de transmisión de ideas culturales. Esta perspectiva posibilita que rasgos del ambiente (la altura de montañas, el color de las aguas de los ríos, la forma de los afloramientos rocosos, entre otros) sean portadores de las experiencias cotidianas de las personas y colectivos sociales que los perciben a través de los sentidos, los distinguen socialmente y les aportan valores simbólicos imbuidos de significados que se remiten al propio sistema de referencia cultural. Este aspecto es muy importante para comprender las diferencias entre el modelo sensorial occidental, nuestra cultura, y los modelos de otras culturas. Por ejemplo, nuestra cultura sostiene que la vista es el primero de los sentidos y que está relacionado con la razón, pero en otras sociedades tienen preeminencia otros sentidos.

Por diferentes estudios conocemos que el modelo sensorial incaico era audio-visual y difirió sustancialmente del modelo visual de los españoles del siglo XVI en momentos de la conquista de América, por lo que podemos afirmar que el oído tenía mayor preeminencia que la vista en la sociedad incaica. Es relevante destacar que el desarrollo de la imprenta en nuestro mundo occidental desempeñó un gran papel, por el cual la vista adquirió mayor relevancia sobre los otros sentidos, ya que la lectura en voz alta de la antigüedad, dirigida hacia auditores y estudiantes, fue reemplazada paulatinamente en una lectura individual y en silencio. La importancia del oído en las sociedades del mundo andino, queda representada en un reporte etnográfico sobre la lim-

pieza de canales en Chile, donde se señala la importancia del modelo sensorial audio-visual andino cuando el oficiante imita el sonido del correr del agua a los fines de atraer nubes, truenos y lluvias.

Siguiendo con los Inca, es interesante plantear la relación que existía entre la salud del Inca, como autoridad máxima, y la configuración política imperial. Al respecto, en el mes de agosto se realizaba una ceremonia que comprendía varios días. En este tiempo todos los habitantes de la ciudad, incluso las momias Inca, se bañaban y frotaban sus cuerpos con maíz que luego era arrojado a los manantiales, asegurando de este modo el buen augurio y la purificación del cuerpo de la capital del imperio Inca en su totalidad y los cuerpos individuales de sus habitantes. Se buscaba subsanar los desórdenes físicos y sociales que eran producto de enfermedades físicas en el cuerpo del individuo, pero que derivaban de perturbaciones en el cuerpo social y cósmico.

Desde la arqueología podemos acercarnos a conocer las implicancias que tuvo el modelo sensorial audio-visual incaico en la organización y estructuración del paisaje social del imperio, cuya cosmología logró la interconexión entre la tierra, el cuerpo humano y el flujo de los líquidos. La tendencia en los estudios arqueológicos indica que la dimensión sensorial no fue considerada como un factor que incidiera en la burocracia incaica para planificar y establecer el lugar de construcción de sus asentamientos imperiales. Pero nuestras investigaciones en el oeste tinogasteño aportaron en esa dirección, ya que pudimos establecer que las características ópticas (color rojo) de las aguas de los ríos actuaron como un factor de localización para la construcción de los sitios estatales, como fue el caso del sitio Batungasta construido a la vera del río La Troya (Figura 10.3). La presencia de ríos con aguas rojas funcionó como un mecanismo de activación de la memoria que permitió recordar las ceremonias de fertilidad realizadas en las riveras de ríos de aguas turbias del Cusco en las nuevas tierras anexadas. De esta manera, imágenes, remembranzas y recuerdos fueron un factor significativo en la planificación de las estrategias de ocupación de los nuevos espacios por parte de la burocracia estatal.

Por lo visto, podemos decir que en las sociedades “tradicionales” es inexistente el desacople entre el cuerpo y su entorno; por el contrario, el cuerpo es incorporado a una red compleja de correspondencias entre la condición humana y la naturaleza.

De este modo, podemos comenzar a comprender que tanto el paisaje como la noción de cuerpo es sobre todas las cosas una construcción social e histórica y, por ende, dinámica, sujeta a cambios, continuidades, transformaciones y re-significaciones. Así cada sociedad es responsable del modo de percibir su entorno, dotarlo de significados, en definitiva, de vivirlo.

Figura 10.1.A



Figura 10.1.B



Figura 10.1.C



Figura 10.1.D



Figura 10.1.
A = Volcán Incahuasi (6638 msnm). B = Ubicación del sitio Fiambalá-1 (5000 msnm) al pie del portezuelo de ascenso al volcán Incahuasi. C = Detalle del ajuar recuperado en el santuario de altura incaico del volcán Incahuasi. D = Detalle de la excavación del sitio Fiambalá-1 y de la materialidad recuperada en sus dos componentes culturales (techos colapsados, roca con pintura roja y bastón de caminante)

Figura 10.2.
Ceremonia de lluvia realizada en diciembre de 2010 en cerro el Tata Calvario. Al fondo se observa el volcán Tarapacá (Arica, Chile). Fuente: Choque y Pizarro (2013)

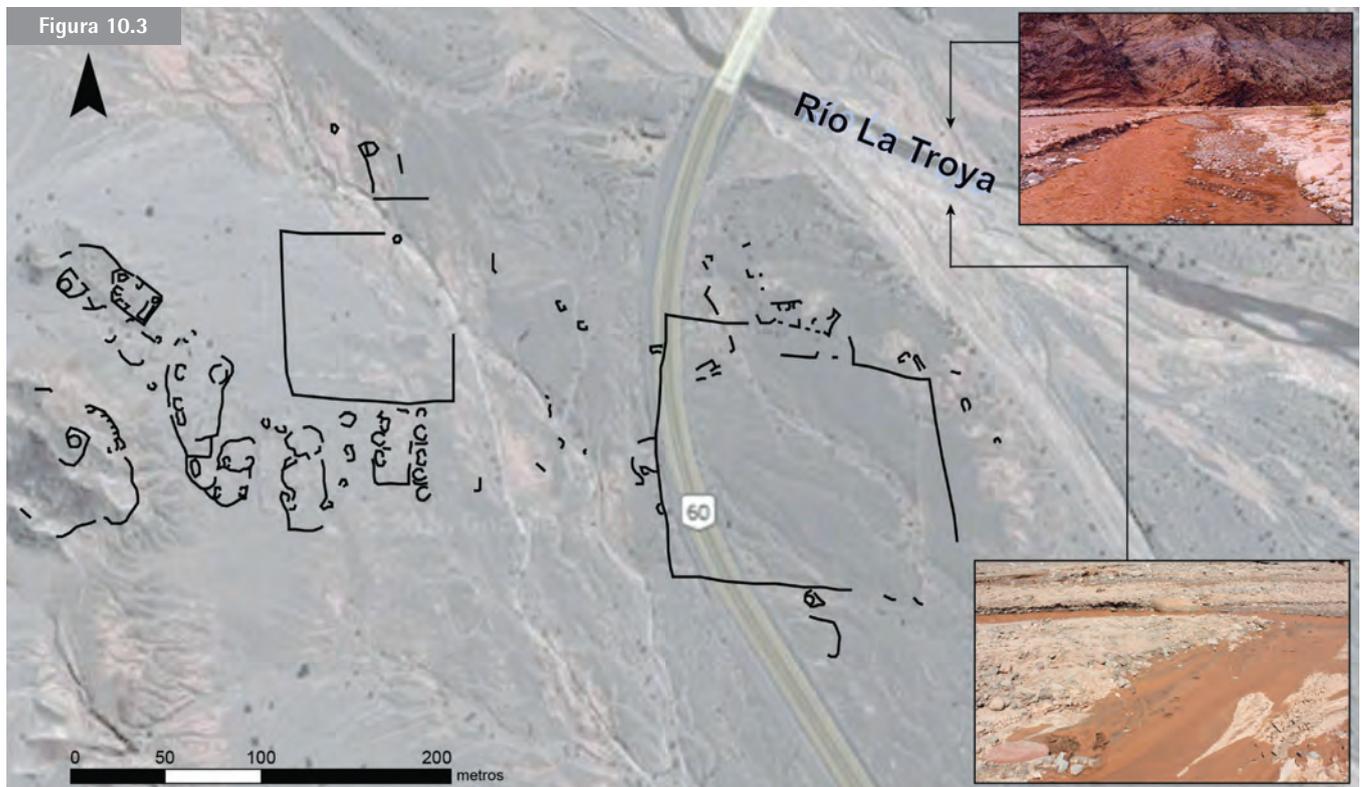


Figura 10.3.
Emplazamiento del sitio Batungasta en la margen derecha del río La Troya y vista del color rojo de las aguas del río

LA CAZA DE VICUÑA EN EL TIEMPO: DE LOS CHAKUS INCAICOS A LOS VECINOS CRIOLLOS

Norma Ratto y Martín Orgaz

LA CAZA EN EL TIEMPO

La caza en un principio fue comprendida como una actividad meramente económica para la obtención de alimento y materias primas para elaborar vestimenta, cordeles, instrumentos, entre otros. Sin embargo, la cacería tiene también implicancias sociales, políticas y religiosas, ya que está relacionada con la realización de prácticas ceremoniales.

Desde los albores de la humanidad la caza fue y es una actividad inserta en la vida social a través de la cual se procuró la captura de diferentes especies de animales por medio de múltiples tácticas y estrategias de caza, tanto por sociedades cazadoras-recolectoras como productoras de alimentos. Como comportamiento complejo se organiza básicamente sobre tres ejes: el uso de un espacio, la dinámica social y la demografía de los grupos, por lo que la organización tecnológica de la caza, entendida como la selección e integración de estrategias y tácticas para la obtención de energía, depende de variados contextos que la condicionan e influyen: el funcional, el ecológico y el social. En este último converge y se representa la dimensión simbólica, ideológica y/o política de la actividad, configurándose como un contexto integrador que incluye tanto aspectos simbólicos como la capacidad de abstracción, valorización y organización que caracterizan al comportamiento humano. Es importante aclarar que todos los objetos tienen un valor que le es otorgado por cada sociedad en un espacio y tiempo particular, por lo que constituyen productos sociales.

La apropiación y valoración de un recurso explotado en un mismo espacio cambió en el tiempo como consecuencia de las transformaciones sociales acaecidas en las poblaciones que ocuparon esos espacios. Esto se manifiesta no sólo por la variedad de técnicas implementadas para la captura de las presas sino también por la significación social y económica otorgada a ellas.

Particularmente, nos enfocamos en la dimensión social de la cacería de vicuñas, camélido sudamericano silvestre, entendida como la actividad que integra el modo de captura de las presas, la forma de obtención de la lana y el valor asignado a los bienes textiles manufacturados. Veremos los cambios y/o las continuidades de esa actividad por parte de

diferentes entidades socio-económicas y políticas que se desarrollaron en el NOA desde tiempos del Inca hasta la República (ver capítulo 1), pero con énfasis en nuestra región de estudio.

LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA CAZA EN EL TIEMPO

Los camélidos silvestres fueron cazados implementando tanto técnicas solitarias como comunales. La principal diferencia entre una y otra no es solo el número de animales cazados, sino que en la primera prevalece una cooperación pasiva entre los cazadores que acuerdan en no interferir en la actividad del otro; mientras que las cacerías comunales conllevan mayor número de participantes, una planificación previa, la reunión temporaria de personas, y sobre todo la cooperación activa en beneficio del trabajo en común.

La significación social y las técnicas implementadas para la caza de camélidos variaron a lo largo del tiempo dentro de diferentes contextos socio-históricos, desde los incas hasta época actual. Los primeros documentos históricos, del siglo XVI, describen diferencias en la forma de encierro y de conducción de los animales, principalmente vicuñas, lo que diferenciaba a los *chakus* de los *lipis*, pero mantuvieron relativamente constantes los medios de captura empleados, boleadoras, las que recibían el nombre de *lihuis* en tiempos del Inca.

El *chaku* consistía en una cacería comunal por conducción y encierro de un gran número de vicuñas, luego de la época de parición. La festividad tenía una duración máxima de 15 días y participaba una gran cantidad de personas. Consistía en desplazar a los animales desde las zonas altas hacia los lugares llanos y abiertos, instigándolos y conduciéndolos con gritos y canciones para encerrarlos dentro de un enorme círculo humano. Luego eran capturados con la utilización de boleadoras (*lihuis*) para proceder a la esquila (extracción de la fibra) y posteriormente se liberaba a los machos y hembras jóvenes, ya que solo se mataba a los enfermos o muy viejos, es decir la matanza era selectiva y existía un manejo sustentable del recurso. Recordemos que

con esa fibra se confeccionaban las vestimentas (ver capítulo 6), que en el caso de la fibra de vicuña estaba destinada para las elites gobernantes.

Por su parte, el *lipi* es otra estrategia de cacería comunal que describen las fuentes históricas en tiempos del Inca, pero con variantes continuó en tiempos de los españoles. Esta técnica consistía en armar un gran corral con estacas de madera, clavadas en rocas para sostenerlas y dispuestas a una distancia de tres a cuatro metros unas de otras, las cuales se unían entre sí con cordeles de lana, de los que colgaban flecos que se movían con el viento. De esta forma, los animales no eran conducidos como en el *chaku*, sino que se esperaba que bajaran a pastar a las vegas de altura y se los encerraba dentro del corral “transportable”, para proceder luego a su esquila.

La dimensión social de la caza se abordó desde la arqueología a través de: (i) el estudio del arte rupestre, representado en soportes rocosos y la decoración de vasijas; (ii) los estudios realizados por historiadores y antropólogos y (iii) la arquitectura arqueológica relacionada con la actividad de caza comunal.

Las representaciones de arte rupestre con escenas de cacerías en sociedades cazadoras-recolectoras, fueron interpretadas como lugares donde se realizaban ceremonias previas al inicio de las cacerías comunales para augurar el éxito, propiciar la fertilidad del recurso y su abundancia. Distintas escenas pintadas o grabadas de cacerías comunales de camélidos silvestres fueron interpretadas como un testimonio irrefutable del trabajo comunitario que da cuenta de la cohesión social del grupo.

Por su parte, también en la decoración de las vasijas cerámicas se representaron escenas de caza de distintos animales, destacándose que los cazadores eran personas distinguidas y con un estatus social importante debido a las elaboradas vestimentas que portaban. De igual manera, escenas de cacerías de camélidos fueron registradas en keros, vasos de madera decorados, de época de contacto del Inca con los españoles (Período Colonial), en Perú, donde aparecen representados *lihuis* (boleadoras), como así también, estacas y cordeles, siendo estos últimos característicos del método de encierro de camélidos llamado *lipi* (Figura 11.1). La representación de escenas de caza en keros no es un dato menor, ya que fueron el soporte donde se plasmaron viejas glorias imperiales, episodios heroicos, mitos y escenas de la vida cotidiana.

También los documentos históricos dan cuenta de la importancia de los camélidos dentro de la esfera religiosa incaica, lo que denota la ritualidad presente en las cacerías comunales. Al respecto, los escritos del siglo XVI informan de la existencia de cotos de caza que eran manejados y administrados directamente por el Inca, lo cual señala que el Estado incaico se apropió y controló tanto la práctica cultural como los recursos derivados de la actividad, particularmente la fibra de vicuña con la cual se manufacturaban textiles indispensables para el desarrollo de los aspectos económicos, políticos, sociales y religiosos del incario.

Estas cacerías comunales continuaron en el tiempo y también son descriptas en documentos históricos de finales

del siglo XIX y comienzos del XX, en los cuales se relata la realización de rituales antes del inicio de la actividad, especialmente en el caso de la caza de vicuña en los valles calchaquíes. Asimismo, los antropólogos informan de la realización de rituales propiciatorios en los *chakus* realizados por pueblos actuales del área andina, como por ejemplo en Pampa Galera (Perú) y en la puna jujeña (Argentina).

Finalmente, desde la arquitectura arqueológica, determinadas estructuras de piedra en la puna peruana, de formas y tamaños variados, fueron interpretadas como trampas para camélidos o corrales para cacerías comunales por encierro. En esta dirección, en el marco de nuestro proyecto de investigación en el oeste tinogasteño de Catamarca, hemos registrado dos estructuras de grandes dimensiones en la zona de la puna transicional de Chaschuil, específicamente en el paraje de Cazadero Grande (3500 msnm). Una de ellas tiene forma de herradura y la otra de U invertida y presentan dimensiones superiores a los 1000 m de perímetro (Figura 11.2 A y B). Ambas fueron interpretadas por los arqueólogos Norma Ratto y Martín Orgaz como vestigios materiales de las cacerías comunales, *lipis*, realizadas durante la ocupación incaica de las tierras altas del oeste tinogasteño, a través de la articulación de diferentes líneas de evidencia, como la topografía de los lugares de emplazamiento, la toponimia local, la evidencia arqueológica asociada, los documentos históricos y los relatos de los pobladores actuales. La interrelación de la información analizada permitió dimensionar las implicancias socio-políticas en las prácticas de las cacerías comunales estatales.

En resumen, la cacería perduró en el tiempo con connotaciones rituales y económicas de cada contexto socio-histórico, dado que cada uno le otorgó los valores y creencias dominantes. A continuación, desarrollaremos los cambios ocurridos en la valoración de la apropiación de la vicuña y los productos elaborados con su fibra desde la sociedad incaica hasta tiempos republicanos.

LAS CACERÍAS COMUNALES EN EL ÁREA ANDINA: DESDE LOS INCAS HASTA LA ACTUALIDAD

El *chaku* fue tanto una cacería comunal como solemne de camélidos silvestres, principalmente vicuñas, no solo porque estaba regida por el estado incaico sino también porque cubría un espectro mayor al estar dirigida al agasajo de personajes notables y/o formar parte de rituales propiciadores de lluvias. La otra forma de encierro de vicuñas, *lipi*, consistía en un gran corral formado por estacas clavadas al suelo y unidas entre sí por medio de hilos de los cuales pendían cintas, lo cual quedó representado en los keros coloniales decorados (Figura 11.1) y avala el relato ofrecido por la documentación histórica. En el *lipi* los animales no son conducidos, desplazándolos de un lugar a otro, sino que su encierro se logra diseñando una técnica que aprovecha las características del comportamiento de las presas capturadas, las que ingresan dentro del corral de estacas e hilos sin intervención directa de los cazadores.

Esta tradición de cacería comunal andina enmarcada en contextos ceremoniales incaicos, y seguramente también pre-incaicos, está presente en diferentes áreas de la región andina y se mantuvo a lo largo del tiempo llegando hasta la actualidad. Sin embargo, la valorización otorgada a la actividad y a las presas sufrió cambios, principalmente por desarrollarse en ámbitos sociales, económicos y políticos diferentes. Nuestro objetivo es presentar cómo cambió esa valorización con el paso del tiempo, en función de la información provista por distintas fuentes y documentos. A saber:

- a) Una primera mención proviene de una merced de tierras de aproximadamente 200000 hectáreas que abarcaba la actual jurisdicción del Departamento Tinogasta (Catamarca), la que le fuera otorgada a Don Juan de Gregorio Bazán de Pedraza a fines del siglo XVII (1688). Este documento fue trabajado y publicado por el historiador Félix Brizuela del Moral, y dice "...el pueblo viejo de Anillaco ... el pueblo viejo de Guatungasta ... el pueblo viejo de Fiambalá ... y los pueblos viejos de Abaucán, Sunquil y Saujil ... todas las aguadas, montes y pastos ... más ... los cazaderos y pescaderos y otras servidumbres, especialmente el paraje que llaman el Cazadero de los Indios Abaucán y las sobras del pueblo de Tinogasta y Aymogasta ..." (pp. 104-105). El documento individualiza un paraje denominado "cazadero de los indios de Abaucán". Esto es importante porque lo usual es que aparezca la mención "con todas las aguadas, montes y pastos ... más los cazaderos y pescaderos ...". Esta fórmula aparece tanto en las mercedes de encomienda como en las de tierra, siendo amplia justamente para cubrir el poco conocimiento de la geografía y de la gente del lugar que tenían los españoles al comienzo de la conquista. Sin embargo, en la merced a la que se hizo referencia, Bazán tenía cabal conocimiento de la existencia del cazadero de los indios Abaucán y con su específica denominación lo hizo constar en el documento para asegurarse su propiedad. Ambos aspectos críticos, llevan a pensar que las acciones y/o actividades relacionadas con la caza de camélidos desarrollada en Cazadero Grande fueron lo suficientemente relevantes no solo para los pobladores locales sino también para los españoles, ya que tenían conocimiento de las mismas. Al respecto, la evidencia arqueológica de esa área avala la relevancia de la práctica cultural a través del registro material que da cuenta de cacerías comunales llevadas a cabo en tiempos del incario (Figura 11.2 A y B).
- b) En el "Diccionario Geográfico de las Indias Occidentales o América", escrito por Antonio De Alcedo en 1789, se describe la caza de vicuñas realizada por los indios de Atacama La Alta (Chile) y el relato ofrece características tanto del *chaku* como del *lipi*. Al respecto, el autor dice que: "... aunque estos animales [vicuñas] son muy ligeros se cazan con gran facilidad, así en esta como en otras provincias, fijando con piedras, para que se tengan derechos, unos palitos de una o dos varas en fila, en alguna cañada, y poniendo de unos a otros un hilo o cuerda, atan en ella de trecho en trecho unas lanas de colores que mueve el viento; preparado esto van algunos caballos a correr y espantar las vicuñas por diferentes lados, haciendo que se dirijan hacia aquella parte, donde luego
- que llegan, atemorizadas por las lanitas se detiene toda la tropa, sirviéndole de invencible muro aquella débil valla; llevan los cazadores una cuerda de más de una vara, con una piedra a cada extremo, lo arrojan a los pies de las vicuñas, y enredadas las cojen ... " (p. 112). De esta manera, se observa que el encierro de los animales se produce mediante conducción, utilizándose clausuras de ramas y cordeles para su encierro en lugar del cerco humano, además, de capturarlas con boleadoras y proceder a su posterior esquila.
- c) Adán Quiroga, en su libro "Calchaquí" de fines del siglo XIX, ofrece el relato de la caza de vicuñas realizada en los valles calchaquíes del NOA. En la descripción se hace mención que la actividad fue planificada con un año de antelación, siendo el resultado la captura con *lihuis* (boleadoras) de más de 600 vicuñas. En esa oportunidad se congregaron aproximadamente dos centenares de vecinos de Cafayate, Tolombón y San Carlos realizándose la partida luego de la *chaya*, ofrendas realizadas durante el Carnaval. Antes de la partida tuvo lugar una gran fiesta con bailes, abundante bebida de algarroba (*aloja*) y aguardiente y cantos con alusiones a la caza, a la Pachamama y al Dueño de las Aves. Asimismo, también registra la realización de ceremonias al pie del cerro, antes que los cazadores se dispersen, para propiciar que la Madre de los Cerros no esconda ni mezquine las presas. Estas prácticas religiosas son fundamentales para el éxito de la caza, ya que de lo contrario provocaba el enojo del cerro con sus fatales consecuencias de nieve, granizo, fuertes vientos, aire enrarecido, entre otras. Si esto sucedía las vicuñas se dispersaban, quedando sólo algunas manadas de guanacos "que no despiertan interés al cazador, el que va por los muy codiciados cueros de vicuña para las mantas, y su carne que salada sirve de alimento a la familia del rancho calchaquí" (p. 452). En el mismo relato se hace referencia que comerciantes ambulantes se instalan en un lugar "contiguo al chaco o planicie donde han de ser encerradas las vicuñas, con el objeto de cambalachear sobre las mismas cumbres sus artículos por los tan apetecidos cueros de vicuñas" (p. 451).
- d) Para comienzos del siglo XX contamos con la descripción de Eric Boman en su libro "Antigüedades de la Región Andina de la República Argentina y del Desierto de Atacama". Su relato de la cacería comunal desarrollada en la puna argentino-chilena es sumamente ilustrativo para visualizar la organización e importancia de la actividad, su división en territorios de caza y el tratamiento dado a las presas. "Para las cacerías, llamadas CHACO, los indios se reúnen bajo las órdenes de un jefe. En una quebrada estrecha se tiende una cuerda a la que suspenden trozos de tela roja a un metro de distancia más o menos uno de otro. Con sus gritos y ruidos de toda clase, lo gritos arrear desde muy lejos a las vicuñas a esta quebrada, cuya entrada está cerrada igualmente por una cuerda tendida con trapos colgantes. Las vicuñas no rompen este cerco pues tienen miedo de los trozos de tela que el viento agita. Los cazadores pueden entrar en el cercado y tomar con sus LIBES /boleadoras/tantos animales como

quieran. Toda la PUNA está dividida por los mismos indios, en circunscripciones de CHACO. En cada una, hay un jefe o CAPITAN permanente, cargo que es considerado muy honorífico ... Para las vicuñas, se les apunta generalmente al cuello; el animal baja entonces la cabeza y las cuerdas de los LIBES envuelven también las patas, lo que las hace caer; el cazador avanza y la degüella” (pp. 448-449). En este relato se aprecia un cambio en la relación cazador-presa ya que mientras en épocas anteriores para obtener la lana los animales eran esquilados ahora son sacrificados para extraer el cuero a partir del cual se obtiene la lana. También para el siglo XIX y para algunas regiones puneñas de Perú y Argentina se cuenta con otros relatos de viajeros, naturalistas y/o precursores de la antropología que mencionan y/o describen casos de cacerías comunales en la puna peruana y argentina con matanza de las presas.

- e) Las cacerías comunales llegan a nuestros días a través de su documentación en zonas del Perú como La Raya y Pampa Galera, reproduciendo en gran parte los gestos y acciones descritos en la documentación histórica, destacándose la revalorización de la esquila de vicuñas. Actualmente esta actividad se celebra de noviembre a mayo y está siempre precedida por una obligatoria *paga-pa* (ofrenda a la Pachamama) para propiciar el éxito de la caza. El ex presidente del Perú Alberto Fujimori participó en una de las celebraciones organizada en la década de 1990 durante su mandato presidencial. Es de mencionar la realización de un *chaku* en la Reserva de la Biosfera Laguna Blanca, ubicada en el Departamento de Belén, al oeste de la provincia de Catamarca, como así también otros realizados en la puna de Jujuy. El biólogo Enrique Frá nos informó que en uno de los *chaku* catamarqueño, realizado en el año 2006, se capturaron 204 ejemplares, de los cuales se seleccionaron y esquilieron 133 animales y se obtuvieron 38,56 kilos de fibra.

La diferente información de las cacerías comunales de vicuñas da cuenta del desarrollo de la actividad desde la época incaica hasta nuestros días. La práctica se mantuvo en el tiempo inmersa dentro de distintos contextos históricos que le imprimieron matices diferenciales en la valorización de la caza y de las presas. La documentación histórica testimonia el carácter ceremonial de la actividad a lo largo del tiempo, pero al mismo tiempo marca diferencias en lo que respecta al manejo del recurso-presa y en la forma de obtener la fibra. Esto se traduce que de su captura, esquila y liberación se pasa a su captura, muerte y extracción de cueros. Esta situación es reflejo de una de las tantas transformaciones ocurridas en los Andes con la llegada de los españoles. Una consecuencia directa es que luego del colapso del estado incaico se produce una fuerte disminución de las poblaciones de vicuñas como producto de una caza indiscriminada que continuó por varios siglos e hizo mermar considerablemente el recurso, casi hasta ponerlo en peligro de extinción, en clara diferencia y contraste con el manejo sustentable realizado por las poblaciones prehispánicas. La tendencia negativa recién pudo revertirse en las últimas décadas, luego de la aplicación de planes de

conservación y manejo, la creación de reservas provinciales y nacionales, la ejecución de proyectos de capacitación y educación ambiental y la elaboración de legislación que prohíbe la caza de esta especie.

PRODUCTO DE LA CAZA: TEXTILES DE VICUÑAS

Los objetos son productos sociales cuyo significado y valoración están sujetos y relacionados con el contexto histórico que los produjo y utiliza. La producción y distribución de determinados objetos artesanales fue una actividad importante durante el Imperio incaico, y también se les otorgó un valor adicional al insertarlos dentro de la economía política estatal. A modo de ejemplo, la cerámica y los objetos de metal cumplieron diversas funciones vitales para el crecimiento y desarrollo del estado incaico.

Tal como vimos en el capítulo 6, los textiles jugaron un papel crucial en la vida social andina. Principalmente, por haber sido los soportes elegidos para plasmar, en sus tramas y urdimbres, los diferentes aspectos de la vida social.

El etnohistoriador John Murra dejó en claro el lugar que los textiles ocupaban para los incas. El investigador afirmaba que ningún acontecimiento político, militar, social o religioso estaba completo sin que se ofrecieran géneros o sin que fueran quemados, permutados o sacrificados, ya que formaban parte de las ofrendas a las divinidades, eran obsequios ofrecidos a diferentes autoridades étnicas locales y también constituían parte de la indumentaria distintiva del Inca como de las Coyas (Figuras 11.3).

El estatus social y simbólico de los objetos textiles continúa en la segunda mitad del siglo XVI, pero compartiendo su lugar con otros de origen europeo. Es ilustrativo el testamento de un señor étnico de Tapacarí en el valle de Cochabamba (Bolivia), estudiado por la historiadora Mercedes del Río, donde se detalla que el personaje deja, entre otros bienes, objetos simbólicos que indican autoridad, prestigio y valor ritual, encontrándose entre ellos productos nativos como hachas, placas pectorales, brazaletes, plumas, camisetos, mantas de *cumbi* y *uncos* junto con otros de Castilla (España) como paños, sombreros y arcos.

Durante la Colonia, el valor estrictamente económico de la fibra de vicuña se evidencia en el pago de tributo del indio y del comercio interno con el Alto Perú, tal como fue estudiado por la historiadora Silvia Palomeque. Asimismo, fuentes del siglo XVIII indican que la fibra de vicuña, proveniente de la zona de Fiambalá, era uno de los bienes más comercializados entre las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy con la ciudad de Potosí (Bolivia).

Cabe destacar que los productos manufacturados con la fina lana de vicuña, además de tener un rol central en la esfera política y económica, también incidieron en aspectos de la vida cotidiana. Al respecto, ya José de Acosta en su libro “Historia natural y moral de las Indias”, del año 1590, decía “... y de la lana de ellos /vicuñas/ hacen cubiertas o frazadas de mucha estima, porque la lana es como una seda blanda y duran mucho, y como el color es natural y no de tinte, es perpetuo. Son frescas y muy buenas para en tiempo de calores;

para inflamaciones de riñones y otras partes las tienen por muy sanas, y que templan el calor demasiado, y lo mismo hace la lana en colchones, que algunos usan por salud, por la experiencia que de ello tienen. Para otras indisposiciones, como gota, dicen también que es buena esta lana o frazadas hechas de ella; no sé en esto experiencia cierta” (p. 301).

El papel social de los objetos manufacturados con lana de vicuña cambia luego de la conquista española. Su acceso y consumo representaba un capital social que integraba las esferas políticas, económicas y religiosas de las sociedades prehispánicas; en cambio, luego de la conquista española, especialmente en tiempos de la Colonia y la República, el acceso a estos bienes estuvo y está condicionado por la capacidad monetaria del usuario. De esta manera, su adquisición y consumo quedó restringido y/o limitado a personajes notables de la sociedad, como autoridades eclesiásticas y prósperos comerciantes (Figura 11.4).

Lo expuesto conlleva un cambio de paradigma económico y de significados sociales, ya que, de una sociedad prehispánica basada en el intercambio y la reciprocidad andina con ausencia de moneda, se pasó a otra mercantil, la española, donde los productos fueron y son adquiridos a través de recursos monetarios. Además, la fibra y las finas prendas de vicuña fueron comercializadas en los nuevos mercados que surgieron luego de la conquista española y la independencia del país.

CAMBIOS Y CONTINUIDADES DE LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA CAZA A LO LARGO DEL TIEMPO

La cacería comunal de vicuña constituye una práctica social desarrollada en la región andina que comienza en tiempo precolombino y continuó durante la época colonial y republicana llegando hasta nuestros días. La continuidad de la actividad no significa continuidad en su percepción y valorización, ya que éstas están condicionadas por los diferentes contextos históricos donde se desenvuelven los actores sociales.

El agrupamiento de gente y/o vecinos, el desarrollo de la actividad en forma colectiva, la realización de rituales propiciatorios y el uso de *lihuis* o boleadoras son los principales componentes prehispánicos que se mantienen y que están presentes en distintos contextos socio-históricos posteriores.

Por su parte, el valor asignado a la práctica de la cacería y a las presas fue muy distinto dentro de la cosmovisión social, política y religiosa del estado incaico, si lo comparamos con lo que sucedió luego de la conquista española. La cacería comunal descrita por Adán Quiroga para el siglo XIX guarda las características del *chaku* regional descrito por las fuentes documentales tempranas, pero con ausencia de un estado que concibe, dirige y controla no sólo la actividad de la caza de camélidos sino también el recurso que se obtiene a partir de la misma.

Otro aspecto que cambió fue la relación cazador-presa dentro de los diferentes contextos históricos. En el mundo andino precolombino los animales formaban parte de una relación estrecha con el hombre producto de una cosmo-

visión donde no se disociaba lo cultural de lo natural. En cambio, durante los tiempos hispánicos se escindieron ambas entidades, convirtiéndose la presa en un recurso estrictamente económico, extraíble de la naturaleza, para proveer de lana que era comercializada a los fines de obtener lucro monetario. En este devenir queda plasmada la valorización diferencial de la presa, especialmente referida al manejo del recurso. Un fiel reflejo de ello es que luego del colapso del estado incaico la práctica de la esquila es sustituida por la matanza del animal producto de un cambio en la organización de las labores, en la tenencia de las tierras y con la introducción del arma de fuego. La ausencia de la práctica de esquila para estos momentos históricos es el mejor indicador que da cuenta de la percepción del recurso sólo en la vida material en donde las realizaciones de los rituales propiciatorios son para asegurar el éxito de la captura y muerte del animal. La pérdida del manejo sostenido del recurso conllevó una fuerte disminución de las poblaciones de vicuñas llegando a formar parte del listado de especies en peligro de extinción.

Por su parte, la demanda por las prendas de vestir elaboradas con lana de vicuña fue constante a lo largo del tiempo, principalmente porque siempre estuvo relacionada con el estatus, prestigio o distinción de quien portaba esos textiles. Estos objetos fueron codiciados por las clases dominantes de cada época, tanto el Inca como los españoles y criollos, principalmente por autoridades étnicas, comerciantes prósperos, miembros de la alta sociedad o autoridades políticas, en su afán de marcar diferencias de estatus en el seno de sus respectivas sociedades. La demanda de un objeto es un mecanismo social complejo y uno de los factores que incide en la continuidad de su producción y consumo por parte de un determinado segmento social es el conocimiento que representa y condensa, ya sea técnico, mitológico y/o valorativo. Evidentemente, la larga tradición del textil en los Andes y el alto significado social que tuvo caló profundamente en el seno social, llegando su valor hasta nuestros días, haciendo que sea usado y apetecido por las clases sociales dominantes. Sin embargo, cabe destacar una diferencia sustancial. Mientras que en tiempos del Inca su uso estaba restringido a personas que condensaban el poder político, económico y religioso (Inca y/o Señores locales), luego de la conquista en tiempos de la Colonia y la República, su uso se limitó a personajes que poseían poderes parciales fueran políticos, económicos o religiosos.

Este capítulo dio cuenta de las transformaciones en la práctica de la cacería comunal a lo largo del tiempo, las que en gran parte son producto de cambios en el paradigma económico, pero por sobre todo en el concepto de paisaje social. Al respecto, en Occidente los seres humanos y la naturaleza se han posicionado como entidades separadas y opuestas, por lo que se busca la rentabilidad económica ya que la fibra alcanza valores entre 300 a 650 dólares en el mercado internacional. En contraste, en el mundo andino hombre-naturaleza están totalmente integrados y son indivisibles porque las montañas, rocas, arroyos y ríos pertenecen a fuerzas espirituales y poseen vida (ver capítulo 10).

Figura 11.1.



Figura 11.1.
Kero de madera incaico de época colonial donde está representada una escena de la cacería comunal de vicuña (lipi). Pieza depositada en el Museo Arqueológico, Cuzco, Perú

Figura 11.2.
Macroestructuras de La Lampaya (arriba) y El Matambre (abajo) interpretadas como registro material de las cacerías comunales en época incaica

Figura 11.2.

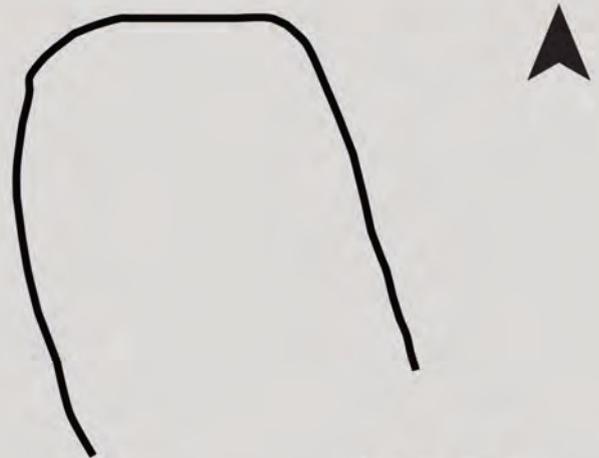


0 50 100 200 metros

Apertura: 200 m
Perímetro total: 1500 m



0 50 100 200 metros



Apertura: 380 m
Perímetro total: 1000 m

Figura 11.3.
 Mujer de la nobleza Inca vestida con suntuosos atuendos textiles (izquierda) e Inca Viracocha con atuendos de fina textilera (derecha). Fotografías extraídas del libro "Nueva Crónica y Buen Gobierno" de Guaman Poma de Ayala, F. que data del año 1615 y fue publicado en 1993 por la editorial del Fondo de Cultura Económica (México)



Figura 11.4.
 Dirigentes políticos. Se aprecia que varios integrantes del partido político utilizan mantas elaboradas con lana de vicuña como elemento de estatus. Fotografía que data del año 1914 y fue tomada por el fotógrafo Manuel Gardel. Extraída del libro "Catamarca a través de la imagen fotográfica (1850-1920)" de N. Trettel y G. de la Orden de Peracca en el año 1996 y editado por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca



LAS COMUNIDADES Y SU HISTORIA: PATRIMONIO, MUSEOS Y COLECCIONES PRIVADAS

Norma Ratto, Mara Basile, Anabel Feely, Luis Coll,
Juan P. Miyano, Javier Mozo y Martín Orgaz

La palabra “patrimonio” procede del latín *patrimonium* y comprende a todo aquello que viene de los padres, por lo que son los bienes, materiales e inmateriales, que poseemos, o que hemos heredado de nuestros ascendientes. Existen muchas definiciones de patrimonio histórico-cultural, pero nos inclinamos por la del Instituto Latinoamericano de Museos y Parques (ILAM) que dice que es “El conjunto de bienes culturales y naturales, tangibles e intangibles, generados localmente, y que una generación hereda / transmite a la siguiente con el propósito de preservar, continuar y acrecentar dicha herencia”.

El patrimonio arqueológico es parte del patrimonio histórico-cultural, y siguiendo la misma lógica es una herencia del pasado, pertenece a una comunidad y es reflejo de su historia. La relación entre el patrimonio arqueológico y la sociedad actual se manifiesta en distintos niveles: la investigación, la conservación, la difusión, el uso y el disfrute. Por lo dicho, los bienes del patrimonio cultural-natural son bienes comunes de uso social. No tenemos “propiedad” sobre ellos, pero sí tenemos derecho a su uso y disfrute, porque es de todos. Por lo tanto, estamos obligados a su preservación y transmisión para las generaciones futuras. El arqueólogo Dr. José Pérez Gollán decía que **“la mejor forma de preservar el patrimonio histórico-cultural es el uso público de ese patrimonio”**. Con esta frase quería significar que su uso por parte de los integrantes de una sociedad, la actual, contribuyera a que esa sociedad se incorporara como una instancia más dentro del devenir histórico regional. En este proceso el patrimonio constituye una herencia que vincula raíces culturales y tradiciones, permite valorar los cambios y las continuidades en las maneras de vivir, en las mentalidades, los gustos estéticos, la organización política, económica, social y religiosa. Sin embargo, ningún aspecto en el que incide lo social es lineal ni mecánico. También Pérez Gollán decía “Aquello a lo que nos referimos y denominamos patrimonio cultural es el resultado de múltiples procesos, no siempre pacíficos ni lineales, que todavía siguen operando en el interior de la sociedad argentina. Y no estamos hablando sólo de restos materiales, y hasta monumentales, de las manifestaciones

históricas, sino también de todos sus aspectos simbólicos” (diario La Nación, 3 de febrero de 2007).

En este capítulo daremos cuenta no solo del marco legal de nuestro país para proteger el patrimonio arqueológico, sino también de los distintos procesos ocurridos que de una u otra forma han incidido para que las comunidades locales no tengan incorporado el valor de su preservación y conservación para dar cuenta de la historia regional. Además, presentamos cómo los arqueólogos podemos contribuir en el afianzamiento de esa valoración.

LOS MARCOS LEGALES Y LA REALIDAD DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO

Desde 1893, cuando el científico alemán Max Uhle recorrió los parajes del oeste catamarqueño en busca de piezas arqueológicas para el hoy Museo Etnológico de Berlín (Alemania), hasta la fecha, los estados nacionales y provinciales fueron adquiriendo paulatinamente mayor protagonismo en la regulación y protección del patrimonio arqueológico nacional. Esto tuvo lugar a la par de la pausada construcción “occidental” del concepto de patrimonio cultural y su expansión global. Así, desde la sanción de la hoy pionera ley 9080 en el año 1913, pasando por el art. 37 de la malograda constitución de 1949, la reforma de 1968 al art. 2340 del Código Civil, los arts. 41 y 43 de la Constitución Nacional reformada de 1994, la ratificación en la década de 1970 de dos Convenciones de la UNESCO relativas al patrimonio cultural y a su protección, la ley 4218 de la provincia de Catamarca, la ley 25568 del año 2002, la ley 25743 del año 2003 hasta la entrada en vigencia del art. 235 del Código Civil y Comercial del año 2015 nos encontramos con variadas herramientas legales para su salvaguarda. Entre ellas, podemos mencionar el otorgar la propiedad de esos bienes al Estado -Nacional o Provincial, según el caso-, la obligatoriedad de detallados permisos para prospectar y excavar, y también para trasladar los hallazgos dentro y fuera del territorio nacional, la creación de registros de colecciones privadas anteriores, el establecimiento de penas y sanciones para

los infractores y hasta el derecho constitucional de poder iniciar acciones colectivas por parte de alguna O.N.G. (organización no gubernamental) en representación y defensa de la comunidad afectada.

Sin embargo, a pesar de todos los resguardos legales nuestra historia, expresada en parte por la materialidad de los objetos, sigue en riesgo y es amenazada por distintas razones, entre las que podemos mencionar la insuficiencia de los presupuestos provinciales o nacionales para gestionar el patrimonio cultural, la ausencia de estudios de impacto arqueológico y apropiados planes de manejo ambiental (ver más adelante) antes de la construcción de obras o la realización de competencias automovilísticas como el Dakar, entre otros.

UNA HISTORIA EXPOLIADA: PATRIMONIO, COMUNIDADES LOCALES Y VOLUNTARIADO UNIVERSITARIO

El rico pasado de las tierras fiambalenses fue expoliado a lo largo del tiempo y los saberes y conocimientos técnicos de la gente mayor también se perdieron o se están perdiendo por falta de documentación, al igual que el registro fotográfico que en parte da cuenta de los procesos de cambio tecnológico y social. La gente muere y con ella sus historias y saberes individuales.

Desde la arqueología, el pasado de estas tierras ha sido desguazado y gran parte de su cultura material se encuentra actualmente depositada en Museos extra-regionales (Museo Jesuítico Nacional de Jesús María, Córdoba; Museo Incahuasi, La Rioja; en el Campus Nuestra Señora del Pilar, de la Universidad de El Salvador, Buenos Aires; en el Museo de la Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires; Museo Etnológico de Berlín, Alemania, entre otros) en lugar de estar en el Museo local municipal de Fiambalá. Esto fue fundamentalmente producto del accionar de los clérigos y pioneros de la disciplina arqueológica que excavaron sitios y cementerios de la región y llevaron las piezas arqueológicas a sus museos “de origen”. A este hecho se le suma el vandalismo y/o el tráfico de piezas, que conformaron colecciones particulares, algunas de ellas están hoy en manos de pobladores locales y otras no sabemos dónde están. En cualquier caso, el resultado fue que a la gente se le sustrajo su historia porque no se valora lo que no se conoce y por lo tanto tampoco se lo protege.

El proceso histórico colonial y republicano de la región también discurrió por carriles similares a los someramente enunciados para el pasado prehispánico, ya que se reprodujeron esas mismas prácticas disruptivas por ausencia de valoración de los testimonios del pasado y de sus significados sociales, políticos y simbólicos. A modo de ejemplo, es importante mencionar la “Encuesta de Magisterio de 1921” realizada por el Ministerio de Educación de la Nación, en la cual se relevaron, recolectaron y documentaron las manifestaciones orales de la literatura nacional y la que se constituyó en una herramienta didáctica para la transmisión de valores. Hoy esos preciados documentos se encuentran

depositados en la Biblioteca del Instituto de Antropología y Pensamiento Latinoamericano dependiente de la Secretaría de Cultura de la Nación. Sin embargo, ningún poblador tiene conocimiento de esa información ni copia de las encuestas llenadas por los maestros de las escuelas de la región de Fiambalá a comienzos del siglo XX. En igual dirección, la mayoría desconoce el complejo proceso cultural prehispánico y de época colonial, como así tampoco que solo 120 años atrás la región limitaba con Bolivia y que existía una Aduana en el pueblo de Saujil (Tinogasta, Catamarca).

En resumen, muchas familias tienen fragmentos de esa historia sin saber que los tienen o sin conocer su importancia por desconocer el contexto histórico regional donde “esos fragmentos de historias” se insertan y articulan. Por lo tanto, es necesario “rescatarlas” a través de la planificación de diversas acciones que articulen a diferentes actores, entre los que resaltamos el trabajo conjunto de la comunidad con los investigadores. En esta dirección hemos dado un primer paso a través del proyecto de Voluntariado Universitario “Conocer-valorar-proteger: la construcción colectiva de la historia socio-ambiental de los pueblos del Municipio de Fiambalá (Depto. Tinogasta, Catamarca)”, radicado en la Universidad de Buenos Aires, que lleva adelante el PACH-A con el Municipio de Fiambalá a través del Museo del Hombre.

Los proyectos de voluntariado universitario son una herramienta para poner en práctica la función social de la universidad pública, ya que permiten que la formación de nuestros estudiantes se expanda y desarrolle por fuera de los claustros académicos y en contacto directo con las comunidades donde están radicados muchos de los proyectos de investigación en curso, como es nuestro caso en la jurisdicción de la Municipalidad de Fiambalá desde hace 20 años atrás. Por lo tanto, encaramos el proyecto “Conocer-valorar-proteger” con la firme intención y convicción de articular la tríada comunidad-investigadores-estudiantes para alcanzar otra tríada basada en conocer-valorar-proteger que derive en la salvaguarda del patrimonio cultural regional con miras a su uso público en el marco de un desarrollo sostenible.

Nuestra convicción se centra en dos pilares conceptuales: (i) por un lado que solo se valora lo que se conoce, y solo se protege lo que se valora y (ii) por otro que el patrimonio cultural mejor resguardado es aquel que está en uso e inserto dentro de la trama productiva regional a través de adecuados planes de manejo ambientales, que contengan las acciones requeridas para prevenir, mitigar, controlar, compensar y corregir los posibles impactos ambientales negativos causados en el desarrollo de obras de infraestructura (viales, tendidos eléctricos, represas, gasoductos) o productivas (minería, petroleras, agrícolas). Aunque ambos conceptos están articulados, es necesario cumplir el primero para llegar al segundo, para lo cual el Museo del Hombre de la Municipalidad de Fiambalá cumple un papel central en esa dirección. Esto se debe a que es el único museo municipal dentro del extenso territorio de la jurisdicción de Fiambalá, por lo que nuestra propuesta es llevar el Museo al interior del Municipio, especialmente a los pueblos de Saujil, Medanitos y Palo Blanco, para lo cual diseñamos un conjunto de actividades que contemplan: (i) cursos de

formación a docentes secundarios especialmente vinculados con materias humanísticas, turísticas y de desarrollo tecnológico productivo; (ii) charlas de capacitación al público en general interesado en articular sus conocimientos técnicos en la construcción de micro-emprendimientos de turismo eco-cultural en sus pueblos; (iii) talleres participativos a estudiantes secundarios con desarrollo de diversas consignas (concurso de fotografías antiguas, documentación de las historias orales de los abuelos de los estudiantes, entre otras) y (iv) diseño y armado de muestras temporarias del pasado cultural de cada pueblo que den cuenta de los procesos socio-ambientales acaecidos y se constituyan en el ámbito que integre inter-generacionalmente a los distintos actores. En resumen, diseñamos diferentes actividades de formación, capacitación y difusión al público de edades diversas, especialmente adultos y estudiantes secundarios, los cuales girarán en torno a la transferencia del conocimiento sobre el dinámico proceso social, económico, político y simbólico de estas tierras desde tiempos prehispánicos hasta los inicios de la etapa republicana (siglo XIX).

Nuestro proyecto de voluntariado comenzó a mediados del corriente año, 2016, y esperamos tener pronto resultados, los cuales serán la base para las próximas fases del proyecto en años sucesivos. Nos guía la firme convicción de que la articulación entre **comunidad-investigadores-estudiantes** contribuirá a romper con las tendencias negativas reseñadas, para que la comunidad tome cabal conciencia y conocimiento de los procesos históricos acaecidos en época prehispánica, colonial y republicana, y entre todos podamos contribuir a la construcción de una mayor profundidad histórica del proceso de poblamiento de estas tierras a lo largo del tiempo. La valoración del patrimonio también redundará en que sea la propia comunidad quien demande el cumplimiento de las leyes para resguardarlo, como así también en la asignación de mayores partidas presupuestarias para posibilitar la puesta en valor y uso público del patrimonio arqueológico e histórico.

LAS COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS: MUSEOS Y POBLADORES LOCALES

En una sección anterior hemos expresado que la historia larga de los pueblos que conforman la comuna del Municipio de Fiambalá fue expoliada tanto por el accionar de clérigos y pioneros de la disciplina arqueológica como por los mismos pobladores que “regalaban” o “vendían” objetos que testimoniaban ese pasado. Este hecho es el resultado de múltiples factores, pero en gran parte prima el desconocimiento, la desvalorización o el no sentirse parte de esa historia. Este escenario acentuó el vandalismo y/o el tráfico de piezas o en el mejor de los casos la conformación de colecciones particulares “descontextualizadas” donde los objetos no son valorados como productos sociales de los primeros habitantes de la región, articulados con las diferentes esferas del mundo cultural pasado, sino solo como “objetos lindos” y aislados. Además, el tráfico de piezas arqueológicas siempre da cuenta de una asimetría entre la

menor condición económica del vendedor con respecto al comprador, independientemente del delito que conlleva. De cualquier manera, esa expoliación fue posible dada la falta de reconocimiento del valor cultural e histórico que condensan esos objetos que no son mercancía sino piezas del gran rompecabezas de la historia regional.

Nuestro proyecto de investigación, PACH-A, revaloriza la información proveniente de las piezas arqueológicas depositadas en instituciones o en manos de particulares que provienen de los distintos ambientes, pueblos y parajes del oeste tinogasteño. Con ese objetivo se concretó el relevamiento de las colecciones depositadas en los museos del Hombre (Catamarca), Adán Quiroga (Catamarca), Incahuasi (La Rioja), Jesuítico de Jesús María (Córdoba) y Etnológico de Berlín (Alemania), como también de otras en proceso (Universidad del Salvador, Buenos Aires). Del mismo modo se relevaron las colecciones arqueológicas generadas por pobladores del Municipio de Fiambalá. Estos estudios son fundamentales para dar cuenta de los diferentes modos de vida de la gente que habitó estas tierras antes de la llegada de los españoles o en momentos de las interacciones forzadas dadas en el marco de aquella conquista, pero no es menor el objetivo de cumplir con nuestra función social como investigadores.

Las colecciones, ya sea que se encuentren en instituciones (museos públicos o privados) o en manos de particulares, suelen presentar diversos problemas, ya que los objetos e inquietudes de quien llevó a cabo la extracción (excavación o recolección superficial), las técnicas utilizadas y los caminos transitados por las piezas dentro de las diferentes instituciones hacen que los contextos de recuperación de cada una de ellas resulten vagamente recuperables. Sin embargo, existe una diferencia sustancial entre las colecciones depositadas en museos y aquellas en manos de los pobladores locales, más allá de las condiciones ambientales de guarda de los objetos. Con excepción de la Colección Weiser, depositada en el Museo de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata, la mayoría carecen de notas, libretas u otros elementos que posibilitan la re-construcción de los contextos arqueológicos. En cambio, en el caso de las colecciones de los pobladores podemos apelar a su memoria para identificar los lugares de proveniencia de los materiales, es decir dónde los encontró, y así también intentar re-armar los contextos de asociación entre los distintos objetos. Además, el relevamiento arqueológico de las colecciones particulares no solo genera beneficios para el ámbito científico-académico, sino también para los pobladores locales y las autoridades de aplicación provincial. Esto es así porque de esta manera los lugareños pueden regularizar la tenencia de los materiales bajo su custodia; mientras que para las autoridades provinciales es la forma, con nulo costo, de tener registro y documentación del patrimonio cultural que se encuentra fuera de los ámbitos de los museos registrados y es responsabilidad de su gestión.

A continuación, daremos cuenta de los materiales arqueológicos depositados en algunos museos ubicados fuera del área de donde provienen los objetos, y luego de aquellos en tenencia de pobladores de la comuna fiambalense.

Curiosamente la mayoría de las piezas que conforman la colección del Museo del Hombre de Fiambalá no tiene referencias específicas de los lugares de proveniencia, ya que mayormente se trata de donaciones de pobladores que entregan al museo las piezas que fueron recuperadas por sus familiares y solo puede asumirse que son de la región, pero no de un lugar determinado.

Es importante resaltar que el relevamiento de las colecciones arqueológicas nos permite registrar, por ejemplo, en el caso de las piezas cerámicas, las dimensiones, las imágenes desplegadas en ellas, los rastros de uso de objetos enteros que mayormente provienen de contextos funerarios. De esta manera, funcionan como marcos de referencia de los conjuntos fragmentarios con los que solemos trabajar los arqueólogos.

Colecciones depositadas en museos extra-regionales

Tal como antes mencionamos, varias son las colecciones arqueológicas que provienen de tierras fiambalenses, pero están depositadas en museos fuera de la jurisdicción de Catamarca. Aquí nos concentraremos en dos de ellos: la Colección Dreidemie y la Colección Gómez, las cuales se encuentran depositadas en el Museo Jesuítico Nacional de Jesús María (MJNJM, Córdoba) y en el Museo Arqueológico Regional Incahuasi (MARI, La Rioja), respectivamente.

Oscar Dreidemie fue un cura jesuita que se desempeñó como Director del MJNJM desde su creación en 1946 hasta su fallecimiento en 1971. Entre los años 1949 y 1951 realizó numerosas excavaciones de entierros en los alrededores del actual pueblo de Medanitos del Municipio de Fiambalá (ver capítulo 1). De sus derroteros por la zona escribió dos artículos, uno en 1951 y otro en 1953, ambos publicados en la Revista Mundo Atómico que se editó entre 1950 y 1955. El jesuita informó del hallazgo de distintos tipos de tumbas como hipogeos, hornillos de piedra “troja”, cámara con techo de vigas de maderas y entierros en urna. Por la cantidad y concentración espacial de las 51 tumbas excavadas podemos decir que se trataba de cementerios indígenas. Diferentes clases de objetos acompañaban a los cuerpos inhumados, como por ejemplo piezas cerámicas, sogas, tejidos, agujas, calabazas labradas, collares y minerales (Figura 12.1). Las únicas referencias breves a los restos humanos las realizó para dar cuenta de la recuperación de cráneos dentro de urnas y envueltos en tejidos o de la presencia de cuerpos decapitados. No hemos podido dar con las libretas de campo de Dreidemie que dieran cuenta de los objetos recuperados en cada tumba. Por lo tanto, no podemos conocer cuáles piezas fueron halladas en cada tumba, es decir, no tenemos la asociación entre los objetos para dar cuenta de los comportamientos mortuorios (ver capítulo 9). Desgraciadamente en las dos publicaciones del jesuita solo se dan referencias generales sin especificar cada uno de los contextos de recuperación. Quizás esta colección sea el mejor ejemplo que se le pueda brindar al lector para que internalice los intrincados caminos que recorren los objetos que hoy conforman una colección arqueológica. Al respecto,

Dreidemie informa en sus publicaciones que una parte de los materiales la trasladó al MJNJM, del cual era director, pero que otra la envió al laboratorio arqueológico anexo al Observatorio de Física Cósmica de San Miguel, provincia de Buenos Aires, que fuera manejado por la Compañía de Jesús hasta el año 1977 cuando fuera entregado a la Fuerza Aérea Argentina. Luego de un largo periplo investigativo, que puede consultarse en la nota 6 de la publicación de Ratto del año 2015 (ver bibliografía recomendada), estamos en condiciones de afirmar que esa parte de la colección se encuentra depositada en las instalaciones del Campus Nuestra Señora del Pilar de la Universidad del Salvador de la ciudad de Pilar en la provincia de Buenos Aires, y a la fecha aún no pudimos concretar su relevamiento. Hasta el momento nuestro equipo de investigación solo ha relevado la parte de la colección depositada en el MJNJM, y los fechados radiométricos nos permiten ubicar a los entierros entre los siglos XIII y XIV d.C.

Por su parte, en el Museo Incahuasi en la ciudad de La Rioja, dependiente de la orden Franciscana, se encuentra depositada la colección arqueológica que proviene de las numerosas tumbas excavadas por fray Bernardino Gómez en el área de Guanchín, a pocos kilómetros de la ciudad de Fiambalá, camino a la cordillera (ver capítulo 1). Desconocemos exactamente la cantidad de tumbas exhumadas asistemáticamente y el contexto preciso del hallazgo de los materiales ya que en este caso tampoco contamos con notas de campo, libretas u otro tipo de referencias que posibiliten el re-armado de los contextos funerarios excavados. Gómez solo realizó menciones de sus hallazgos en una nota periódica publicada en el diario Los Principios de Córdoba en el año 1953 gracias a la cual solo sabemos que los numerosos objetos de cerámica, metal, madera y textil que hoy se encuentran en exhibición en el museo formaban parte del ajuar asociado a restos óseos que conservaban sus vestimentas y adornos personales. Aunque no contamos con fechados radiométricos, el relevamiento de las piezas cerámicas realizado por integrantes de nuestro equipo permite postular que, en función de sus formas y de las imágenes desplegadas en ellas, estos entierros también se ubicarían entre los siglos XIII y XIV (Figura 12.2).

Colecciones en tenencia de pobladores locales

A lo largo del desarrollo de nuestro proyecto hemos relevado colecciones de piezas arqueológicas producto de excavaciones asistemáticas realizadas por pobladores locales. Aunque no contamos con registros escritos, notas o libretas de campo, tenemos a favor el registro oral de los pobladores, lo que nos permite ubicar los lugares intervenidos que en muchos casos fueron intensamente alterados por la acción de agentes naturales o el crecimiento residencial y/o rural de los pueblos. Estas tareas fueron posibles porque previamente construimos una relación de cooperación con los pobladores, ya que luego del relevamiento confeccionamos las fichas de registro generales o reglamentadas por el Registro Nacional de Yacimientos, Colecciones y Objetos Arqueológicos en el marco de la

Ley Nacional 25743/04 y provincial 4218/84. De esta forma, quedó declarada la totalidad de las piezas arqueológicas bajo tenencia personal de cada poblador.

La colección de Juan Bayón proviene de un área cercana a la excavada por el Fray Gómez en la década de 1950, la de Lorenzo Castro de los parajes de Mishma en cercanías del pueblo de Saujil y la de Osvaldo Pereira del mismo ejido del pueblo de Saujil. Por su parte, la conformada por Mario Quintar proviene de la periferia del pueblo de Palo Blanco, y actualmente está depositada en instalaciones de la Delegación Municipalidad con la idea de crear un museo comunitario, caso similar al de Pereira cuya intención es fundar un museo privado. Cada colección tiene sus particularidades no solo por los tipos de piezas que la componen, sino también por la posibilidad de rearmar los contextos, generalmente, funerarios y, en algunos casos, poder datarlos.

De todas las colecciones arqueológicas conformadas por pobladores locales y relevadas por nuestro equipo de investigación, nos focalizaremos en la conformada por el poblador Osvaldo Pereira. Este lugareño, nacido y criado en el pueblo de Saujil, realizó recolecciones de materiales arqueológicos en superficie y/o excavó tumbas que contenían objetos diversos como acompañamiento del difunto. Su intención no fue la de generar lucro con el patrimonio, sino la de crear un museo privado en su localidad natal de Saujil abierto a turistas y visitantes. Entre las distintas razones que le otorgan una relevancia especial a la Colección Pereira, podemos mencionar:

- a) La gran riqueza artefactual que presenta la colección, especialmente porque está conformada por una gran diversidad de objetos (alfarería, lítico, metal, óseo, madera y valvas, entre otros) (Figura 12.3 A). Tanto por el repertorio de imágenes desplegadas en las piezas cerámicas como por el diseño de las puntas de proyectil líticas, es muy probable que los materiales de esta colección pertenezcan a las sociedades agro-pastoriles asentadas en el actual pueblo de Saujil entre los siglos X y XIV.
- b) A pesar de que Pereira no generó un registro escrito de qué hizo y cómo lo hizo, fue posible reconstruir algunos contextos funerarios y ubicar espacialmente de dónde provenían muchos de los artefactos recuperados por él y relevados por nosotros, especialmente los conjuntos líticos y cerámicos, tanto a través de la narrativa oral como de un plano-croquis elaborado por el mismo poblador. El re-armado de los contextos funerarios es fundamental para establecer la asociación entre los objetos que acompañaban a los difuntos (Figura 12.3 B). Además, pudimos tomar muestras orgánicas para obtener fechados radiométricos de algunos de los contextos funerarios re-armados. De esta forma, logramos definir los tres ejes arqueológicos: contenido, espacio y tiempo.
- c) Los materiales de la colección provienen del ejido del pueblo, o sea donde hoy la gente vive y realiza sus actividades en forma cotidiana, y que además sufrió intensas transformaciones en el tiempo, principalmente por la construcción de residencias y la expansión de las fincas agrícolas. Este aspecto es muy interesante porque nos está “hablando” de un “espacio persistente” que fue ha-

bitado a lo largo de varios siglos y llega a nuestros días.

- d) Como producto del relevamiento confeccionamos las fichas de registro y documentación de acuerdo a lo dispuesto por el Registro Nacional de Yacimientos, Colecciones y Objetos Arqueológicos en el marco de la Ley Nacional 25743/04 y provincial 4218/84. De esta forma, quedó declarada la totalidad de las piezas arqueológicas bajo tenencia del poblador local.
- e) Es importante resaltar que, en el marco de la interacción con el poblador y su familia, se tuvo información sobre nombres de la toponimia local y otros lugares que pueden ser considerados como sitios históricos, por ejemplo, la casa abandonada de Legarralde en Saujil, donde habitó el arqueólogo alemán Max Uhle en 1893. Además, nos contactó con otros pobladores que también excavaron sitios, a veces en los patios de sus casas, pero que desgraciadamente de esas intervenciones solo queda el registro oral dado que las piezas arqueológicas fueron vendidas o regaladas en el marco de los procesos de expoliación que marcamos en este capítulo.

En resumen, la Colección Pereira nos brinda información sobre la historia del espacio de estas tierras, desde las poblaciones agro-pastoriles del primer milenio de la era hasta momentos de la conquista incaica. Esta historia continúa con la formación de encomiendas durante la conquista española, tal como surge de la documentación histórica estudiada (ver capítulo 2) y llega a nuestros días en el marco de procesos ocurridos en época republicana.

RECAPITULANDO

Los estudios de colecciones arqueológicas permiten que los materiales dejen de ser “objetos” aislados para ser observados y puedan ser analizados y contextualizados en el espacio y en el tiempo para avanzar así en la reconstrucción de las tramas de relaciones sociales de las que participaron en el pasado. La mayor prueba de ello es la Colección Pereira ya que constituye un claro ejemplo de los beneficios que conlleva la construcción de un círculo virtuoso que contenga a todas las partes (arqueólogos, comunidad local y autoridades de gestión patrimonial). Además, las intensas alteraciones ocurridas a lo largo del tiempo, tanto por agentes naturales como antrópicos, es decir humanos, los que condicionan que gran parte de las ventanas que podemos abrir para conocer el pasado de estas tierras provenga de la articulación de los saberes de los arqueólogos y de los pobladores locales, especialmente de su memoria oral.

Esperamos que nuestro proyecto de voluntariado universitario “Conocer-valorar-proteger”, con sus diferentes actividades programadas, aporte a la construcción de un sentido de pertenencia de los distintos actores sociales de los pueblos del Municipio de Fiambalá, que redundará no solo en la salvaguarda del patrimonio cultural-arqueológico sino también en su inserción dentro de la trama productiva regional en el marco de un desarrollo sostenible, especialmente enfocado al turismo alternativo eco-cultural.

Figura 12.1.



Figura 12.1.
Materiales arqueológicos
provenientes de la Colección
Dreidemie depositada en el
Museo Jesuítico Nacional
de Jesús María (Córdoba),
provenientes del pueblo de
Medanitos y alrededores

Figura 12.2.
Materiales arqueológicos
provenientes de la Colección
Gómez depositada en el
Museo Incahuasi (La Rioja),
provenientes del área de
Guanchín y alrededores

Figura 12.2.



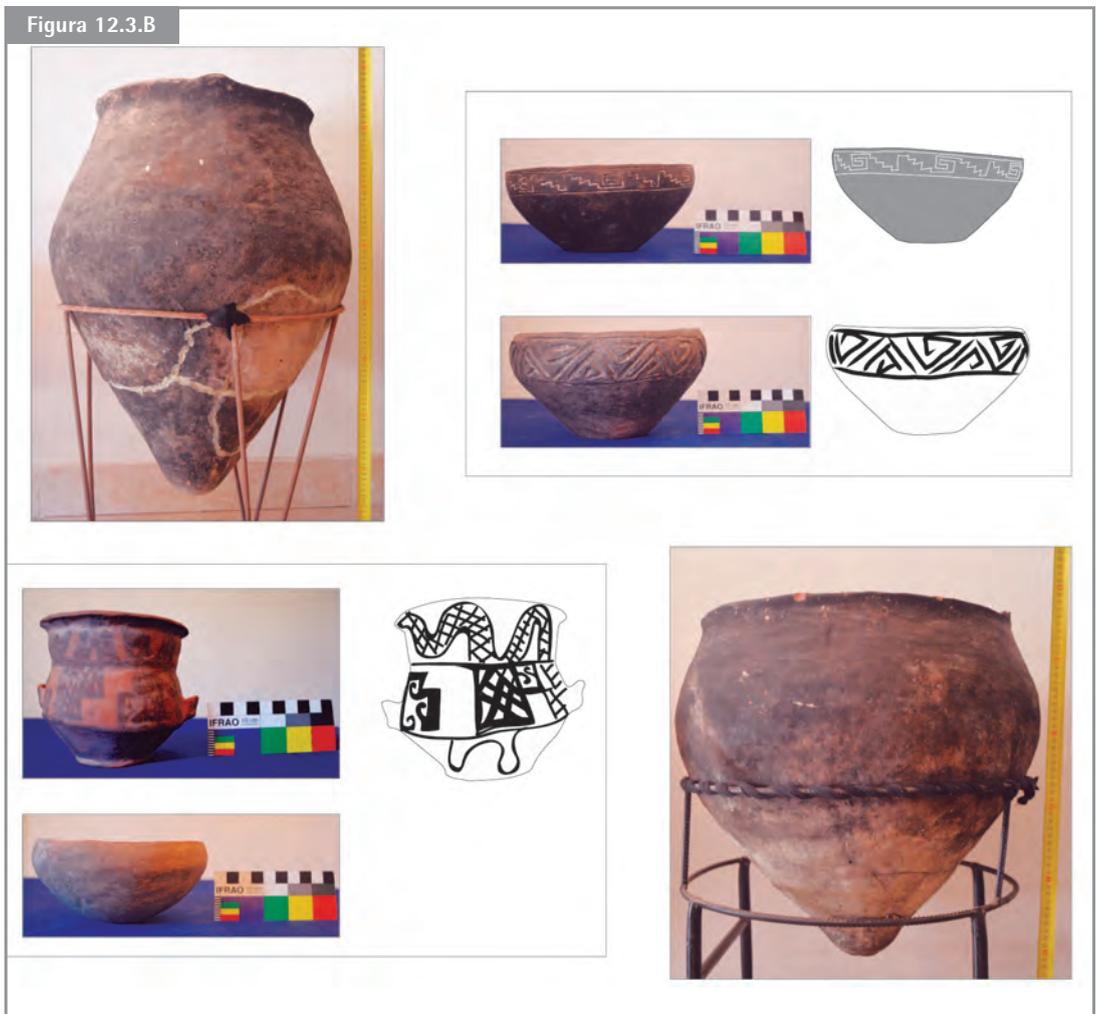
Figura 12.3.A



Figura 12.3.

A = Algunas piezas arqueológicas de la "Colección Osvaldo Pereira", en tenencia del poblador local de Saujil. B = Piezas cerámicas que conformaban dos contextos funerarios que pudieron ser re-armados a partir de la información provista por el mismo poblador

Figura 12.3.B



ABREVIATURAS

a.C.= antes de Cristo

d.C.= después de Cristo

AP= antes del presente

ca.= *circa* del latín que equivale a “aproximadamente”

msnm= metros sobre el nivel del mar

NOA= noroeste argentino. Región geográfica integrada por las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca.

PACH-A= Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Almidón= ver *microrrestos botánicos*

Años calibrados= la calibración de fechas radiocarbónicas se realiza para convertir los años AP (antes del presente) en años civiles o de calendario. A corto plazo, la diferencia entre las dos es causada por las fluctuaciones en la modulación helio-magnética de la radiación cósmica galáctica y, más recientemente, por la quema de combustibles fósiles en grandes proporciones y las pruebas de armas nucleares. En cambio, las variaciones geomagnéticas son la causa probable de las diferencias más lejanas en el tiempo.

Aríbalo= es la forma más representativa de la cerámica incaica asociada con el almacenaje y el transporte de líquidos (agua y chicha, por ejemplo). Tiene cuerpo globular, cuello alargado y boca de labios volteados.

Cadena trófica= (del griego *trophos*, alimentar, nutrir) describe el proceso de transferencia de sustancias nutritivas a través de las diferentes especies, en el que cada uno se alimenta del precedente y es alimento del siguiente. También conocida como cadena alimenticia o cadena alimentaria, es la corriente de energía y nutrientes que se establece entre las distintas especies de un ecosistema en relación con su nutrición.

Cista= es un tipo de tumba cuya cámara, de forma generalmente circular en el NOA, es de rocas y fue cerrada con el mismo material (lo que se denomina techo en falsa bóveda) o con madera.

Contexto arqueológico= es el sistema de materiales arqueológicos que se encuentran relacionados en espacio y tiempo como resultado de la actividad social realizada en condiciones concretas.

Cosmovisión o cosmología= es la manera de ver e interpretar el mundo por distintas sociedades a lo largo del tiempo. Desde la antigüedad todas las culturas del mundo han tenido que asumir una concepción del mundo, donde se explican tanto la existencia del mundo como del individuo.

Cota altitudinal= es la distancia vertical al plano de la Tierra, o plano base, considerado como de nivel cero. Generalmente el nivel del mar próximo se toma como plano de tierra.

Datación por radiocarbono= es un método de datación radiométrica que utiliza el isótopo carbono-14 (^{14}C) para determinar la edad de materiales que contienen carbono hasta unos 50.000 años de antigüedad.

Datación (método)= son todos aquellos métodos y técnicas a los que recurre la arqueología para datar, otorgar tiempo, a un objeto o un artefacto proveniente de un sitio arqueológico.

Diatomeas= es una clase de algas unicelulares de caparazón silíceo formado por dos valvas de tamaño desigual, de modo que la valva más pequeña encaja en la mayor; pueden vivir en el mar, en agua dulce o en la tierra húmeda. Son consideradas un

proxy para estudios paleoambientales.

Encomienda= fue una institución que permitió consolidar la dominación del espacio que se conquistaba ya que organizaba a la población indígena como mano de obra forzada de manera tal de beneficiar a la corona española.

Escala= es una relación proporcional que se da entre las medidas de una cosa real y su representación gráfica o material. Por lo tanto, se trata de un cálculo matemático que pretende ajustar las proporciones reales de una cosa cuando éstas disminuyen o aumentan. La escala es un recurso muy utilizado a la hora de hacer mapas, representaciones gráficas o reproducciones materiales de cosas o imágenes. De esta manera, la escala representa las mismas dimensiones únicamente que en un plano menor o mayor, lo que guarda las proporciones. Existen distintos tipos de escalas, las cuales se definen a partir del uso o representación proporcional que se da de una cantidad.

Escala espacial= provee una forma “corta” de presentar longitudes relativas, áreas, distancias y tamaños.

Escala temporal= es el marco de referencia para representar los eventos de la Historia de la Humanidad ordenados cronológicamente. Establece divisiones y subdivisiones de los procesos culturales, las cuales están basadas principalmente en dataciones radiométricas de materiales orgánicos.

Estudio de impacto ambiental= es un estudio técnico, objetivo, de carácter pluri e interdisciplinario, que se realiza para predecir y gestionar los impactos ambientales que pueden derivarse de la ejecución de un proyecto, actividad o decisión política permitiendo la toma de decisiones sobre su viabilidad ambiental. Constituye el documento básico para el proceso de Evaluación del Impacto Ambiental.

Etnohistoria= es la disciplina que articula antropología e historia para reconstruir la historia cultural de los diferentes grupos étnicos del mundo, mediante la reconstrucción de la cultura y las formas de vida antiguas a través de diferentes fuentes documentales escritas.

Evaluación de impacto ambiental= es el procedimiento técnico-jurídico-administrativo que sirve para identificar, prevenir e interpretar los impactos ambientales que producirá un proyecto en su entorno en caso de ser ejecutado; todo ello con el fin de que la administración competente pueda aceptarlo, rechazarlo o modificarlo.

Evidencia arqueológica= consiste en el conjunto de ítems materiales, sean éstos artefactos, ecofactos, rasgos o estructuras que el arqueólogo dispone luego de su recuperación durante el trabajo de campo. Las mencionadas categorías de evidencia consisten en:

- a) Artefactos: objetos confeccionados, usados y/o modificados por la actividad humana (portables y no-portables) y sus subproductos: instrumentos en rocas, cerámica, metal, hueso, desechos líticos, astillas, entre otros.
- b) Rasgos: Componentes de lugares ocupados por humanos que conforman artefactos no-portables: fogones, agujeros de postes, pozos de almacenamientos, entre otros.
- c) Estructuras: Rasgos complejos o combinados que conforman construcciones tales como viviendas, corrales, graneros, entre otros.
- d) Ecofactos: Compuestos por: (i) restos orgánicos, no-artefactuales, que consisten en los restos de animales o plantas utilizadas, modificadas y/o consumidos directamente por humanos (vestigios arqueofaunísticos, arqueobotánicos, concheros); (ii) ambientales, que son aportados por el medio físico (polen, bolos de regurgitación, diatomeas, entre otros), y (iii) anomalías físico-químicas, las que se manifiestan en cambios en las características físicas y químicas de los sedimentos por acumulación de desperdicios de diferente clase (basura, excremento, orina, entre otros).

Fitolito= ver *microrrestos botánicos*.

Flujo piroclástico= también llamado colada piroclástica, nube ardiente o corriente de densidad piroclástica. Es una mezcla de gases volcánicos, materiales sólidos calientes y aire atrapado, que se mueve a nivel del suelo y resulta de ciertos tipos de erupciones volcánicas. Suelen ser letales debido a su movimiento veloz y altas temperaturas.

Impacto Ambiental = es la alteración del medio ambiente, provocada directa o indirectamente por un proyecto o actividad en un área determinada.

Investigación arqueológica= la arqueología es una ciencia que estudia los cambios que se producen en sociedades antiguas o del pasado, a través del análisis de los restos materiales distribuidos en el espacio y contenidos en el tiempo.

Kero= es un vaso incaico, habitualmente de madera, de forma troncocónica, más ancho en la boca que en la base.

Latitud= coordenada que se utiliza para conocer la distancia media en grados desde un lugar de la Tierra al Ecuador.

Longitud= distancia media en grados desde un lugar de la Tierra al meridiano de Greenwich.

Material arqueológico= incluye cualquier objeto (entidad discreta) sobre el que se ha efectuado alguna actividad humana de manera no ocasional y que se encuentre abandonado. Estos hallazgos o materiales forman parte de la evidencia arqueológica. De tal manera, las actividades humanas que son relevantes para la investigación arqueológica son las que obedecen a la satisfacción de necesidades socialmente determinadas y no son debidas al azar. Los materiales arqueológicos variarán morfológicamente de acuerdo al tipo de materia prima sobre el que haya recaído la actividad humana y al tipo, intensidad y característica del trabajo que haya recibido, así como la función del objeto, las alteraciones que haya sufrido y las modalidades culturales.

Merced de tierras= fue una institución jurídica de la Corona de Castilla, en los siglos XV y XVI, aplicada en las colonias de América, consistente en una adjudicación de predios (tierras) realizada en beneficio de los vecinos de un lugar, que se realizaba como método de incentivar la colonización de las tierras conquistadas.

Microrrestos botánicos= son distintos tipos de partículas microscópicas de origen vegetal, tales como gránulos de almidón, fitolitos y granos de polen. Los dos primeros son componentes orgánicos y minerales generados como productos de reserva o desecho del metabolismo de las plantas; mientras que el polen son los granos que

se hallan en los **órganos masculinos** de las flores y que presentan los gametofitos de la planta.

Mitología= es el conjunto de mitos relativamente cohesionados de una cultura, un pueblo, una religión. Los mitos son relatos basados en la tradición, creados para explicar el universo, el origen del mundo, los fenómenos naturales y cualquier cosa para la que no haya una explicación simple. Sin embargo, no todos los mitos tienen un propósito explicativo. Igualmente, la mayoría de los mitos están relacionados con una fuerza natural o deidad, pero muchos son simplemente historias que se han ido transmitiendo oralmente de generación en generación.

Manopla= es una pieza de metal que cubre y protege la mano.

Muestra= es una parte o cantidad pequeña de una cosa que se considera representativa del total y que se toma o se separa de ella con ciertos métodos para someterla a estudio, análisis o experimentación.

Nómades o nómadas= son grupos de personas que viven en comunidad y se trasladan de un lugar a otro, en vez de establecerse permanentemente en un solo lugar.

Ostrácodos= es una clase de crustáceos de muy reducido tamaño, mayormente microscópicos. Son considerados proxy para los estudios paleoambientales porque son muy sensibles a los cambios ambientales.

Pastillaje (en cerámica)= refiere a la técnica decorativa consistente en agregar piezas de barro hechas a mano, a la superficie lisa de la vasija u objeto. Éstas a su vez pueden ser decoradas mediante otras técnicas,

Patrimonio Arqueológico= constituye una de las principales fuentes para el conocimiento de nuestro pasado, es un legado y una señal de nuestra identidad cultural, siendo la conservación y transmisión de esta herencia común a las generaciones venideras una responsabilidad que recae en toda la sociedad, dado que está compuesto por bienes de propiedad colectiva. Forman parte del patrimonio arqueológico las cosas muebles e inmuebles o vestigios de cualquier naturaleza, que se encuentren en la superficie, subsuelo o sumergidos en aguas jurisdiccionales, que puedan proporcionar información sobre los grupos socioculturales que habitaron el país, desde épocas precolombinas hasta épocas históricas recientes.

Proxy (datos)= refieren a la información provista por otras líneas de evidencia independientes al registro arqueológico, pero que aportan información relevante al problema de investigación, especialmente de reconstrucción paleoambiental. El manejo de este tipo de datos implica conocer las li-

mitaciones espacio-temporales de la información que cada línea de evidencia puede proveer. Por ejemplo, el polen es un indicador aproximado de la composición de la vegetación e incluso en ocasiones es posible inferir las condiciones climáticas (humedad y temperatura).

Planimetría= parte de la topografía que trata de la medición y representación de una porción de la superficie terrestre sobre una superficie plana.

Paleoantropología= es una parte de la antropología que estudia los restos humanos fósiles.

Paleoambiente/paleoambiental= el medio ambiente pasado de un área durante un período determinado de su historia.

Paleobotánica= también conocida como **arqueobotánica**, estudia las interacciones antiguas entre los seres humanos y el mundo vegetal, tanto a través de macrorrestos (semillas, frutos, rizomas) como de microrrestos (gránulos de almidón, fitolitos, polen).

Paleozoología, zooarqueología o arqueofauna= es la disciplina que se encarga del estudio de los restos animales que se encuentran en contextos arqueológicos.

pH= es el coeficiente que indica el grado de acidez o basicidad de una solución acuosa. El pH neutro es 7 (siete), si el número es mayor la solución es básica; mientras que si es menor es ácida.

Piedra pómez= es una roca de color grisáceo, muy porosa y áspera, que se forma a través del proceso rápido que ocurre cuando el magma llega a la superficie terrestre y luego se enfría.

Piedra Rosetta= es un fragmento de una antigua roca egipcia que contenía un mismo texto escrito en tres escrituras distintas: griego antiguo, escritura demótica (antigua escritura egipcia) y jeroglífico. A partir del análisis y la comparación con la escritura griega y la demótica que eran conocidas fue posible ir descifrando los jeroglíficos.

Plasticidad (en cerámica)= es la capacidad que tiene la arcilla en estado húmedo de deformarse sin romperse durante las tareas de levantamiento de una vasija.

Prospecciones (arqueológicas)= es una metodología para relevar y explorar la superficie de un área determinada para reconocer la existencia de restos o materiales arqueológicos.

Puna= altiplano o meseta de altura, próxima a la cordillera de los Andes.

Reciprocidad andina= la reciprocidad es la **correspondencia mutua** de una persona o cosa con otra. Algo recíproco es aquello que se hace como devolución, compensación o restitución. El principio de la reciprocidad, como base fundamental de la cosmovisión andina, tiene una lógica que es parte de la vida cotidiana de muchos pueblos y comunidades de Bolivia y de todos los Andes. Los andinos la han recreado a través de los siglos para su reproducción biológica y cultural.

Registro arqueológico= está constituido por la evidencia arqueológica, más la información complementaria proveniente de los procesos de formación del registro.

Relicto= son restos de materiales o elementos generados o formados en el pasado

(sedimento, suelo, entre otros), bajo condiciones diferentes a las actuales y que se ha conservado hasta la actualidad.

Sedentarismo= es la forma social de vida de una comunidad humana que se establece de forma estable en un lugar.

Secuencia regional= es la que da cuenta de la variabilidad y los cambios registrados a través del tiempo en una misma clase de materiales arqueológicos de una región específica (formas de piezas cerámicas, diseños visuales en las vasijas, entre otras).

Sitio arqueológico= también denominado yacimiento, es una concentración de restos o evidencia arqueológica (artefactos, rasgos, estructuras y ecofactos).

Topografía=es el conjunto de características que presenta la superficie o el relieve de un terreno.

Yunga= es una ecorregión de bosque montano que acompaña a la cordillera de Los Andes, especialmente por el flanco oriental, desde el norte del Perú hasta el norte de Argentina.

Vara (unidad de medida)= fue una unidad de longitud utilizada en España y Portugal, que fue introducida en América en tiempos de la conquista española. Cada región podía otorgarle una longitud, pero mayormente se utilizaba la vara castellana o vara de Burgos que representaba 0,8359 metros, tres veces el pie castellano (0,2786 m).

BIBLIOGRAFÍA

(en gran parte disponible en la página web www.proyectopacha.com.ar
y/o revistas científicas o editoriales)

RECOMENDADA POR CAPÍTULO:

CAPÍTULO 1

Ratto, N.

2013. A modo de introducción: la articulación de estudios arqueológicos, paleoambientales e históricos en el oeste tinogasteño (Catamarca). En: Ratto, N. (compiladora), *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño*, pp. 17-44. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Ratto, N.; M. Basile y A. Feely

2012. Rutas y espacios conectados: las tierras altas y bajas del oeste tinogasteño ca. 2000-1000 A.P. (Catamarca). *Revista de Antropología Chilena* 26 (2):33-58.

Ratto, N.; M. Basile, A. Feely, I. Lantos, L. Coll, D. Carniglia y J. P. Miyano

2015. La gente y sus prácticas en las tierras bajas y altas del oeste tinogasteño en los siglos I al XIII (Catamarca, Argentina). En: Korstanje, A.; M. Lazzari, M. Basile, M. F. Bugliani, V. Lema, L. Pereyra Domingorena y M. Quesada (editores), *Crónicas materiales precolombinos. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino*, pp. 215-245. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

CAPÍTULO 2

Babot, M. P.; F. Pazzarelli y M. Marschoff (editores)

2012. *Las manos en la masa. Arqueologías, Antropologías e Historias de la Alimentación en Suramérica*. Corintios 13, Córdoba.

Bonomo, N.; E. Lascano, L. Martino, A. Osella y N. Ratto

2006. Obtención del Mapa de un Complejo Habitacional en Palo Blanco, Catamarca, Aplicando Geoelectrónica y Georadar. En: Osella, A. y J. L. Lanata (editores), *Arqueogeofísica. Una metodología interdisciplinaria para explorar el pasado*, pp. 151-164. Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Buenos Aires.

Cañabate Guerrero, M. L. y A. S. Vizcaíno 1995. Análisis de indicadores bioquímicos del contenido de recipientes arqueológicos. *Complutum* 6:281-291.

Gil, A. F. ; G. A. Neme y R. H. Tykot

2010. Isótopos estables y consumo de maíz en el centro occidente argentino: tendencias temporales y espaciales. *Chungara* 42 (2):497-513.

Panarello, H.; A. Tessone y A. Zangrando 2010. Isótopos estables en arqueología: principios teóricos, aspectos metodológicos y aplicaciones en Argentina. *Xama* 19-23:115-133.

Tomasini, E.; M. Basile, N. Ratto y M. Maier

2012. Evidencias químicas de deterioro ambiental en manifestaciones rupestres: un caso de estudio del oeste tinogasteño (Catamarca, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 17 (2):27-38.

CAPÍTULO 3

Orgaz M.; N. Ratto y L. Coll

2014. Aportes para la construcción de los paisajes agrícolas en la región de Fiambalá, Tinogasta, Catamarca: nuevas evidencias. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXIX* (1):79-94.

Ratto, N.; D. Carniglia y L. Coll

2012. Ocupación del área de "Los Seismiles" desde tiempos Formativos a recientes (Departamento Tinogasta, Catamarca): nuevas evidencias. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVII* (1): 207-216.

CAPÍTULO 4

Alcaraz Castaño, M.

2009-2010. *Análisis arqueológicos de las industrias líticas*. Cuadernillo de seguimiento de los seminarios de Arqueología Área de Prehistoria. Área de Prehistoria, Departamento de Historia y Filosofía. Editado por Universidad de Alcalá.

Civalero, M. T.

2006. De roca están hechos: Introducción a los análisis líticos. En: Pérez de Micou, C. (editora), *El Modo de Hacer las Cosas. Artefactos y Ecofactos en Arqueología*, pp. 35-65. Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Buenos Aires.

Colombo, M. y R. Vecchi

2013. Saber hacer, saber usar: reflexiones a partir de una experiencia didáctica

con armas prehispánicas. *Revista del Museo de La Plata. Sección Antropología* 13 (87):199-217.

Sacchi, M.

2014. Consideraciones preliminares sobre indicadores de pericia técnica en núcleos y artefactos producidos por talla bifacial. Una aproximación experimental. *Intersecciones en Antropología* 15:323-337.

Tarback, E. J., F. K. Lutgens, y D. Tasa, D. 2005. *Ciencias de la tierra. Una introducción a la geología física*. Pearson Educación S. A., Madrid.

CAPÍTULO 5

Cremonte, M. B. y M. F. Bugliani

2010. Pasta, Forma e Iconografía. Estrategias para el estudio de la cerámica arqueológica. *Xama* 19-23:239-262.

Feely, A.

2013. Los modos de hacer vasijas: elecciones técnicas y estilos tecnológicos del oeste tinogasteño (Catamarca). En: N. Ratto (compiladora), *Delineando Prácticas de la Gente del Pasado: los Procesos Sociohistóricos del Oeste Catamarqueño*, pp. 69-130. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Menacho, K.

2006. Etnoarqueología y estudios sobre funcionalidad cerámica: aportes a partir de un caso de estudio. *Intersecciones en Antropología* 8:149-161.

Orton, C.; P. Tyers y A. Vince

1997. *Cerámica en Arqueología*. Grijalbo, Barcelona.

CAPÍTULO 6

Angiorama, C.

1998. La metalurgia en tiempos prehispánicos. *Cuadernos del TucuTucu* n° 4:1-8. Instituto de Arqueología y Museo, UNT, San Miguel de Tucumán.

Arnold, D. y E. Espejo

2013. *El Textil Tridimensional. La Naturaleza del Textil como Objeto y como Sujeto*. Fundación Albó e ILCA, La Paz.

González, L. R.

2004. *Bronces sin Nombre. La Metalurgia Prehispánica en el Noroeste Argentino*. Ediciones Fundación CEPPA, Buenos Aires.

Museo Chileno de Arte Precolombino. Recursos educativos. <http://www.precolombino.cl/recursos-educativos/tecnologias-precolombinas/> (acceso Julio, 2016).

Renard, S.

1997. Objetos textiles, pasos y caminantes trasandinos. Piezas similares y rasgos comunes entre textiles de Argentina y Chile. *Estudios Atacameños* 14:291-305.

Sinclair, C.; S. Hoces de la Guardia y P. Brugnoli

2006. *Awakhuni. Tejiendo la Historia Andina*. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

CAPÍTULO 7

Basile, M.

2013. Las manifestaciones plásticas de la región de Fiambalá: cambios y continuidades entre los siglos V al XV. En: Ratto, N. (compiladora), *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño*, pp. 177-250. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Falchi, M. y M. Podestá

2014. *Los Colores de la Prehistoria: Guachipas*. Asociación de Amigos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.

Fiore, D.

2009. *¿Querés saber cómo era la tecnología en la prehistoria?* Divulgación Científica para niños. Editorial Eudeba, Buenos Aires.

Museo Chileno de Arte Precolombino. Recursos educativos. <http://www.precolombino.cl/recursos-educativos/arte-rupestre/> (acceso Julio, 2016).

Ratto, N. y M. Basile

2012-2014. Los grabados más septentrionales del oeste tinogasteño y su conexión con la Puna Sur (Catamarca, Argentina). *Mundo de Antes* 8: 195-212.

Raviña, M. G. y A. B. Callegari

1998. Las figurinas de la Cultura de La Aguada. *Corpus Antiquitatum Americanensium*, Vol 2:1-61. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

CAPÍTULO 8

Giovannetti M. A.; I. Lantos y N. Ratto

2015. Identificación de almidones de maíces catamarqueños: aplicación a dos casos arqueológicos. *Comechingonia* 19:235-255.

Lantos, I.

2013. De residuos y vasijas: prácticas alimentarias en el oeste tinogasteño. En: Ratto, N. (compiladora), *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño*, pp. 379-402. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires

Miyano, J. P.; M. De Nigris y N. Ratto

2015. Zooarqueología de la Aldea de Palo Blanco (Tinogasta, Catamarca). *Revista del Museo de Antropología* 8 (2):7-20.

Olivera, D.

1997. La importancia del Recurso Camelidae en la Puna de Atacama entre los 10.000 y 500 años AP. *Estudios Atacameños* 14:29-41.

Ratto, N. y M. De Nigris

2012. El consumo de camélidos (*Vicugna vicugna*) en un sitio ceremonial de la alta cordillera andina (Departamento Tinogasta, Catamarca, argentina). *Chungara. Revista de Antropología Chilena* 44 (2):287-298.

Ratto, N.; V. Lema y M. L. López

2014. Entierros y ofrendas: Prácticas mortuorias, agrícolas y culinarias en los siglos XIII y XIV en Tinogasta (Catamarca, Argentina). *Revista Darwiniana. Nueva Serie* 2(1):125-143.

Vilá, B.

2012. *Camélidos sudamericanos*. EUDEBA. Buenos Aires.

Yacobaccio, H.; C. Madero, M.

Malmierca y M. Reigadas

1997-1998. Caza, domesticación y pastoreo de camélidos en la Puna Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 22-23:389-418.

CAPÍTULO 9

Ratto, N.; A. Feely y M. Basile

2007. Coexistencia de Diseños Tecno-Estilísticos en el Período Tardío Preincaico: El Caso del Entierro en Urna del Bebé de La Troya (Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Revista Intersecciones en Antropología* 8:69-86.

Ratto, N.; V. Lema y M. L. López

2014. Entierros y ofrendas: Prácticas mortuorias, agrícolas y culinarias en los siglos XIII y XIV en Tinogasta (Catamarca, Argentina). *Revista Darwiniana. Nueva Serie* 2(1):125-143.

Ratto, N.; C. Aranda y L. Luna

2016. Bioarqueología del Área Valliserrana de Catamarca (siglos VI a XV): nuevos resultados y tendencias. *Intersecciones en Antropología* 17: 157-171.

CAPÍTULO 10

Choque, C. y E. Pizarro

2013. Identidades, continuidades y rupturas en el culto al agua y a los cerros en Socoroma, una comunidad andina de los Altos de Arica. *Estudios Atacameños* 45:55-74.

Descola, P.

2013. *Diversité des Natures, Diversité des Cultures*. Les Petites Conférences. Editorial Bayard, París.

Ratto, N. y M. Orgaz

2009. Poder, control y volcanes: El estado

Inka en el volcán Incahuasi. (Tinogasta, Catamarca, Argentina). En: Ratto, N. (compiladora), *Entrelazando Ciencias: Sociedad y ambiente antes de la conquista española*, pp. 159-174. EUDEBA, Buenos Aires.

Orgaz, M. y N. Ratto

2015. Estrategias de ocupación incaica en el sur del Noroeste Argentino (Departamento Tinogasta, Catamarca): la apropiación de paisajes sagrados y la memoria social. *Revista Ñawpa Pacha. Journal of Andean Archaeology* 35 (2):217-235.

Orgaz, M. y N. Ratto

2016. Aguas turbias, campos fértiles. La geografía sagrada del estado Inca en la región de Fiambalá, Tinogasta, Catamarca, Argentina. En: Robert S. y B. Sittler (editores), *Water as a morphogen in Landscapes*, pp. 95-104. UISPP Proceedings Series, UISPP - International Union of Prehistoric and Protohistoric Sciences, Archaeopress, British Archaeological Reports, Oxford.

CAPÍTULO 11

Ratto, N. y M. Orgaz

2002-2004. La cacería en los Andes: registro material del *chaku* en la Puna meridional catamarqueña (Cazadero Grande, Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Arqueología* 12:72-102.

Ratto, N. y M. Orgaz

2008. Transformaciones sociales de la Cárcer Comunal de Vicuñas desde los Inkas hasta las comunidades andinas actuales. En: Diez, J. C. (editor), *Zooarqueología Hoy. Encuentros Hispano-argentinos*, pp. 109-123. Universidad de Burgos, Burgos.

CAPÍTULO 12

Basile, M. y N. Ratto

2016. Arqueología, colecciones privadas y procesos culturales del pasado: el caso de Saujil en la región de Fiambalá (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Revista Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. En prensa.

Endere, M. L. e I. Podgorny

1997. Los gliptodontes son argentinos. La ley 9080 y la creación de Patrimonio Nacional. Buenos Aires. *Revista Ciencia Hoy* 7 (42):54-59.

Ratto, N. y R. Boixadós

2012. Arqueología y Etnohistoria. La construcción de un problema de investigación (Abaucán, Tinogasta, Catamarca). *Revista Memoria Americana* 20 (2):187-220.

Ratto, N.

2015. Vivencias, acciones y resultados del quehacer arqueológico en el oeste de Tinogasta (Catamarca, Argentina). *Corpus* [En línea], Vol 5, No 2, <http://corpusarchivos.revues.org/1511>.

.....

"La historia a través de las cosas" es un libro dedicado y pensado para un público curioso, no especializado en Arqueología. A través de sus páginas el lector podrá adentrarse en el fascinante mundo de esta disciplina, conocer sus objetivos, métodos y técnicas. Bajo la premisa fundamental de que "no se valora lo que no se conoce", este libro busca poner de relieve el valor social del patrimonio arqueológico y la importancia de su salvaguarda.

En esta obra, dirigida por la Dra. Norma Ratto, participan un gran número de especialistas en las distintas subdisciplinas que conforman la Arqueología, quienes aportan sus conocimientos, experiencias y pasión por su profesión. El resultado es un recorrido ameno que le permite al lector reflexionar acerca de cómo, a través de la investigación científica, "las cosas nos cuentan historias" que nos hablan de un pasado que de otra forma no tendría voz.

